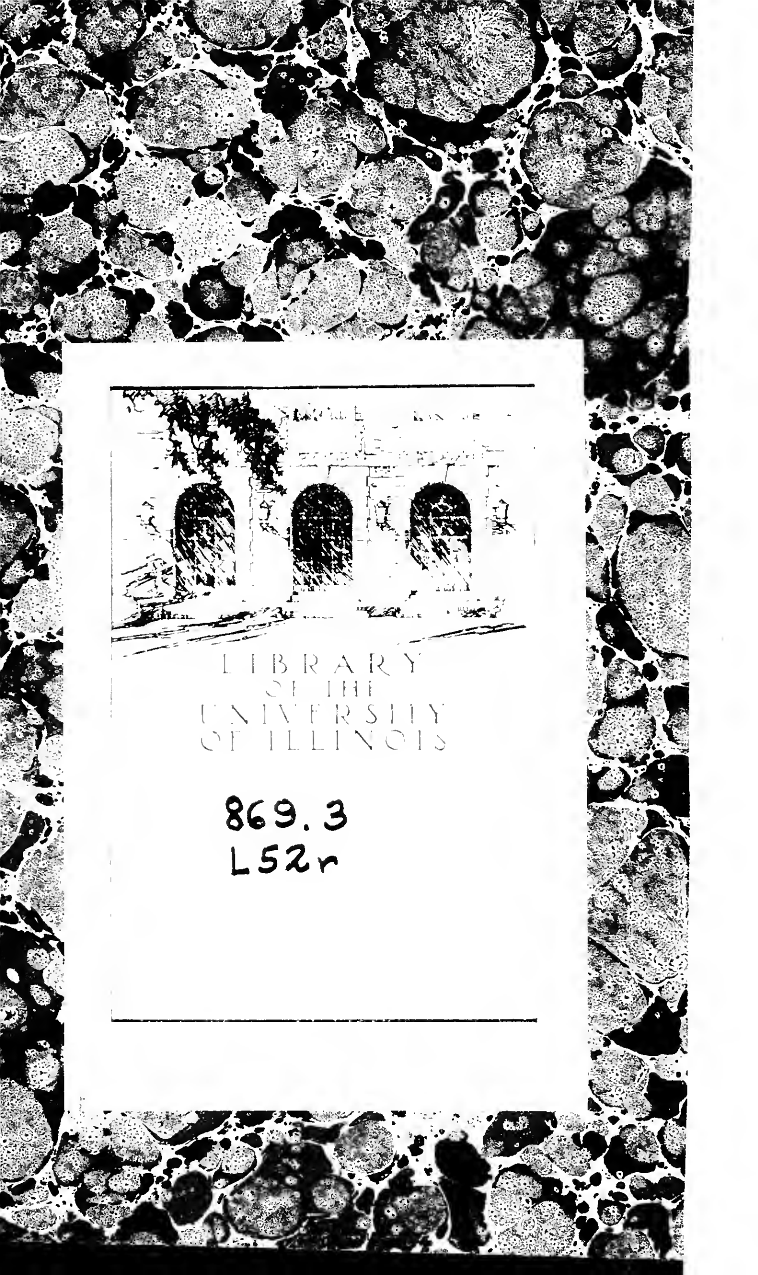
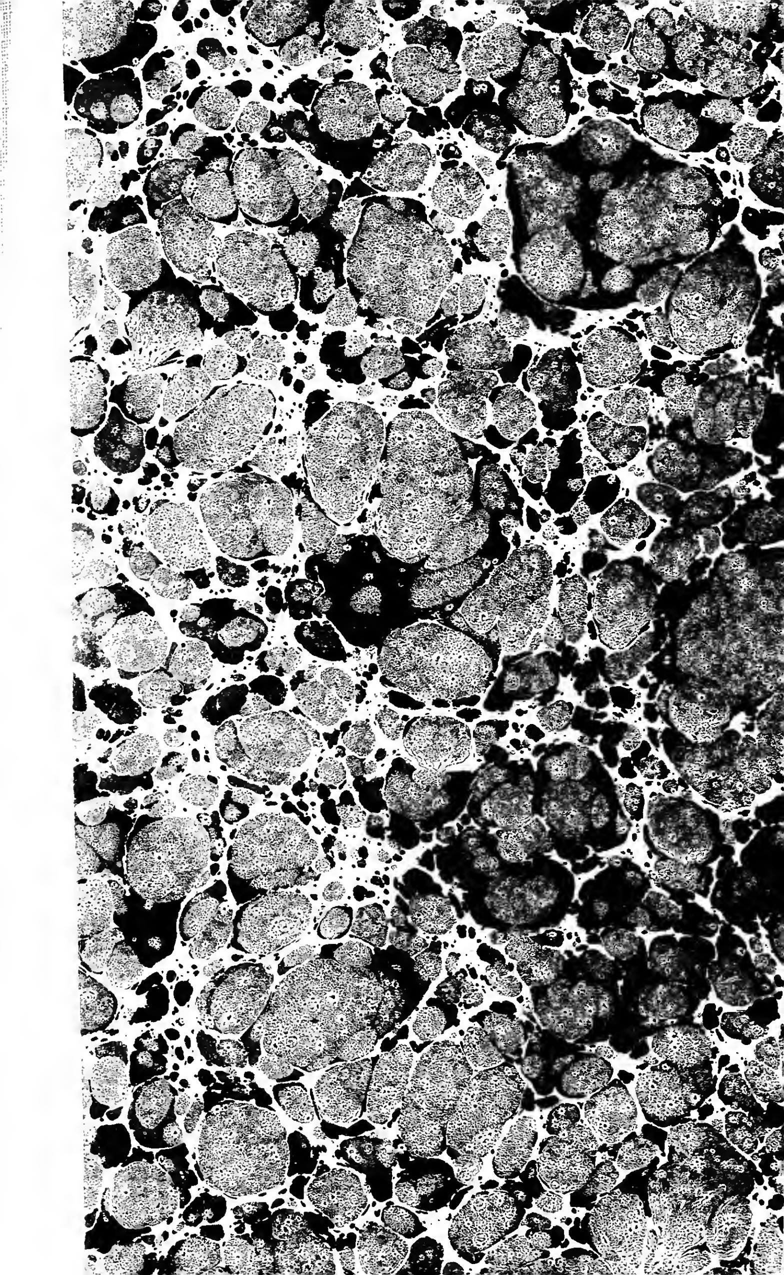






RECUERDOS DE LA TIERRA

Martiniano Leguizamón

Recuerdos de la tierra

Precedidos de una introducción por Joaquín V. González. Ilustraciones de Malharro, del Nido y Fortuny.

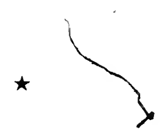
Buenos Aires
F. Lajouane, 1896

INTRODUCCIÓN

Sorpréndeme la llegada de este libro en momentos azarosos, de lucha y de labor prosaicas, durante las cuales apenas puedo alzar los ojos á contemplar un paisaje del cielo ó de la tierra, vestidos ya, sin duda, con la brillantez y el colorido de esta primavera recien venida, que ha de ser como todas, como muchas que en otros tiempos yo conocí y gocé, risueña, opulenta, saturada de perfumes de regiones distantes y del río próximo, poblada de tintas nuevas para los envidiables crepúsculos de sol de esta metrópoli, que quizá los ignora. La transición es fuerte, la sacudida violenta y el efecto doloroso: casi no he tenido alientos para resistirlos, yo que nunca fuí indiferente á las influencias de ese mago llamado

memoria y sus evocaciones de tiempos felices, ya sean de la propia vida, ya de la grande ó pequeña tierra donde nacimos.

Y *Recuerdos de la tierra* es el título con que se aparece en esta época, en la cual creyérase que nadie se ocupara de cosas pasadas. Pero es que él contiene más de lo que promete, y es más libro de lo que su autor tal vez premeditara; porque más allá de esos «recuerdos» viven, como mal ocultos tras de un velo transparente y movible, sucesos, personajes, leyendas, panoramas y cuadros, ni tan remotos que escapen á la impresión personal del narrador, ni tan cercanos que pierdan para nosotros ese dulce y fantástico prestigio de los días que pasaron.



Quizá fuera mejor, para dar una idea de conjunto, decir que estas páginas comprenden tres elementos fundamentales: el

descriptivo de lugares, costumbres y tipos de la región circunscripta por el Paraná y el Uruguay, el tradicional é histórico sobre episodios relativos á tiempos de heroísmos y miserias comunes; y el *folk-lore*, ó sea la exposición de esas creencias y usos locales, que dan á conocer los caracteres ingénitos de las agrupaciones humanas moradoras de sus riberas, bosques, planicies y hondonadas. Á través de todas ellas circula, á manera de espíritu invisible, conduciendo el hilo del relato, esparciendo cierto suave aroma de *gratia*, y distribuyendo ya el color, ya la luz, ya la sombra en todos los sitios, personajes, escenas y cuadros puestos, con no poco meditado desorden, sobre el escenario: él les imprime la unción de tristeza de la tierra y del ambiente regional, y la de esos íntimos afectos que nacen y mueren con nosotros, que resisten á las tempestades, á los despojos y á los incendios de todas las esperanzas é ilusiones, y brillan sobre el cielo del pasado y del futuro como la única revelación de lo ideal y lo imperecedero.

Por todo esto, y por las afinidades y propios caracteres literarios de la obra, se

imaginaría al autor preocupado de dar á las letras algo como el poema regional, ó el libro de la comarca argentina en él sentida y pintada, si no se advirtiese al propio tiempo la ausencia de rasgos intensos y precisos que, mejor que los nombres, establecen las diferencias geográficas. Porque la grandeza de nuestra patria tiene esta cualidad: no permitir que por un sólo signo se retrate ó califique toda su extensión, pues hay en ella las naturalezas más antitéticas y los climas, las vegetaciones, los hábitos y supersticiones locales más diversos. Causas históricas, además, concurren á hacer que agrupaciones nacidas para un destino común, se separen en la infancia y sigan caminos diferentes en ciertas faces del desarrollo social. No es necesario recordar cómo desde los tiempos primitivos la región bellísima de los rios caudalosos, de las selvas dilatadas y las *cuchillas* ondulantes, que circundan el Paraná y el Uruguay, y á la cual conducen sus caudales repletos de limo el Paraguay el Pilcomayo, el Bermejo, el Salado, el Carcarañá y otros graciosos afluentes de esta

Mesopotamia feliz, fué siempre singular en sus manifestaciones sociales, y que muy poco ó nada se distingue en el sentido étnico de la ocupada por Buenos Aires que, dominadora del Río de la Plata, era, al fin, ante quien se depositaba tanta magnificencia. Así, pues, si los *Recuerdos de la tierra*, se limitan sólo á la que sustentara el hogar del escritor, con tanta tristeza descrito al final del libro, han realizado, como todas las obras individuales, la expresión del alma y la fisonomía de sociedades hermanas, ó vinculadas en una marcha histórica más ó menos uniforme; porque tanto nos parece asistir en sus escenas á la vida de la campaña bonaerense y escuchar las revelaciones de su poesía, como á la de la propia gente habitadora de las comarcas selváticas y por mil corrientes surcadas, donde Montiel extiende sus vastas y temerosas obscuridades, y el Gualeguay, cruzándolas de extremo á extremo, se dibuja como haz de nervios conductores de la sensación y de la vida en un cuerpo gigantesco.

Pertenece, pues, este libro, al género

valiosísimo de los que preparan en lenta y laboriosa gestación los elementos de la futura historia nacional, la historia verdadera, la que sigue á una Nación como organismo fisiológico y como personalidad humana, sin desprenderla de sus orígenes, de sus adherencias fatales hacia la tierra que habita y el ambiente que respira y la rodea. Nuestra história de hoy, fruto de investigaciones pacientes sobre los archivos de papel y la memoria de los hombres, comprobada por sus propias deficiencias, habrá de transformarse por completo en el futuro, gracias á la observación de aquellas leyes fundamentales; y entonces los hombres y sus actos podrán ser juzgados con la única imparcialidad posible, y puestas de relieve aquellas cualidades superiores que influyeron como fuerzas eficientes de la nacionalidad en la dirección de la corriente civilizadora. Los estudios de costumbres primitivas, de creencias en dioses y en mitos más ó menos racionales ó absurdos; las pinturas de cuadros y escenas de multitud, donde se muestran las aptitudes y las cualidades bellas de las

razas y pueblos; la descripción simple ó colorida de las monstruosidades, aberraciones ó extravíos mentales ú orgánicos que en su seno aparecen, personificados en seres extraños ó exóticos, así como entre las plantas, todos esos aspectos, nuevos por sus aplicaciones, aunque antiguos en el tiempo, que se llaman el *folk-lore*, que es ciencia y arte fecundísima, constituyen los elementos primarios de aquella historia venidera, que tan sorprendentes revelaciones guarda para nuestra posteridad. Pero, sin duda, la formación de la literatura nacional *folk-lórica* es obra lenta, de término incierto; porque si hoy existen algunas fuentes escritas, legadas por los viejos cronistas y viajeros, y por poetas ó escritores contemporáneos, ellas se refieren sólo á muy escasas regiones, y la más completa obscuridad reina sobre el mayor número de nuestras provincias. ¿Y qué diremos de esa vastísima extensión circundada por el Océano Austral en la que hace apenas una década penetraron la luz de la cultura, el brillo de las armas, los signos de la soberanía nacional? No hemos nacido viejos,

ciertamente, como quisiéramos creerlo á veces en nuestra vanidad, cuando en el dominio de la vida intelectual, de las labores del espíritu, sólo contemplamos el inmenso vacío y la vasta soledad inexplorada.

Nada, en nuestro país, se halla más disperso é incongruente que los materiales de la historia literaria y geográfica: la tarea de reunirlos, combinarlos y utilizarlos en la investigación de alguna ley histórica nacional, sería quizá de toda una vida y de sacrificios incalculables. Sabemos, no obstante, por pacientes lecturas y propias experiencias, que puede construirse un sistema ó un mapa de las cualidades y costumbres, creencias, supersticiones, modismos ó variantes de lenguaje, y que las diferencias constitutivas de cada zona se hallan determinadas por los caracteres del suelo correspondiente y de su historia, comprendidas en ésta la de las razas primitivas y la del establecimiento y desarrollo de la nación conquistadora. En tal variedad de elementos físicos é históricos como existe desde un cabo al otro de la

tierra argentina, la formación de esta literatura deberá ser, pues, regional, si ella ha de ser la expresión exacta del espíritu y cualidades de la nación que la habita.

Mientras llega la hora,—que será para otros hombres y tiempos,—de contemplar tan hermosa conquista, fijemos la atención, con el cariño que merecen, en las obras del presente, verdaderos *pioneers* de la múltiple y ardua jornada. Los *Recuerdos de la tierra* están llenos de ese material precioso, como lo estará toda obra de experiencia directa, amorosa observación y sincero relato sobre las cosas, las ideas, las creencias y sentimientos de nuestro país: la virtud suprema del que las describa consistirá en saber exhumar los que pasaron, pintar lo que viera, y deducir con acierto sus leyes permanentes para incorporarlas al caudal de la historia común. Todos los matices del color, las pulcritudes de la forma, las delicadezas de la música y las profundidades del análisis tienen su campo abierto en este género de producción literaria que tantos espacios y elementos domina, desde

los sutiles y vagos deleites de la fantasía, hasta los hondos y positivos problemas de las instituciones sociales Aquí los hallará el lector, arrojados con pródiga mano y envueltos en ropaje atractivo y pintoresco, ya en la forma de efectos de los fenómenos naturales sobre la sensibilidad de las gentes comarcanas, ya como residuos moribundos de pasadas existencias, ó como frescos retoñcs de árboles corpulentos que derribaron el hacha, el vendaval ó las corrientes de las aguas desbordadas.

★

El elemento histórico de este libro pudiera comprender dos divisiones, los episodios relativos á acciones ó impulsos patrióticos, á personajes y sucesos de la vida política, y el tradicional, ó, como se dice, *folk-lórico:* en la primera podríamos colocar el animado relato de *La maroma cortada*, donde, si más conmueve el senti-

miento que la pintura, se revela una cualidad especial del autor, manifiesta en las demás narraciones del mismo género, como el *Sargento Velázquez*, *El chasque*, *Capturar...?*, la unción del patriotismo, visto hacia el pasado, con esa suave melancolía de los recuerdos personales. Ella aparece hasta en las páginas más alegres, — como las que dedica al cómico percance acaecido al teniente Vergara en *Cayó el matrero*, — á manera de leve sombra, necesaria para amortiguar los efectos de los colores sobre una retina muy sensible. Por lo que respecta al caso en sí mismo, lo hemos oído referir en el interior de la República, aplicado á otros personajes y relativo á otros sitios y sucesos, de tal manera que ya podemos anticipar que será materia del futuro *folk-lore* nacional.

Pero no siempre ha presidido en este punto del material histórico un criterio local, ni la sola información del recuerdo, porque, seducido por el prestigio de la erudición americanista, ó quizá por un deseo de fundir en uno solo diferentes

los sutiles y vagos deleites de la fantasía, hasta los hondos y positivos problemas de las instituciones sociales Aquí los hallará el lector, arrojados con pródiga mano y envueltos en ropaje atractivo y pintoresco, ya en la forma de efectos de los fenómenos naturales sobre la sensibilidad de las gentes comarcanas, ya como residuos moribundos de pasadas existencias, ó como frescos retoños de árboles corpulentos que derribaron el hacha, el vendaval ó las corrientes de las aguas desbordadas.

★

El elemento histórico de este libro pudiera comprender dos divisiones, los episodios relativos á acciones ó impulsos patrióticos, á personajes y sucesos de la vida política, y el tradicional, ó, como se dice, *folk-lórico:* en la primera podríamos colocar el animado relato de *La maroma cortada*, donde, si más conmueve el senti-

miento que la pintura, se revela una cualidad especial del autor, manifiesta en las demás narraciones del mismo género, como el *Sargento Velázquez*, *El chasque*, *Capturar...?*, la unción del patriotismo, visto hacia el pasado, con esa suave melancolía de los recuerdos personales. Ella aparece hasta en las páginas más alegres, — como las que dedica al cómico percance acaecido al teniente Vergara en *Cayó el matrero*, — á manera de leve sombra, necesaria para amortiguar los efectos de los colores sobre una retina muy sensible. Por lo que respecta al caso en sí mismo, lo hemos oído referir en el interior de la República, aplicado á otros personajes y relativo á otros sitios y sucesos, de tal manera que ya podemos anticipar que será materia del futuro *folk-lore* nacional.

Pero no siempre ha presidido en este punto del material histórico un criterio local, ni la sola información del recuerdo, porque, seducido por el prestigio de la erudición americanista, ó quizá por un deseo de fundir en uno solo diferentes

caracteres ó atributos de nuestro dilatado país, nos habla también de cosas traídas á su suelo nativo desde las distantes regiones que encierran las montañas andinas, reuniendo sobre la tierra del charrúa las reminiscencias ó reliquias de la raza incana. Si ésta fué en los tiempos de su gloria la que más amplio espacio abarcara, nunca fundó cosa alguna más al oriente del Río Paraná, que, con su inmenso y profundo cauce, marcó la frontera etnológica de dos grandes porciones de nuestro país. No dejó por eso aquella nación dominadora de imponer hasta las márgenes del Río de la Plata, hasta las orillas del Océano la influencia, ya de su idioma heroicó, ya de sus instituciones sorprendentes... Pero queríamos decir sólo que *El chasque*, es una muestra de esa tendencia del autor de este libro, á mezclar las graves enseñanzas de la biblioteca con la sencillez conmovedora de los relatos; y así, no es extraño que en éste veamos al mismo tiempo asomar la cultura quíchua, con sus carreteras gigantescas y sus correos admirables, y oigamos la tierna relación del anciano, vencido por

los progresos de la civilización. Tipo bellísimo, sin duda, es él del antiguo correísta en nuestra sociabilidad, desde un extremo á otro del territorio, no sólo porque representa una edad juvenil llena de encantos, y la eterna é inviolable santidad del secreto, sinó por las innumerables escenas á que, por ser portador de «lágrimas y sonrisas», debía siempre asociarse.

Del mismo artificio se vale para presentarnos en hermandad simpática las tradiciones del Norte con las supersticiones del Litoral, y para añadir interés novelesco á las páginas del libro. Aquella *Mama Juana*, tipo real y noble de la antigua raza, asimilada á la nuestra en tres siglos de vida común, que si había adquirido los hábitos de la que conquistara la tierra, no pudo perder lo que era la esencia de la autóctona, el alma, la substancia misma del suelo en que naciera. Los que hemos vivido en el ambiente de esa raza y la hemos experimentado en la compañía de nuestros hogares de provincia, ó en la servidumbre, suave como el yugo del predicador de Galileà, sabemos que no se

inventa cuando se le atribuye esa fantasía, ese encanto con que refiere los cuentos de sus mayores, que conserva amorosa, solícita, y como consciente de realizar una misión de perpetuidad y legado hacia las generaciones venideras. Así, no es extraño que la anciana ésta, «que parecía hablar con la voz de una raza extinguida, en el reposo imponente de los bosques», deleitase con sus relatos al joven interlocutor, y que más de una vez le hiciese estremecer con los medrosos efectos que ella misma sintiera, al percibir ciertos rumores, notas, gritos ó vislumbres en la noche, que despertaban su recuerdo de la tierra lejana, cual si soplasen en el corazón de las cenizas la brasa viva que en ellas se oculta.

Aunque fuese fingida ó artificial la presencia de este personaje, en el conjunto de los que llenan el escenario de los *Recuerdos de la tierra*, sería siempre, como antes decíamos, portadora del mensaje de fraternidad entre dos regiones distintas y separadas de nuestra patria, las cuales, por tal modo, vendrían á confundir sus almas, á

comunicarse sus fantasías del pasado y sus ensueños informes aún del futuro. El autor sugiere un bello cuadro rústico, en esa vivienda que los árboles añosos sombrean y las enredaderas nativas, con amor meridional, insaciable, cubren por entero de perfumado y colorido ropaje. La huérfana misteriosa, Cornelia, es quien mantiene la llama de amor en aquel cuadro, pero como tributado á una memoria, pronto á convertirse también en mito, en sobrenatural abstracción, gracias al poder creador de la raza: es el novio muerto, cuyo espíritu vaga en torno y mantiene en exaltación religiosa su apasionado culto, ya repitiéndole en los ruidos nocturnos sus promesas frustradas por el crimen, ya iluminando las selvas con llamaradas semejantes al incendio... ¡Oh, eterna virtud de los amores supremos, esta de ver á través de la muerte la forma, oír la voz, sentir la presencia del ser amado! Esa es una ley universal, y por eso todos los pueblos fundaron sus religiones y epopeyas sobre un recuerdo, sobre un sentimiento del pasado.

Esta leyenda de las almas errantes es una de las que persisten con más fuerza y carácter general en la tierra argentina; alimenta con la misma esencia múltiples y heterogéneas historias y personajes, matizados y aun transformados en las diversas localidades, según la intensidad de sus elementos étnicos. Rafael Obligado ya la cantó en su aspecto más poético en *Santos Vega*, recogió otra de sus formas extrañas en la montañesa *Mula ánima*, y ha ido á aprender en los bosques tucumanos el lamento del *Cacui*,

... el quejido. el sollozo,
el alarido de un llanto
de esos que nacen del fondo
del alma rota en pedazos;

y ahora el autor de este libro, con más gravedad de cronista que sentimiento poético, imprime también su interpretación arrancada de los libros doctos. Así, para él, que escribe *Kakuy* según la etimología quichua, este animal lloroso simboliza en la mitología del norte «una india que está condenada á llamar á su hermano»,

por el trágico suceso acaecido «allá, en los tiempos de los soles largos, entre las quebradas de una sierra del Tucumán», y que la convirtiera en ave, como Scylla se transformara en alondra, en castigo de haber robado á su padre el fatal cabello. Hacen compañía al dolorido *cacui* en el reino alado, y con él se reparten el imperio del país, otros pájaros de canto melancólico, vinculados hondamente al alma de nuestros pueblos: los buhos fatídicos, habitadores de las tumbas, las cuevas ó los nidos abandonados por otras aves ó por el hombre; la torcaz que invita al romanticismo y á los ensueños infantiles con su tierno arrullo maternal; el *ñacurutú* que ronda en torno de los campamentos y las tolderías; el *caráu* de las riberas y las lagunas bordadas de tupidos cercos de arbustos acuáticos; las solitarias *viudas* ó *monjas*, privadas de canto, pero cuya incurable tristeza se traduce por un lastimero y débil silbido, que apenas turba las noches silenciosas ó las siestas ardientes. Todos ellos, y otros que por esas dilatadas llanuras, valles y serranías mezclan sus notas

en el concierto gigantesco de lo creado, son los que llevan el tono de la universal, inmanente y eterna melancolía de todas las cosas, que tiene en el organismo humano la cuerda unísona pronta á vibrar á la primera pulsación ó á la primera simpatía. Y en tal sentido, la naturaleza patria, como fuente directa de observación y recursos de arte, así para el filósofo y el poeta, como para el pintor y el músico, es un tesoro todavía oculto, reservado á los tiempos venideros, cuando el pensamiento, en su labor creadora, busque en sus senos fecundos la savia que agotaran los vicios, las aberraciones y las vanas y hueras sabidurías.

★

Las más atractivas, las más animadas, las más sentidas de estas páginas son aquellas en que figura el elemento poético por excelencia, en las cuales el autor, menos preocupado de poner la unción ú

óleo santo de la pesadumbre psicológica, se ha entregado al impulso espontáneo de su entusiasmo y seguido los libres caprichos de la imaginación y del recuerdo, tras de escenas, cuadros y paisajes llenos de luz, y de alma y de música, y se ha propuesto pintarlos con sus naturales colores y contornos. Las costumbres de las gentes de campo, — de las gentes argentinas se entiende, — ora las relativas á sus labores agrícolas, à sus faenas rurales que ejecutan sin pena y sí con la esperanza en los corazones, ora las que se refieren á sus goces y comunes alegrías, tendrán siempre en este libro una imagen viviente, porque son su sangre, su carne, su espíritu. Tal como ellas son, están distribuídas en la obra con desorden, con mezcla, con algazara, en confusión de líneas y colores, de sombras y sonidos, y no pocas de sus creaciones se apagan y reaparecen, de trecho en trecho, cual si transmigrase la substancia de unas páginas á otras, ó cual si el pintor, enamorado de ellas, no se resignase á dejarlas, sinó que quisiera que le acompañasen todo el camino. Razón

tiene, en verdad, en no querer privarse un momento del arrullo adormecedor de esas fiestas, zambras y cantares, y por eso le vemos en diversos pasajes reanimar los mismos cuadros y encender las mismas luces que ya brillaron en otros. Reconoceremos, además, en todas ellas, aunque habiten las suaves y favorecidas llanuras de la Mesopotamia, los mismos caracteres esenciales del alma nativa, de ese gaucho argentino, que lo mismo afronta los horrores de una pelea y las miserias de la suerte, que en torno del fuego regenerador, bajo la sombra del ombú, ó al aire libre de la primavera, se alza radiante de arrogancia y hermosura ingénitas para la danza nacional, en la que mozos y mozas, desbordantes de savia, remedan en sus giros graciosos el ondular de los ríos y el serpentear de los arroyos que fecundan sus campañas:

Ero lou règne, aqui, di farandoulo,
La naciounalo danso roudanenco,
...i jour de voto,
Di viravout dou Rose imitarello,
Ersejo e fai la serp au long di dougo.

Se nos figura que el autor, en presencia de la naturaleza, ha extendido un gran lienzo, y presa de un capricho, ó de un vivo deseo de bosquejar, reunidos, todos los asuntos para una serie de trabajos de detalle, hubiese en unos prodigado las tintas, diluído las sombras, borrado ó confundido los contornos y las facciones, y en otros, por el contrario, hubiese puesto más análisis, más precisión técnica, más amor: asi sucede que en el campo de su obra aparecen repartidas con intensidades diversas, con dibujos desiguales, con rasgos comunes muchas escenas, cuadros, tipos, que, á haberse realizado la tarea definitiva del taller, habrían salido á luz con su dibujo concluído, sus matices nítidos, sus sombras y luces acentuadas y cada una con su marco propio y en su sitio aparente. Pero, esta es, quizá, regalía de espectador metropolitano, que exigiese del artista algo que bien pudiera depender de su propia atención y raciocinio; porque, cuando se analiza esa tela imaginaria, se distinguen con claridad y se iluminan con toda la luz externa é interna necesaria los

bosquejos que contiene. Así, se sienten el bullicio y las correrías, se oyen los cantos, las exclamaciones y estrépitos de concursos alegres y festivales en *La minga*, en que junto con los frutos de la común fatiga, llegan las bellas ilusiones y despiertan las ternezas y las imágenes, forma indefinida de la gratitud de la criatura hacia la tierra materna, que no sólo le nutre y vigoriza, sinó también le arrulla y hermosea. Lo mismo, pero con mucha mayor hondura de concepto, de color y de dibujo, hasta el punto de resaltar sobre todo el escenario del libro, se nota el cuadro, en que hay más de una pincelada heroica, titulado *Parando rodeo*, en que el observador queda suspenso ante aquella «isleta de espinillos en flor, ataviados con el manto regio de las rubias aromas», á presenciar la lucha conmovedora del toro embravecido que, después de hacer temblar la selva y la comarca, se rinde ante el valor y la pericia del campesino, auxiliado por sus perros de caza. Al lado de este episodio podemos colocar *La creciente*, fenómeno interesante no conocido en tal forma por

los hijos de las montañas, porque en la región de los bosques litorales los ríos se hinchan y agrandan, cual si sacasen del fondo de la tierra todo su cuerpo sumergido, y ahogan entonces los rebaños, los campos y los bosques más altos en majestuosa inundación; pero allá, donde las cumbres abruptas rompen con el blanco filo de sus nieves el intenso azul, cada vez que rebalsa el agua de sus torrentes, y se derrumban hacia los abismos, es porque arden en la altura las fraguas, se entrelazan los rayos, se incendian las cimas, estallan los truenos hórridos y repercuten sin término como los ecos de una batalla de gigantescos ejércitos; y entonces el alma sólo tiende á difundirse, á lanzarse de la vida terrena, y convertida en una nube de incienso, en un acorde sagrado ó en un rayo de luz, envolver en un rapto de suprema admiración á la fuerza, la mente, la ley, la idea que rige los mundos, los lanza al espacio y los aniquila con un soplo.

¡Con cuánta alegría sellan los hombres las paces con la naturaleza irritada! Y en

aquellas donde las luchas son más frecuentes, por hallarse al borde de los rios caudalosos, bajo las selvas tropicales ó entre las montañas escarpadas, tienen más que los otros riqueza de artísticas manifestaciones de ese júbilo íntimo con que se festejan las horas de tregua, de sosiego, de adormecimiento de todas las energías. Por eso después de cada labor, al fin de toda jornada de la diaria faena, la danza, la música, la confidencia, la poesía, hacen su entrada triunfal. Y no habrá país en la tierra que pueda exhibir al arte variedad más abundante de bailes nacionales, de canciones y estilos poéticos, los cuales adquieren formas, tonalidades y modismos como los caractéres de las regiones principales del territorio, y según las influencias hereditarias, ó de otras sociedades vecinas. En no pocas especies de bailes se mezclan en estrecho consorcio los ejercicios del ingenio nativo, ya en la poesia con que se anima el aire musical, ya en las tiernas ó picantes *relaciones* que en instante propicio han de dirigirse las parejas, en versos improvisados ó aprendidos, que tienen

toda la gracia, el color y el aroma de lás flores y hierbas campestres. Algunos de ellos son comunes á todas las provincias, porque lograran salvar, en fuerza de su hermosura y donaire, las fronteras interiores, é imponerse á la admiración de los más cultos: el *pericón* y el *cielito* reinantes en la campaña bonaerense y en todo el litoral de nuestros grandes ríos, con sus cuadros de conjunto, actitudes estatuarias, zarandeos y giros multiformes, y con los prodigios de picaresca y ágil versificación, que los convierte en torneos donde se lucha con la estrofa y la melodía, como en una batalla de flores y de luces; el *gato*, el *triunfo*, la *huella*, el *malambo*, los *aires* y las *mariquitas*, en Córdoba y demás provincias del centro y del norte, que se caracterizan por la rapidez, la viveza y combinación de los movimientos y dibujos, por la música y las palabras, de estilo é índole especiales, y en los que tanto hace la apostura del galán, como cautivan los ojos y arrancan delirantes palmoteos de aplauso el cuerpo cimbrador y ondulante, las curvas y arabescos, que en el suelo

trazan los pies lijeros de las muchachas campesinas, desbordantes de rosas en las mejillas y de pasión nativa en las almas; la *zamacueca*, el *escondido*, la *chacarera* de las tierras andinas, en los que domina un estilo más severo, sin ceder nada en encanto á sus congéneres, antes bien, elevándose por su pensamiento musical la primera, por su marcada forma escénica el segundo, y la tercera por la delicada, exquisita y adorable gracia de los juegos y huídas á que se entregan, al compás de música resplandeciente de alegría, los gentiles y jóvenes cazadores de amor. Y este libro despierta todas las reminiscencias, evoca todos los recuerdos, conjura todas las sombras errantes de las costumbres nativas, que van ya desvaneciéndose ante la hoz mortífera de las nuevas generaciones...

Con harta razón después de cada uno de sus cuadros llenos de vida y de calor de la patria, hay siempre una despedida triste á todo lo esencialmente argentino, que se va, se esfuma, se pervierte.

Aquí he sentido, después de tanto tiempo de ausencia de mi tierra provinciana, llegar los écos arrobadores de los cantares del pueblo, no recopilados aún ni en el pentagrama, ni en el libro, destinados á unirse para perpetuar y legar á tiempos mejores, del porvenir, antes que desaparezcan por siempre, las armonías sencillas, casi primitivas de nuestros campos, fuente virgen aún de la futura música nacional, apenas vislumbrada hoy por algunos espíritus sinceros, y desconocida por los demás que no ven en ella lo que Beethoven, percibiera en los ruidos de la noche, ó en los ingénuos cantos de los pastores. No; es casi una iniquidad convertir las sagradas melodías en que el alma de la tierra ha llorado sus dolores, soñado sus esperanzas y exaltado sus victorias, en objeto de espectáculos exóticos ó de mercantiles acomodos; porque les faltará «el paisaje decorativo del bosque, la inmensidad desolada de los campos que parecen murmurar voces extrañas, y las sombras nocturnas que avanzan...» La *vidalita* es de orígen, montañés, tiene su abolengo de aquella

raza que tuvo al Sol por deidad suprema y era adorado en templos colosales de piedra, ó bajo el infinito cielo de América á la hora en que flamígero se hundía envuelto en llamaradas rojas en el pavoroso occidente, y cuando aparecía de nuevo, aprisionado aún por las nubes de la noche, que al asomar la aurora se bañan de deliciosos rubores. Ella tiene su unísono en el *triste* de la llanura dónde cantó Santos Vega. Tiembla la voz que modula aquella música, lo mismo que la de las vírgenes consagradas cuando entonan sus salmos ante los altares; y cuando el campesino la repite sin palabras en las laderas y en los bosques, en la *quena* legendaria de sus antepasados, se siente brotar lágrimas de las peñas y de los árboles centenarios, y correr en silencio sobre el granito el llanto secular de la Niobe de Ovidio:

... ubi fixa cacumine montis
Liquitur, et lacrymas etiamnum marmora manant.

Ha querido también aquí el autor de los *Recuerdos de la tierra*, unir en fraternal

abrazo la melancolía montañesa, la dulce tristeza que brota de la leyenda antigua, con la alegría abierta y la chispeante galantería de la región oriental. Las varias escenas en que nos exhibe esta atractiva fase del carácter argentino, como en *Juvenilia*, *Junto al fogón* y otros capítulos ya enunciados, pueden dar la verdadera impresión de lo que es el espíritu del gaucho, su imaginación siempre veloz, la ternura de sus afectos y sutileza de su ingenio; y se sabe que el autor conoce como pocos el vasto repertorio de la poesía y la música populares. Algunos clásicos ejemplos nos ofrece en sus páginas, risueños ó conmovedores, y al leerlas se ocurre desear que compilase los más auténticos é indiscutibles, porque es fuera de duda que mucha mezcla moderna, nacida de las payadas de teatro, ha venido á enturbiar el límpido seno de la que brotara en la pampa, en las riberas, en la llanura, en los valles andinos.

★

No daríamos á estas líneas color ni forma de crítica, si no dijéramos algo del libro en sí, como obra de estilo y de concepción literarios, pues que así ha de entrar en la no abundante nomenclatura de los que realizan la creación de un arte propio. Sus elementos constitutivos, como los de toda labor culta entre nosotros, — el nativo ó criollo, y el universal ó clásico, diremos así, para designar el idioma sancionado por los doctos, — lucharán sin cesar hasta fundirse en una unidad indivisible de fondo y de forma, á que den vida los preceptos originarios, en racional y natural fusión con los libres, nuevos é ingénitos caracteres de esta sociedad. Pero no será sin duda por medios violentos ó facticios cómo esta metamórfosis se realizará en el tiempo, sinó por una gradual, sucesiva y latente serie de evoluciones, presididas en todo momento por esos insaciables soberanos de toda obra intelectual, que se llaman el buen gusto, la conciencia estética, la cultura de la forma y la pureza de la idea.

Quizá en este nuevo libro que la literatura nacional adquiere, se encuentren en

desequilibrio notable esos dos atributos, pero deberá todo lector reconocer que hay en él riqueza grande de uno y otro; y en cuanto á poesía y arte nativos, no sólo ha sido fecunda la mente que lo trazara, porque ha habido derroche á manos llenas, sinó que, abierto el seno de la tierra, han surgido de él, como después de largo encierro,en torrentes desordenados y rumorosos. Por eso entre los tópicos diversos que abraza, algunos de los cuales no hemos analizado en particular, se advierte cierto descuido, formas difusas, tonos desiguales, y caprichosas y, por tanto, no siempre justas distribuciones del color y de las sombras, exceso visible de determinados recursos y efectos, cual si repitiendo su ejecución hubiera querido grabarlos más en la memoria ó en el corazón de sus lectores. Pero hay mucho de interesante en esta confusa galería de retratos y de escenas pintados con colores de selvas, ríos y cielos, en la tela nunca agotada de la tierra argentina! Aquel *Curandero* recuerda á veces á un Diógenes agreste, y otras á un rey Lear sin corona y sin hijas ingratas, y dentro de

esta rara familia podría figurar talvez ese otro loco advenedizo llamado *Chabaré.* Las mujeres que llevan en estas páginas el estandarte inmortal del amor y la ternura, son las «morochas» apasionadas ó despreciativas que encienden la inspiración del poeta campesino, despiertan los impulsos caballerescos ó enfermizos en las almas incultas del hijo de los llanos, los bosques y las montañas, y son también tipos originales del escritor, por él sólo observados, pero que pudieran confundirse como hermanos en un sólo hogar, sombrío, abandonado, del que hubiese huido la esperanza. Dionisia, Cornelia y Marcela son hijas de una misma concepción espiritual, huérfanas las tres de amor, de ilusiones y de todo afecto, pero la última se aparta con relieve singular del grupo melancólico: nacida en brazos de la miseria, un incendio la dejó sin padres y sin hermosura; su bondad y su tristeza la hicieron encontrar hermanos, pero reclamaba la tierra su fruto y un rayo la redujo de nuevo á cenizas. ¿Por qué el autor, — diremos el poeta, — no ha elegido mejor sus personajes predilectos, y no ha

consagrado al idilio de Marcela todo el religioso culto de arte que encerraba? Fué un sueño doloroso la vida de esta criatura adorable y piadosa, y también una tenue lumbre que llena de unción las breves páginas en que atraviesa su silueta deleznable, como una flor misteriosa del agua y del viento.

Debemos terminar, bien á pesar nuestro, aunque nos falte decir tantas cosas contenidas en este pequeño volumen, que es, al propio tiempo que un tesoro de recuerdos íntimos de hogar y de infancia, de episodios patrióticos, de costumbres nativas y relatos animados y coloridos, un nuevo y positivo concurso al estudio de nuestro idioma en América, su genio local y su crecimiento, aparte de lo mucho que en él deberá descubrir quien investigue con amor en las intimidades del alma argentina.

J. V. GONZÁLEZ.

Buenos Aires, Octubre 25 de 1896.


LA MAROMA
CORTADA
MALHARRO
94



LA MAROMA CORTADA

Era muy niño, pero el recuerdo de aquella escena se grabó para siempre en mi memoria, —y aún hoy, al esbozar estos recuerdos á través del tiempo y la lejanía, veo acusarse netamente los perfiles del cuadro, con su antiguo, sombrío colorido.

El sol se hundía en el horizonte brumoso,

lanzando sus postreros reflejos por entre el ramaje del bosque de sauces y laureles que se alejaba como una mancha gigantesca, hacia el sud-oeste bordeando las riberas del Gualeguay. La tarde habia acallado sus rumores, el campo estaba tranquilo, — toda la naturaleza parecia replegarse muda en la quietud majestuosa del crepúsculo. Grandes bandadas de aves cruzaban presurosas, trazando en el azul del cielo una larga raya obscura y desaparecían en los follajes de la selva.

La noche no tardó en llegar y la luna asomando por sobre la cumbre de las arboledas, como una esfera de alabastro transparente, bañó de tenue luz el paisaje solitario. Un silencio triste, ese silencio de la noche en los campos, se extendió en torno de nuestra estancia, casi perdida allá en medio de los montes de Calá, en un pedazo de la tierra entrerriana.

De pronto un rumor que fué creciendo hasta percibirse claramente nos anunció que alguien se acercaba á galope, pocos instantes después se detenia en la tranquera de la empalizada cuya puerta defendian los perros ladrando enfurecidos, — fué necesario espantarlos, y el viajero á quien reconocimos cuando nos dió las buenas noches, resultó ser un antiguo peon de la casa.

—Ayúdenme á bajar, muchachos,—nos dijo con voz apagada. Nos acercamos y el más fornido tomándolo de la cintura lo puso en tierra exclamando: -¡Pero don Juan, Vd. viene herido!

—Sí, traigo unas lastimaduras que recibí hoy en el paso—contestó levantando el brazo del que pendía la mano en un colgajo de carne amoratada;—además, tengo en el cuerpo otros arañones... ¡ah! se han de acordar de mí esa punta de flojazos que pretendieron les entregara la balsa!...

Fué á caminar, pero le faltaron las fuerzas, se tambaleó como un ébrio, dobló las rodillas y cayó de flanco dando un rugido sordo. Debilitado por la pérdida de sangre que manaba de las heridas, apenas habia alcanzado á llegar hasta la estancia para no morir en medio del campo abandonado. Se le transportó á un lecho confortable, le arroparon procurando dar calor al cuerpo aterido, y se mandó á escape en busca de un viejo curandero que dragoneaba de médico en aquellos apartados lugares.

Tras largas horas de angustiosa espera, escuchando con el corazón oprimido las súplicas del enfermo, que clamaba porque le diéramos un cuchillo para cortarse los pedazos de carne que pendian de la mano destrozada, el curandero

llegó al fin, y no atreviéndose á amputársela se la entablilló como pudo, le vendó las otras heridas, dejando que la naturaleza obrara — según decia con aire convencido el galeno silvestre.

Gané la cabecera del pobre Juan porque le tenía una gran deuda de cariñoso afecto; asistí á las violentas horas de fiebre, de espantoso martirio, le vi muchas veces incorporarse en el lecho bregando por tirarse al suelo, pidiendo con eco suplicante un arma para pelear á los enemigos que veia en las visiones del delirio. Caia después desfallecido, con la mirada vidriosa clavada en el techo y el labio extendido en la expresión del dolor supremo, y se quedaba inmóvil, rigido. con la palidez amarillenta del cadáver. Era hermoso entonces en su mansa quietud, aquel gaucho bravio, con el perfil semi-árabe del hijo de nuestras llanuras, acusándose en el óvalo del rostro al que formaba sombrio marco una sedosa barba negra, luciente como un esmalte, sobre el cutis bronceado por las brisas del campo.

Otras veces cuando la intensidad de la fiebre declinaba, como si saliera de un letargo, abria los párpados penosamente, la mirada erraba de un punto á otro tratando de reconocer el sitio, y al encontrar un rostro amigo sonreia hablándonos con acento tranquilo, presintiendo la muerte cercana, sin afán ni amargura.

Fué en una de esas breves horas de tregua que el dolor le daba, cuando nos refirió la tremenda aventura por que habia pasado.

Estaba de guardia en compañía de dos soldados cuidando uno de los pasos del Gualeguay donde existia una balsa. Era un punto estratégico, pues el rio desbordado con las lluvias del invierno no daba vado en ninguna parte, no aventurándose ni los más nadadores á desafiar la enorme masa de agua que rodaba por el cauce tortuoso, aprisionada en las altas barrancas.

El coronel Taborda - un valiente que poco tiempo después caía derribado á traición por el puñal de un asesino desconocido — llamando al sargento Juan Sanabria y poniendo dos soldados bajo sus órdenes le dijo :— Defiéndame la balsa; muera si es necesario, pero que por ella no pase un enemigo! Los clarines tocaron marcha en seguida y la gallarda división se alejó ocultándose al poco rato en los tupidos pajonales que bordean la sinuosa carretera.

Los días transcurrían en medio de esa calma imponente de los bosques, cuyo silencio solo turbaba el murmullo del agua escurriéndose por entre los sarandisales de la orilla, ó el rugido áspero de las fieras celebrando sus amores en las penumbras de la selva. La guardia trataba de pasar lo mejor posible las largas horas de aburrimiento, pero siempre con el ojo alerta á la ribera opuesta por donde debía de llegar de un momento á otro el enemigo. Un copudo curupí les servía de atalaya, desde allí escudriñaban para no ser sorprendidos. Pero como el tiempo corría sin novedad, la confianza los fué ganando y la vigilancia se hizo con menos frecuencia, hasta que fastidiados de esperar concluyeron por dejarse de precauciones haciéndose esta reflexión: — De todos modos, si se les antoja venir no se lo vamos á privar y llegarán hasta el otro lado, y nos quemaremos á balazos, pero lo que es la balsa no se la llevarán así no más; — que vengan á buscarla si se atreven! Tomada su resolución, la amarraron á un poste, revisaron la carga de las carabinas poniéndolas á cubierto de la lluvia y se resignaron á esperar los acontecimientos.

Los dos mocetones se mostraban impacientes; tenían ganas de estrenarse, de medir su

coraje ante Sanabria cuyo facón probado en cien lances cuerpo á cuerpo, le había creado una gran fama de gaucho bravo. Él les replicaba sonriendo:

—Sí, áura están muy cócoras, pero si asomara la cabeza algún *blanquillo* (*) por entre el pajonal, entonces sería otro cantar... Déjense de echar bravatas al ñudo, que lo que es yo no tengo muchas ganas de andar á tajos con mis propios hermanos; porque en resumidas cuentas, ¿qué vamos ganando con aujeriarnos el cuero y dejar quizá la osamenta blanquiando entre el pastizal? Vean, si no fuera de vergüenza y para que no vayan á pensar que he tenido miedo, ya les habría echado la balsa á la porra, ganando los montes á matreriar hasta que la guerra termine.

La arenga fué de pésimo efecto. Esa misma tarde con el pretexto de ir á dar agua al caballo, uno de los soldados desertaba. — Ha hecho bien el maula en mandarse mudar — exclamó Sanabria al notar su desaparición; — si iba á disparar al primer tiro, es mejor que se haya

(*) Así se designaba á los soldados del ejército del general Ricardo López Jordán en 1870, por la divisa blanca que usaban en el sombrero y cuyo lema decía: «Defendemos la soberanía de la Provincia — Son traidores los que la combaten».

ido antes — y dirigiéndose al otro: — Bueno, amigo, ya sabe el camino, yo no lo he de estorbar...

Una llamarada de altivez relampagueó en los ojos del gauchito á quien no sombreaba aun el labio el bozo de los adolescentes: — Primero chancho antes que volver el anca! — fué su única respuesta.

Al día siguiente de esta escena, bajo la lumbre de un sol acariciador, aquellos dos seres confiados á su destino, subyugados por la calma del paisaje, dormitaban tendidos en el gramillal soñando tal vez con las ternuras del hogar ausente, — cuando de pronto un grito de alerta hizo poner de pie al sargento que clavó la mirada escudriñadora en la margen opuesta, tratando de descubrir á través de los espesos matorrales, algo que no nombraba, pero que podía traducirse en la inquietud que lo dominaba.

—Ande ser los chajáses que se han asustáo de algún capincho, -- dijo el joven.

—No, el chajá no grita así alarmáo sino cuando anda gente desconocida — replicó Sanabria. Al mismo tiempo los caballos se revolvían inquietos trotando en la estaca, con las orejas tendidas hacia adelante, las narices abiertas, dando resoplidos violentos y escarbando el suelo.

La señal era inequívoca, los caballos sentían la proximidad de sus semejantes que no venían solos por cierto, como no tardaron en constatarlo al ver coronada la loma por una partida de diez ó doce hombres, cuyos sombreros ostentaban la divisa blanca del ejército jordanista.

El oficial se destacó del grupo y, avanzando hasta la playa, gritó con voz de mando: — Ché balsero, pasá la balsa, pronto!

—Vengalá á buscar con toda su alma, y la llevará, si puede! — contestó resueltamente Sanabria.

Una maldición cuyas últimas sílabas apagó el estampido de un pistoletazo fué la señal del combate. Los soldados se precipitaron á la picada descargando sus armas entre alaridos de muerte. El sargento impasible se aprestó á la lucha ordenando á su compañero que se cubriera con los troncos y no hiciera fuego sino á tiro seguro.

Las balas cruzaban desgajando los árboles ó rebotaban en la barranca gredosa y caían al río. De pronto uno de los atacantes alzó los brazos, dejó caer el arma y rodó en la arena bañado de sangre. Sus compañeros le rodearon para sacarlo de aquel sitio, presentando

asi imprudentemente un buen blanco que no desperdiciaron los defensores, dirigiendo disparos certeros al pelotón.

El oficial mandó abandonar la playa y ganar el barranco para combatir en guerrilla parapetándose en los matorrales. Así la ventajosa posición de los contrarios estaba equilibrada y tendrían que sucumbir al mayor número. En seguida ordenó á un soldado atravesar el rio á nado, guiándose por la maroma que estaba tendida de orilla á orilla á flor de agua.



Un chino fornido con el puñal apretado entre los dientes se echó al río y empezó á nadar agarrándose de la maroma. Fué el momento crítico. El sargento y su acompañante ya no podian defender la balsa desde la altura, era necesario descender á la playa donde estaba amarrada. Para presentar el menor blanco se separaron recostándose á los bordes salientes de la barranca y

clavando una rodilla en tierra dirigieron la punteria al nadador que avanzaba cortando la correntada, protegido por los fuegos de la margen opuesta, que no les dejaban apuntar con fijeza.

Sanabria recibió un balazo en el costado, pero no dijo nada al heroico muchacho que se batia sonriente ante el peligro, con el rostro ennegrecido por la pólvora, desafiando con voz enronquecida á los atacantes. De pronto sus gritos cesaron, se irguió gallardamente, tendió la carabina apuntando al nadador, y el tiro no salió. Una bala le habia atravesado el pecho, y por la boca de la herida saltaba la sangre á borbotones; se agitó en un estertor convulsivo, avanzó un paso á la ribera con la cabeza altiva, y como una estátua derrumbada del pedestal, rodó al fondo del rio que abrió sus turbias ondas para sepultarlo!...

Entretanto el nadador alcanzaba ya las tablas de la balsa y no tardaría en trabarse una lucha desventajosa para Sanabria, que acababa de ser herido en la mano derecha quedando inutilizado. Podia huir, su caballo estaba allí cerca, habia cumplido con su deber hasta donde era humanamente posible; pero no, tenia prometido á su coronel no dar paso al enemigo, y lo cumpliría!

Se le vió entonces acercarse al poste que amarraba el cable blandiendo en la mano izquierda la filosa daga, y de un tajo de revés, soberbio, trozar la maroma que se encogió rápidamente escurriéndose por las roldanas hasta dejar libre la embarcación.

Enclavada en la arena, pero ya sin amarras, no podía resistir al choque del agua que la empujaba de flanco: se balanceó un instante inclinándose como si fuera á hundirse, la corriente barrió la cubierta del maderámen, la dió vuelta, la echó al medio del río y no tardó en seguir el derrotero de los verdes camalotes que arrastraba la impetuosa correntada. Tras un recodo del cauce se ocultó al fin yendo á sepultarse en el remolino de un remanso, que después de azotarla con violentas sacudidas, la arrojó despedazada como un despojo inservible á los juncales de la playa...

El paso quedaba interceptado. El sargento Sanabria habia cumplido su palabra ¡pero á qué precio! Abandonó recién el puesto de honor y montando á caballo se alejó en silencio. Algunas balas cruzaron todavía silbando sobre su cabeza, mientras á su espalda se oía el alarido rabioso de los enemigos impotentes para vengarse.

Miró por última vez la sangrienta escena

recordando el sacrificio del valeroso compañero cuyo cadáver ni siquiera tendría piadosa sepultura, y aquella alma esforzada abatió la frente con tristeza sintiendo que las lágrimas enturbiaban sus pupilas. La visión de la muerte en medio de aquel desamparo, sin un ser amigo á quien confiar los postreros mensajes, debió conturbar su espíritu, y recordando el hogar hospitalario de sus viejos patrones soltó la rienda al caballo en dirección á la estancia.

Su deseo se cumplió: estaba bajo el techo amigo, rodeado de seres que lo amaban; ahora podía llegar la pálida viajera, la aguardaba sereno, dispuesto á disputarle la vida palmo á palmo, y si caía vencido tendría un regazo cariñoso donde reclinar la frente y llanto de dolor humedecería la tierra de su tumba!...

La sangrienta trajedia llegaba al desenlace. El estado del enfermo era cada vez más grave; todo era impotente para detener la marcha de la enfermedad que causaba visibles estragos. Mi pobre amigo se batía en retirada, sereno, sin miedo, pero la vida se le iba por el boquerón de las heridas. La mirada altiva de otras horas se apagaba marchita, sin brillo, ya no vibraba en los labios secos, rajados por la fiebre, el acento viril, las palabras se arrastra-

ban penosamente balbuceadas entre los hipos de la lenta agonía.

Fué una lucha inaudita, desgarradora, la que sostuvo esa naturaleza vigorosa del hijo de los bosques y la muerte que lo acechaba implacable. Debía triunfar al fin, el mal misterioso y terrible; la gangrena empezó á trepar conquistando pedazo por pedazo el cuerpo del herido que extenuado por el largo sufrimiento sólo le oponía la savia de su carne; sin auxilios de la ciencia la victoria no era dudosa y no se hizo esperar.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, cuando las últimas explosiones rojizas del sol se hundían tras la cumbre del monte lejano, Sanabria se incorporó en el lecho arrojando las cobijas y tendiendo el brazo mutilado hacia el poniente como si señalara alguna cosa que vislumbraba en el delirio: — ¡ Pásen, si pueden ! — exclamó con voz apagada, con el postrer acento que brotó de su boca, y cayó de espaldas para no alzarse más !

En el camposanto de un villorrio vecino á la estancia, duermen el eterno sueño los restos de Juan Sanabria, el héroe modesto y esforzado. Una rústica cruz extiende sobre la tumba abandonada sus brazos siempre abiertos; al pie en vez de losa funeraria crece el trébol

lozano; no hay allí más plegarias que el susurro de las brisas errantes y el perenne murmurio de un arroyuelo que rueda á pocos pasos en su lecho de toscas, por entre los verdes achirales de la ribera...







LA MINGA

El rancho de Lázaro Peñalva tenía aquella tarde un inusitado movimiento; un trajín de día de fiesta, de bullicio, traía excitados á sus tranquilos moradores. Se acusaba desde lejos por la columna de azulado humito que flotaba sobre la cocina, petiza, corcovada, con el techo de quincho lleno de buracos que los remesones del pampero y de las lluvias iban agrandando.

Á un lado el hornito de barro, empingorotado en un zarzo de palos como una habitación lacustre, humeaba también caldeándose á fuego lento para cocer las empanadas.

Atados al palenque y bajo la ramada se veían varios caballos de pelaje y marcas desconocidas: eran pingos de gente forastera, gordos, bien

tuzados y desvasados con esa prolijidad minuciosa del criollo que funda su mayor satisfacción en la buena estampa del flete que monta. Más allá, junto al rastrojo que amarilleaba con ese matiz de la tierra recién segada, un grupo de trabajadores cargaba el trigo de la era en pelotas de cuero que unos muchachos arrastraban á la cincha en medio de una gritería ensordecedora.

Con el chiripá cortón, el calzoncillo arremangado, un pañuelo de vincha en la cabeza y la barba cebruna de polvo, Peñalva recibía el trigo y lo iba amontonado en el granero. — Metanlé lónja, muchachos, que ya acabamos! — exclamaba animando á los peloteadores, afanadc por terminar de encerrar la cosecha en los trojes. El año habia sido de gran rendimiento, las fanegas se desmoronaban bajo sus pies, se extendian llenando el cuarto en capas pesadas, calientes de granos dorados. El paisano estaba contento y sonreia á la mujer que le alcanzaba mate, contemplando sin engreirse el fruto de tantas fatigas.

— Áura ya no hay miedo de langostas ni heladas! Con tal que no salgan dispués esos gringos alarifes ofreciendo cuatro riales porque la cosecha es güena... Son tan logreros, tan sin yél los condenáos, — continuaba diciendo. Pero siempre habrá pa comer locro y tortas fritas, ¿no le parece mi vieja?...

Las pelotadas seguian llegando hasta que un correntinito de los acarreadores gritó desde la puerta haciendo rayar el caballo: — *O-pá catú* Ño Peñalva, — ésta es la última! — y, en pocos momentos la pelota fué vaciada en el montón que ya tocaba la solera del rancho.

Del lado de la chacra partia una estruendosa algazara que se mezclaba al rumor de las pisadas de los peloteadores que, con los cueros vacios á la rastra se perseguian dándose pechadas por llegar primero á las casas.

Más atrás dos corrian una carrera.

Los costillares pegados, las orejas gachas, el cuerpo extendido en los jarretes que apenas rozaban el suelo, iban los caballos; recogidos sobre las cruces, haciendo un ovillo del cuerpo para recibir el menor aire posible y el ojo alerta por sacar una ventaja al contrario, los corredores apuraban á los animales con voces sordas, sin castigarlos, llevándolos alzados en las riendas. Un bayo empezó á hacer punta; entonces su rival, un zaino cuadril blanco, á un grito de corredor que le taloneaba los ijares, se estiró en un esfuerzo supremo y se puso á la par; los rebenques cayeron á un tiempo, volvieron á alzarse y á caer otra vez confundiendo sus golpes, secos, rápidos, que cortaban el aire como hachazos. Se debatieron breves instantes aún

hasta que el bayo en una atropellada violenta se cortó adelante y salvó la raya como un relámpago, con la cola tendida y los encuentros temblorosos, bañados de espuma!

Marchando despacio en dirección á las casas venian los trabajadores de á pie bromeando contentos, con esa inacabable y bullanguera alegría que acompaña al paisano hasta en las más rudas tareas. Un vientito del sur con efluvios frescos de los campos soplaba agitando las matas del cardal en flor, se metió susurrando por entre el monte de duraznos y se alejó alzando espirales de polvo al cruzar por la lomada del corral de ovejas...

El movimiento y el andar de la gente atareada en el rancho continuaba. Ña Juliana, la consorte de Peñalva, sus hijas, dos chirucitas agraciadas y varias vecinas que habian concurrido para ayudarles, no se daban un punto de reposo por agasajar debidamente á los convidados; sonrosadas, ligeras iban y venían del horno á la cocina, entraban y salían del rancho cruzando el patio recién carpido.

En el fuego se doraban los costillares y la picana con cuero de la vaquillona más gorda del rodeito de tamberas — que habia claváo la guámpa — como decia Peñalva. En otro lado su mujer parada frente al pozo daba la última

mano á las empanadas de gallina pincelándolas de azúcar y huevo batido. La pulpería vecina de « Las Vascas » había provisto de las damajuanas de vino sin mestura para remojarlas.



Un frasco de ginebra que se alternaba con otro de hesperidina ó un mate cimarrón ó de leche cebado por las hijas del dueño de casa, servian de aperitivo mientras llegaba la hora de la cena.

—Tóme algo, amigo. Prendalé un beso á la limeta que esto quita el calor! Sirvasé un matecito. Pite un negro... Con confianza, caballeros, que hay reserva... Eran las exclamaciones con que á cada instante el rumboso paisano obsequiaba á sus huéspedes; porque aquellos hombres no eran peones sino amigos, convidados que venían hasta de pagos lejanos para ayudarlo en la recolección de las sementeras sin interés alguno, por simple espi-

ritu de aparcería, de recíproca ayuda, creyéndose largamente recompensados con la celebración de la alegre *minga* — la fiesta tradicional de las cosechas de antaño—con su inevitable carne con cuero, pasteles, beberaje en abundancia y un bailecito hasta la salida del sol (*).

Ese era el único aliciente; la diversión, la jarana al terminar las faenas. Si la cosecha había sido abundante, mayor tenía que ser el obligado derroche en el festejo, y era de admirar el contento, la sanidad del alma con que aquellos espíritus sencillos y generosos celebraban — el güen año del amigázo — serenos, gozosos sin una sombra de emulación!...

— Ño Lázaro no necesita un mensuál... exclamaba al pronto un gauchito presumido mirando sonriente á la muchacha que le alcanzaba mate..

— Ché, mirá que no come chancho! — retrucaba uno.

— Si ya haé tener dueño la prenda, — añadía más allá otro.

— Atropellá hijito no más, que es güen campo! — agregaba alegremente un viejo.

— Yo, hasta de carpiador de abrojos me quedo — añadía el paisanito entusiasmándose

(*) Ch. Lemèe, *Origen y desarrollo histórico de la agricultura en la Argentina.*

al notar la sonrisa velada con que la cebadora le correspondía.

El dueño de casa contemplando en silencio la escena, acariciaba con la memoria el hermoso tiempo lejano, en que él también había recorrido el camino de la vida tapizado de rosas y el alma embriagada del gozo de vivir...

Terminada la cena comenzaron los aprestos para el baile. El guitarrero después de pasar largo rato subiendo y bajando alternativamente el cordaje hasta que lo tuvo templado, y tras un arpegio de floreo — haciendo gemir la prima y suspirar la bordona — empezó á tocar uno de esos tristes de la tierra en que parecen vibrar las hondas congojas; pero de pronto, como si quisiera borrar la sombra de fugitiva tristeza:

— A la voz de áura, muchachos! — exclamó con voz serena acompañando con la cabeza los primeros compases de un alegre pericón.

Entre las mudanzas con cepillado de un malambo, el contrapunto de un canto por cifra, el gracioso estribillo de una firmeza ó de un cielo, las horas de la noche se deslizaban.

— Baile, mozo, mire que á las muchachas ni mella les hace; son capaces de prenderle hasta mañana sin resollar, — insinuaba Peñalva para animar á algún rezagado que se andaba arrinconando.

La fiesta estaba en todo su apogeo. Las paisanitas vibraban sus miradas sombrias sobre el compañero preferido que las había conquistado con la arrogancia de su porte y sus habilidades como danzante. Silenciosos los labios, pero hablándose calladamente con los ojos, bajo la armonía arrulladora de la música giraban las parejas, felices, ágiles, rozando apenas con las plantas el suelo. Y cuando la guitarra callaba, algunos todavia seguian bailando como si escucharan arrobados las notas de un cadencia misteriosa, hasta que el guitarrero les cantaba con acento burlón, imitando un suspiro :



¡ Ay cielo de mi cielito,
Ya se acabó el bailecito !...

Entre risas y bromas el aludido se confundía en el alegre grupo, y la música, los cantares de amor con su melopea plañidera estallaban de nuevo y se extinguían á lo lejos en la calma tranquila de las sombras...

La campiña arrebujada aún en ese vaho lechoso, ténue de las neblinas, iba descubriéndose á trechos desgarrada por el sol naciente que la atravesaba con sus flechas de oro. Un rumor confuso, grande, de susurros, de aleteos, de cantos y mugidos estentóreos se alzó entre los totorales del cañadón, pasó rozando las aguas plomizas de la laguna, recorrió el llano, trepó la duna de las cuchillas y se perdió en las azules lejanías del horizonte, como un himno sonoro que saludaba el nuevo día!

Vióse entonces á un grupo de jinetes alejarse del rancho de Peñalva, que bien pronto no fué más que una manchita inmóvil, solitaria, perdida en la esmeralda de la llanura...

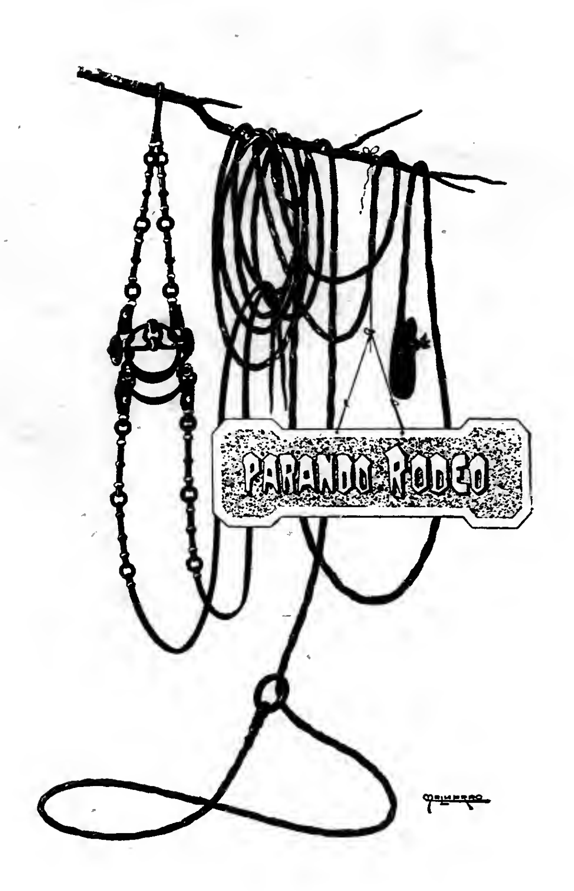
La *minga* había terminado. Pronto no quedaría igualmente más que el recuerdo de esa tradicional fiesta campestre.

El elemento extranjero y los adelantos de la maquinaria agrícola que ha llevado hasta las más apartadas regiones de nuestro territorio esos maravillosos inventos con que los Auden, Collins y Osborne han mostrado al labrador los medios de obtener el mayor y más perfecto producto en el menor tiempo, al simplificar su tarea, lo han reducido á la condición de una pieza automática más ó menos inteligente. Los gringos, los maturrangos, los chapetones —como

llamaban desdeñosamente al colono, — han vencido al criollo en su propio elemento enseñándole á ser agricultor; mas al renunciar á los procedimientos primitivos y rutinarios se han borrado casi totalmente esos rasgos de desinterés, ese desdén altanero y bizarro por las riquezas que lo caracterizaba.

Ya no hay *mingas* en mi tierra! El áspero silbato de la trilladora al resonar en sus campos montuosos, asustó como á una ave huraña, la libre y sana alegría que informaba esas sencillas fiestas del pasado. Ya no resuenan en las noches de verano bajo la trémula claridad de las estrellas, las músicas, las danzas y los cantos con que se festejaban las felices faenas de la tierra. La soltura de aquel buen humor campechano, agreste y generoso, ha desaparecido; la guitarra de las dulces trovas está muda; cegado el raudal de la ingenua poesía...




PARANDO RODEO



PARANDO RODEO

—Hoy vamos á parar rodeo á las matreras, vamos á sacar unos toros alzáos que se necesitan pa güeyes y como á usté le gustan estas campiadas venía á invitarlo.

—Estoy medio enfermo, compádre; será otra vez.

—No sea regalón, mire que la mañanita está muy linda y puede ser que le fajemos las patas á algún ñandú en la rinconada de los seibos pa traerle los alones al patrón viejo que le gustan tanto...

La invitación era tentadora.

—Bueno, ensilláme el doradillo, contesté, porque cuando á mi compadre Máuro Gutiérrez se le metia entre ceja y ceja una idea no había más que complacerlo, — tan tenaz era, —y yo lo complacía siempre, pagando así el profundo cariño que aquel sér me consagraba. Él me había enseñado á montar á caballo, á manejarlo como un hombre de campo, amansando para mi uso los potros que yo elegia en las manadas, y con los cuales me arrocinó una tropilla escogida. Estaba orgulloso del discípulo, y cuando alguna vez me veía salir airoso en esos frecuentes lances de la vida campera :

— ¡ Oiganlé ! ya no es un maturrango mi cúmpa, - exclamaba sonriendo.

Yo á mi vez tenia gran afecto y admiración por aquel gaucho gallardo y caballeresco. Bravo hasta rayar en la temeridad, no hacia nunca vana ostentación de su coraje sin fiereza; humilde, resignado, paciente, en más de una ocasión le vi abatir la mirada ante los reproches del patrón cuando algún trabajo no estaba bien ejecutado; pero, sólo ante él se doblegaba, y semejante al altanero castellano en la comedia de Rojas, parecia decir con su altivez serena :

No he de permitir me agrávie
Del rey abajo ninguno !

El rey en este caso era mi padre, que lo salvó por gracia especial del general Urquiza de marchar en un contingente al Paraguay adonde ya estaba destinado, porque una tarde habiendo encontrado á un comisario codiciándole con ojos golosos á su mujercita, le cruzó la cara de un tajo para espantarlo del rancho. Desde aquel día Gutiérrez ganó nuestra estancia consagrándose por completo á cuidar los intereses de su protector, el noble anciano, por quien habría rendido gustoso la vida.

Al poco rato apareció de nuevo y alcanzándome las riendas :

—Cuando guste, no más, — me dijo.

—Vamos, respondí y de un salto estuve encima del caballo que se encogió tembloroso.

Los peones nos aguardaban en fila junto al palenque, sugetando los redomones que se encabritaban, tascando el freno, escarbaban el suelo con los remos finos y nerviosos, lanza-

ban resoplidos apagados, encogiéndose cosquillosos al sentir los rollos del lazo sobre el anca, y las rodajas de la espuela nazarena al rozarles suavemente los ijares.

Gutiérrez dió sus órdenes distribuyendo la peonada, con esa estrategia maravillosa del hombre de campo, que no falla jamás en su cálculo, que prevé de antemano el hecho y se precave; había que proceder hábilmente, convergir á un punto formándole ala á la hacienda cerril, cortarle la retirada á los matorrales de la costa y sacarla así á la fuerza de sus guaridas.

Partimos á galope; los perros delante abalanzándose á la cabeza de los caballos, ladrando alegres, se atropellaban formando movientes pelotones y se precipitaban luego en persecución de las martinetas que abandonaban el nido sorprendidas, batiendo ruidosamente las alas hasta perderse en los pajonales lejanos.

Los caranchos parados en los gajos de los seibos, al sentirnos cruzar, despertando del sueño indolente nos miraban con los ojos redondos y vidriosos; y, como si olfatearan la próxima carneada, - con ese instinto aguzado de las aves carniceras, —lanzaban la nota áspera de su ronco graznido convocando la hambrienta bandada, alzaban el vuelo y seguían á la distancia

nuestro derrotero para celebrar su festin sangriento con los despojos de la res. A nuestra espalda se desenvolvía como una larga cinta obscura, la rastrillada de los animales sobre los pastos húmedos de rocio.

Atravesamos un extenso cardal, más allá un estero cubierto de totoras en cuyos bordes se extendia como una guirnalda una isleta de espinillos en flor, ataviados con el manto regio de las rubias aromas.

Tiramos la rienda y seguimos al paso, en silencio. Estábamos en la rinconada de las matreras. Nos tendimos en el pescuezo de las cabalgaduras á esperar la señal convenida.

El sol habia emergido y se elevaba por sobre los montes en un cielo sereno, límpido, con tonalidades de ópalo. La selva permanecía tranquila; la brisa saturada de perfumes silvestres balanceaba blandamente los follajes levantando ese suave susurro de las hojas estremecidas. Los caballos con la piel lustrosa, humeante de sudor, estiraban el cuello hasta alcanzar las verdes matas del gramillal; los perros tendidos al sol en hilera, con las lenguas húmedas, jadeantes, dormitaban...

Al pronto, de la derecha, hacia la punta del espinillal partió un grito, y, casi simultáneamente como un eco otro grito resonó á la

izquierda: era la señal. Contestamos á nuestro turno y revolviendo los caballos nos precipitamos al medio del monte dando gritos estridentes que se mezclaban con los ladridos enfurecidos de la jauría.

Un rumor sordo, semejante al trueno lejano, retumbó en las espesuras del bosque y cuando llegamos á un claro de los árboles en cuyo centro blanqueaban las playas arenosas de una lagunita, pudimos distinguir algunos animales que huían precipitadamente agitando los ramajes. Era la hacienda montaraz que abandonaba su guarida.



Nos detuvimos un momento á fin de apretar las cinchas por si era necesario enlazar, y no habíamos terminado todos la operación cuando uno de los peones nos daba la voz de alerta:

—¡Guardia con el toro! — casi al mismo tiempo que el animal nos embestía produciendo un desparramo general.

Saltamos á caballo, menos Gutiérrez á quien le llevó el suyo por delante dándole una feroz cornada en la barriga que le echó las tripas al suelo. Entonces el toro al ver un hombre á pie abandonó el caballo, giró sobre las patas y se quedó plantado castigándose los flancos con la cola y arrancando el pasto con las pezuñas que escarbaban el suelo.

Fué una escena estupenda, trágica, que sólo duró breves instantes, pero que no olvidaré jamás.

El toro yaguané, gigantesco, de astas relucientes, con la cabeza erguida, el morrillo cerdoso y los ojos llameantes, frente al gaucho que aguardaba el ataque sereno, sin pestañear, con el poncho enrollado en el brazo izquierdo y el facón en la mano derecha, soberbio, heroico, aceptando aquel combate inaudito!

El animal bajó la cabeza, cerró los ojos y se precipitó furioso sobre su enemigo; Gutiérrez lo habia visto y dando un salto de tigre hacia un lado le arrojó el poncho que cayó en medio de la frente, al mismo tiempo los perros se lanzaban contra la bestia y la acorralaban haciéndosele rastra de la cola y el pescuezo á pesar de las cornadas que recibian; dos ó tres rodaron por el suelo ensangrentados, pero los otros no la soltaban, gruñendo, rabiosos, enceguecidos sin largar la presa.

La armada de dos lazos se cerraron en las astas y lo dejaron aprisionado entre aquellos tientos trenzados que cimbraban próximos á estallar. El toro sacudia la cabeza, encogia el cuerpo con movimientos rápidos y se venia sobre el lazo al encuentro del caballo preparando la cornada; pero el otro enlazador desbaratando su intención, sólo le aflojaba unos rollos y antes de que alcanzara al compañero lo sugetaba violentamente con un tirón de través, y así volvia á quedar aprisionado echando espumarajos de cólera impotente. Un tercer lazo le pialaba las patas y Gutiérrez tirándolo de la cola lo tendía á sus pies vencido para siempre!

Le alcanzaron una hacha y de dos golpes certeros le despuntó los cuernos, luego sacó el cuchillo y lo mutiló. Le quitó los lazos dejándole solo el de las patas y pegándole una palmada en el costillar le gritó bromeando:

—Lo que es áura ya no vas á querer atropellar á naides; al arado maula pa que la picana te arregle las cuentas si andás remoloniando.

Se levantó tambaleando, con los flancos palpitantes, empapados de sudor y sangre; nos miró con los ojos turbios, quiso embestirnos, pero se detuvo acobardado por el dolor, abatió la cerviz y salió huyendo seguido de los perros

que lo perseguían ladrándole como si lo burlaran...

La operación resultó como lo previó el capataz, ganada la rinconada, batidos de improviso en la boscosa isleta, acosados por la perrada, los animales se arremolinaron mugiendo y pretendieron huir á lo más espeso de los sarandisales de la costa, pero la retirada estaba cortada por los recojedores que corrían de un lado á otro golpeándose la boca en medio de una gritería infernal de voce humanas y de aullidos. Los toros más ariscos hicieron punta precipitándose por el flanco descubierto hasta la llanura, donde se abía mandado echar previamente la boyada y las lecheras para que sirvieran de señuelo y poder llevar así sin dificultad la hacienda matrera hasta la manguera del rodeo.

A la tarde varios de aquellos soberbios animales de lustrosa y manchada piel habían perdido los atributos de su señorío, y como si de un golpe se les hubiera arrancado el fuego y la fiereza, estaban mezclados entre los bueyes viejos, con las cabezas gachas, abatidos.

La isleta de espinillos se alzaba á lo lejos, manchando el paisaje de la campiña con la franja alegre de sus arboledas verdegueantes; ya no volverían á pastar libres y altivos en sus so-

ledades umbrias, ni sus mugidos estentóreos poblarian la selva de rumores bravios!

Uno de los novillos con los ojos húmedos, apagados, estirando la cabeza por encima de la tranquera del corral miraba la antigua guàrida y balaba tristemente.

Estaban vencidos para siempre por la mano del hombre que iba á entregarlos al trabajo fecundo, abriendo el surco en el terruño virgen para que se alce la dorada espiga; iban á ser los pacientes compañeros de las rudas jornadas, hasta caer aniquilados por los años y la fatiga, como un despojo inútil en las batallas de la vida!...







EL CHASQUE

Fué tal vez el último representante en mi tierra, de aquellos ágiles correistas (*) que los Incas tenian apostados hasta en los más lejanos confines de su vasto imperio, para llevar á través de los desiertos abrasados y de las serranías enhiestas la voluntad del soberano que traducia el manojo de *quipus* con nudos de colores.

En el Perú y Bolivia no ha desaparecido aún totalmente la institución incana como lo consigna el sabio Wiener (**), por más que los usos y

(*) En quíchua *chaski.* — andar, moverse. — V. F. López, *Les races aryennes du Pérou.*

(**) Ch. Wiener, — *Récit du voyage,* etc.

costumbres se han modificado hasta casi sepultar en el olvido ese tipo curioso respecto del cual la imaginación de los conquistadores españoles bordó tan extrañas y exageradas leyendas.

Entre nosotros la mensajería primero y el ferrocarril y el telégrafo después, han concluído por suprimir como institución permanente al chasque antiguo, que sin ser en un todo semejante á sus predecesores quíchuas, — puesto que empleaba el caballo de que ellos no se sirvieron, — desempeñó, sin embargo, las mismas funciones arrostrando innumerables peligros y sacrificios en la travesía de las áridas llanuras ó los bosques solitarios, para poner en comunicación las poblaciones más distantes.

Bien merece entonces un rápido esbozo siquiera, esa personalidad desvanecida cuya visión miro alzarse y pasar entre mis recuerdos de la infancia. Me parece verlo como en aquellas tardes, en que su presencia en el hogar de los míos se anunciaba desde el zaguán por sus carcajadas sonoras, con la hermosa cabeza arábiga poblada de largos cabellos nevados y los ojos pardos de mirada intensa, bondadosa, como la sonrisa sempiterna que vagaba en los labios, gruesos, sombreados por el ámplio bigote que daba á su rostro en ciertos momentos el aire marcial del antiguo soldado.

Lo siento atravesar bajo el parral haciendo resonar en el pavimento la rodaja de las espuelas y llegar hasta el cuarto de costura de mi madre á darle noticias de mis hermanos ausentes. Para todos tenía un recuerdo, una palabra afectuosa, una sonrisa, una nota de su inacabable alegría, — porque aquel viejo varonil no conocía la tristeza! ¡Y qué alegría sana y vibrante era la suya que ni las inclemencias del tiempo, ni los reveses de la fortuna lograban abatir!

- Yo traigo las lágrimas algunas veces, pero también llevo las sonrisas, — solía decir, cuando era portador de una mala nueva.—Aprendan de mí, qué diablos, siempre hay tiempo para llorar las penas á solas...

Desinteresado, servicial, de una honradez nunca desmentida, se creía suficientemente recompensado con el exiguo sueldo que le pagaba el gobierno y jamás admitió otra retribución por los numerosos servicios que hacía. Por eso era tan extenso el radio de su popularidad, que desde las poblaciones urbanas hasta el más humilde rancho en los campos tenía siempre un techo hospitalario donde guarecerse y manos amigas para socorrerlo en cualquier azar de la vida.

Conocía palmo á palmo el territorio de la provincia que había cruzado en todas direcciones,

como soldado en sus mocedades y como correista después. Sabia el nombre, la posición social y el parentesco de las familias principales, de cuyos secretos fué leal depositario en más de una ocasión. ¡Qué archivo tan abundante de hechos y anécdotas se almacenaba en aquella cabeza de memoria prodigiosa! ¡Qué interesantes charlas las suyas sobre los hombres y cosas del pasado! ¡Con qué animado y vivaz colorido sabía desarrollar las páginas de esa historia cruenta de nuestras montoneras, con sus caudillos audaces y temerarios!

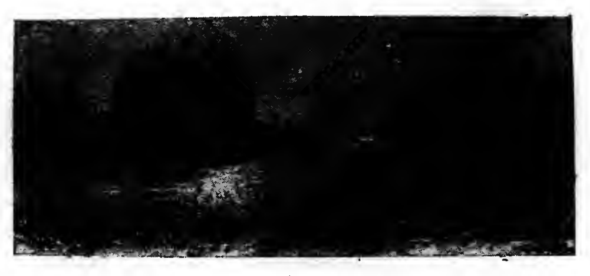
Recordaré siempre, la honda impresión que grabó en mi espíritu el relato de la batalla del *Sauce Grande* donde el heroico Lavalle tuvo que retroceder con su pequeño ejército destrozado después de medio día de encarnizado combate. Vestía entonces la chaquetilla con vivos blancos y punzó de los Cívicos de Entre Rios y le tocó resistir las cargas formidables del intrépido sableador en Moquegua é Ituzaingó.

—Este es un lindo sablazo, -decía señalando una ancha cicatriz que le cruzaba la frente en el lado izquierdo é iba á perderse entre los cabellos canos; con él me señalaron en una atropellada á la lanza que dimos con nuestro jefe Crispín Velásquez. No se me olvidará, agregaba, el recuerdo de aquel día triste, sin un rayo

de sol, en que peleamos envueltos en una espesa humareda, casi sin vernos, por la gran cerrazón que se levantó con la helada y el humo de los cañones y la fusilería!...

En otras ocasiones nos refería las peripecias pasadas en el duro oficio de correista.

—Ahora son flores, exclamaba sonriendo, pero antes los peligros no escaseaban y más de una



vez salvé milagrosamente el número uno! En aquel tiempo la provincia estaba muy poco poblada y era necesario recorrer largas distancias para encontrar una población; los montes eran la guarida de los gauchos matreros que á lo mejor le salían á uno á la encrucijada, y si lo veían con buenas pilchas y con cara de susto lo dejaban tendido. Al paso de Gualeguay, sobre todo, lo temían los viajeros, que cruzaban con el ojo alerta esperando á cada instante ver apa-

recer la cabeza de algún salteador de entre los tupidos pajonales. Muchos salvaron peleando á los asaltantes ó gracias al buen caballo que montaban, pero otros infelices fueron asesinados y tal vez sus huesos blanquean aún entre las zanjas, al borde del camino.

—En la pierna izquierda, á la altura del cuadril, tengo un recuerdo de esa época; es un chuzazo de lanza que me pegaron en 1844, después del asesinato del gobernador don Cipriano Urquiza en Nogoyá, y cuando llevaba la noticia del suceso á su hermano el general que andaba en campaña por el Estado Oriental.

Había marchado toda la noche cortando campo para evitar las partidas revolucionarias y al amanecer me detuve para apretar la cincha en la costa del Clé. El arroyo corría en el fondo de las altas barrancas reflejando en sus aguas renegridas las estrellas que iban borrando las primeras claridades de la madrugada. De pronto empezaron á gritar los teru-teros como si anduviera gente y poco rato después sentí el galope de dos jinetes que se acercaban. Revisé la ceba del trabuco, salté á caballo y descendí al tranco la cuesta á ganarles la picada, pero ya me habían sentido y se me vinieron encima sin decir una palabra; me tendí en el pescuezo del animal para resguardarme del primer choque

y, tomándolos de lado, los atropellé á mi vez descargando el arma sobre el que encontré más cerca y gané la otra orilla á media rienda.

Como montaba un flete de mucho aguante y en lo oscuro no había peligro de que me lo boliaran, á las pocas cuadras notando que no me perseguían sujeté el caballo y seguí al paso. No se oía ningún rumor, un silencio profundo me rodeaba, las neblinas llenaban todavía el campo. Comencé entonces á dudar si aquello no sería una alucinación; sin embargo, yo estaba seguro de haber visto á dos hombres atacarme y hasta de haberle hecho fuego á quema ropa á uno de ellos diciéndole: Dios te perdone! ¿Y si eran dos por qué no me seguían? ¿Dónde estaban? ¿No serían quizás almas en pena?...

Confieso que empecé á tener recelo y hasta me persigné, por si acaso. Mas, bien pronto me convencí de que no había soñado; sentí un dolor agudo en la pierna y al tocarla noté que estaba empapada de sangre.

Felizmente no tardó mucho en aclarar el día y al coronar una lomada distinguí á lo lejos, entre un monte de espinillos, el humito de un rancho. Allí encontré unos buenos paisanos que me curaron la herida, teniéndome oculto hasta que pude montar á caballo para ir á desempeñar mi comisión.

Averiguando algún tiempo después lo ocurrido en la picada del Clé, me dijeron que una mañana se encontró muerto, atravesado el cuerpo de un balazo, á un gaucho cuatrero que la policía perseguía por varios robos y asesinatos. De chiripa, pues, me escapé aquella noche y hasta ayudé á la justicia, — decía bromeando al terminar el relato de la trágica aventura!...

¡ Ah ! ¡ cómo acuden á la memoria las escenas que se desarrollaron en el patio de la casa paterna, bajo la techumbre de las madreselvas floridas por entre cuyo ramaje se filtraban los rayos de la luna, blanca, inmóvil en el azul purísimo del cielo! ¡ Qué calma tan profunda la de aquellas noches estivales cuyas horas se deslizaban sin sentir, poblando mi imaginación de héroes y de leyendas conmovedoras!

¡ Con qué emoción intensa escuché por primera vez la historia ingenua y desolada del Robinsón inmortalizado en el romance de Foé, y cuya gloria hay que reivindicar para un americano descendiente del último emperador de los Incas, que había narrado anteriormente el naufragio del marino Pedro Serrano (*).

Otras veces eran cuentos maravillosos ó bur-

(*) V. El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, cap. VII y VIII.

lescos cuyo relato se prolongaba durante largas horas sin que decayera el interés de la narración. Dotado de una retentiva poderosa, conservaba fielmente todo lo que leía ó escuchaba referir, para trasmitirlo íntegro después con aquella palabra pastosa, de timbre metálico, llena de giros alegres que aún me parece escuchar como un eco lejano que surge de lo más hondo de mis recuerdos.

Más tarde he constatado la veracidad de muchos episodios y aventuras con que en más de una ocasión mantuvo suspensos de su voz, los latidos de mi corazón de niño é hizo correr mis lágrimas primeras.

¡Qué naturaleza de bronce era la suya para resistir sin fatiga aquellas penosas y largas jornadas, bajo las lluvias del invierno ó los rigores del verano; eternamente sobre el lomo del caballo, cruzando á la carrera los mismos senderos, vadeando los mismos arroyos, viendo desarrollarse el mismo paisaje, en sus veinte años de correista! Nada era capaz de detenerlo en el cumplimiento de su deber. Para él no había más que un anhelo y una preocupación: llegar á su destino en el día señalado. Y ni el frío, ni el sol, ni los ríos desbordados, ni los peligros de los bosques fueron capaces de hacerlo faltar jamás!

En las postas se sabía la hora precisa de su llegada y ya le esperaban con el caballo listo para proseguir el camino á galope tendido, con su inseparable valija de correspondencia en la grupa. Los habitantes del campo le reconocían desde lejos por los remolinos de polvo que alzaba en su precipitada marcha; y cuando tenían necesidad de sus servicios le salían al encuentro; satisfecha la curiosidad ó anotado el pedido en la tela maravillosa del cerebro, — seguro de que ya no la olvidaría, encendía un cigarrillo, apretaba la mano á su interlocutor, hincaba la espuela al caballo y volvía á emprender el viaje á través de las verdes llanuras, ocultándose en las hondonadas de las cuchillas y reapareciendo para perderse en seguida en la penumbra trémula de los montes.



El campo abierto, la travesía solitaria, aquel vértigo incesante que lo arrastraba como una sombra por esas campiñas de mi tierra que la primavera atavía con el corimbo rutilante de las margaritas rojas y de los macachines color de oro, formaban su elemento vital, lo enarde-

cían como un toque de clarín. Y era feliz al sentirse oprimiendo los ijares del caballo, con el rostro tostado por el pampero que le azotaba de frente, aspirando á pulmón pleno las brisas perfumadas y la mirada perdida más allá de la cumbre de los grandes árboles llenos de sol,—sereno, dichoso, señor de su destino, derramando á su paso el eco jubiloso que desbordaba perenne de su corazón!...

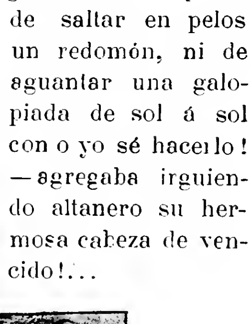
Una sola pena tuvo en su vida, — pena intensa y cruel porque cegó de pronto el raudal de su sana bonhomiía, — y fué cuando el gobierno subvencionando á la primera empresa de mensajerías que hizo el viaje del Uruguay al Paraná, sustituyó al antiguo chasque imponiendo á aquélla la obligación de transportar la correspondencia. Y por más que en recompensa de sus importantes servicios le donó en propiedad una chacra en el ejido de su aldea, sin embargo, el golpe había sido tan rudo que la herida abierta no cicatrizó más.

Aquella separación fué el derrumbamiento de su pasado, el hachazo brutal que abatió para siempre todas sus alegrías y esperanzas. Se refugió en la casita cuyos lindes bordeaba una tupida cerca de pitas y ñapindaces y allá pasó sus últimos años sin resignarse á la nueva

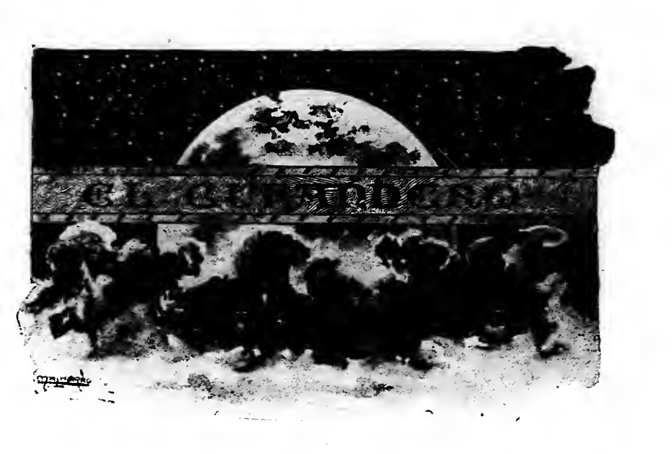
vida, debatiéndose inquieto como un ave salvaje entre las rejas de su prisión.

— ¡ Ya no sirvo para nada ! — solía decir con amargura al ver cruzar por el camino á la mensajería que se alejaba haciendo resonar, como una burla, las colleras de cascabeles.

— ¡ Ah ! pero esos gringos no son capaces de saltar en pelos un redomón, ni de aguantar una galopiada de sol á sol como yo sé hacerlo ! — agregaba irguiendo altanero su hermosa cabeza de vencido !...









EL CURANDERO

En la ladera de una cuchilla, junto á las barrancas rojizas de un arroyo cuyo alveo arenoso blanquea desde lejos, se alza un rancho solitario. Un añoso ombú y unas cuantas higueras achaparradas en medio de la llanura estéril, que sólo nutre espartillos y ortigas, circundada de grandes vizcacherales, completan

el cuadro de ruina y abandono. Ningún indicio acusa el trabajo, ni la presencia del hombre.

Desde el amplio camino carretero que cruza por la loma, aquel paisaje desolado semeja una de esas taperas que en medio de los campos señalan el sitio en donde se alzó en otro tiempo un humilde hogar que los azares de la vida derrumbaron. ¡Cuántos dramas obscuros, tejidos de amarguras y lágrimas, cuantas esperanzas tronchadas guardan tal vez esas ruinas que la maleza va cubriendo!

Una cruz sin nombre, tiende sus brazos al caminante como pidiendo una plegaria... Mañana las tormentas derribarán también al carcomido madero, y el olvido impenetrable envolverá para siempre aquella última memoria!...

Atravesaba por primera vez esa región de la campiña entrerriana, con el espíritu atribulado por una dolorosa separación y aquel triste cuadro me impresionó hondamente. Mi compañero de viaje, un antiguo peón de nuestro estancia, pareció comprender el pensamiento que me preocupaba y adelantándose á la pregunta, me dijo:

—Ese, es el rancho del curandero.

—¿Pero no es una tapera abandonada?

—No, patrón; hace muchos años que vive en él un viejo curandero.

¿Y cómo no tiene chacra sembrada, ni corral, ni caballo, siquiera?

—Porque él no siembra, ni tiene más animal que cuidar que un petizo maceta que hae estar metido en la zanja del arroyo comiendo entre el uncal, por eso no lo vemos.

—¿Entonces no trabaja en nada? ¿y de qué vive?...

—Cura, señor, y hace riendas y bozales de tientos trenzáos pa vender en las pulperias.

—¡Ah! conque es trenzador y médico; ¿y cura á muchos?

—Ya lo creo, si de los pagos más lejanos y hasta del pueblo le tráin enfermos desauciáos por los dotores...

—¿Y se le mueren algunos?

—¡Oh! los que ya no tienen remedio, no hay cencia que los salve; sólo que fuera Dios!...

- ¿Y con qué cura?

- Con yerbas y agua bebida nomás.

—Será con los gajos del abrojal que rodea el rancho y con el agua del arroyito.

—¡Qué esperanzas! Son yerbas de los montes que él solo conoce y el agua la prepara él tambien y la da en botellas asigún la enfermedá. Adimás dicen que tiene un crucifijo en el paladar y que por eso cura con saliva las picaduras de los bichos ponzoñosos, y que mata á las viboras

rodiandolás de escupidas, como los guazubirás, cuando las encuentra dormidas entre el pastizal.

—¿Y cobra muy caros sus remedios?

—No patrón, los da debálde, no aceta dinero, cuando más algún cuero de potro pa fabricar sus trenzaos y la carne que le mandan los vecinos agradecidos.

—¿Y lo acompaña alguien?

—Vive solito, y no sale sino cuando lo vienen á buscar pa algún enfermo que ya no puede allegar hasta aquí, ó cuando va á la pulpería á vender sus trenzaos. Los que quieren hacerse medecinar con él, vienen y acampan en ese montecito de talas que se ve junto al arroyo y allí se pasan, en ocasiones, muchos días hasta que se mejoran y si alguno llega á morir lo llevan al pueblo pa enterrarlo en sagrao...

Picada mi curiosidad por los hechos que con tan profunda convicción me refería el paisano tuve el deseo de conocer al misterioso personaje, y, pretextando que quería encargarle la confección de unas riendas y un rebenque, me dirigí al rancho.

A medida que nos acercábamos se percibía cada vez más la soledad y el abandono. Un sendero tortuoso como una picada en una selva

virgen, conducía por entre el abrojal á la puerta del rancho que un cuero protegía de las lluvias y los vientos. La maleza se extendía al pie de los muros de terrón y se escurría por las rendijas como curioseando lo que pasaba



en el interior. En el tronco del ombú, en un hoyo cavado en las raices, se veían las cenizas del fogón apagado.

Un soplo helado de tristeza, de ruina, parecía flotar en torno de aquella mansión solitaria!...

Llegamos hasta la entrada sin distinguir nin-

gún ser humano. Entonces el peon sacándose el sombrero respetuosamente exclamó:

—¡Ave María!

Un momento después el cuero de la puerta se apartaba para dar paso al extraño morador que contestó en el mismo tono:

Sin pecao concebida.

Informado del objeto de nuestra visita, el hombre que al principio permanecía indeciso, mirándonos con aire de desconfianza, dulcificó un tanto el ceño y nos invitó á bajar. Cogió un manojo de biznagas secas y con un golpe maestro sobre el pedernal del yesquero encendió el fuego. En cambio del sabroso cimarrón, le brindamos cigarrillos negros, y un porrón de ginebra que llevábamos para combatir la sed en la travesía, concluyó por acortar las distancias, rompiendo la muralla de aquella reserva taimada.

El hombre era mio: se entregó sin reservas, abriendo con ingenuidad las puertas de su corazón, descubriendo sus sentimientos humanitarios, sus creencias sinceras é intensas. Sus palabras impregnadas de simplicidad cobraban en ciertos momentos esa convicción y firmeza que radica en la observación larga y paciente, confundiéndose otras veces con la alucinación absurda del creyente que acepta

los hechos más extraordinarios como verdades indubitables, viendo en todas las cosas la influencia arcana de una causa invisible, que su razón no columbra, y que concluye por atribuir al milagro.

Me hablaba de la virtualidad portentosa de los brebajes de yerbas de cuyo secreto era poseedor, con acento de profunda convicción, sin atribuirse mayor mérito. Tenía en su mano el don de curar, como una habilidad superior que le había tocado en lote del destino y nada más.

—¡Será mi estrella! — me decía como última razón, — pero ahí están los enfermos que los hombres de cencia no les acertaron con el mal, que andan sanos y buenos y no me dejarán mentir.

—¿Pero Vd. habrá estudiado, habrá tenido maestros que le enseñaron á conocer los males y las yerbas que les sirven de remedio?

—No, señor; mi único maistro ha sido la vida: mis desgracias, las persecuciones injustas de los hombres que me obligaron á refugiarme en los montes durante muchos años. ¡Oh! allá en la soledá de la naturaleza se ven y aprienden muchas cosas más que en los libros...

Y al razonar así aquel hombre tosco, cuya

palabra sencilla se iluminaba por instantes con el colorido intenso de las dolorosas evocaciones, dejaba en mi espíritu juvenil la huella honda de la duda!



—¿Es un farsante ó un alucinado? me preguntaba interiormente al oirlo discurrir con tanta cordura, al contemplar su frente amplia y serena que coronaba una larga cabellera nevada. Ni sus modales, ni su raciocinio claro, ni los hábitos de su vida modesta acusaban un desequilibrio mental, una intención velada que pudiera tomarse como una explotación vulgar á su manera de vivir.

No hacia ningún misterio de su potencia curativa: creía ingenuamente en ella y la ejercia sin interés, como un ministerio altísimo entre los

que tenían fe. ¿Era aquello la expresión informe de un sentimiento altruista, ó ese ser humilde era sólo un producto lógico del espíritu supersticioso y crédulo, tan generalizado en nuestros campos? Ambas cosas quizás. Pero lo cierto es que el maravilloso curandero se presentaba á mis ojos como un problema obscuro, que envolvía el prestigio del misterio fascinante, insondable...

Algunos años más tarde atravesé otra vez por aquella región; la llanura yerma se distinguía desde lejos con sus tierras rojizas, cubiertas de unos cuantos arbustos que erguían sus ramas mustias, calcinados por el sol de diciembre que rajaba la tierra sedienta.

El rancho ya no existía, la maleza había terminado su conquista y se extendía victoriosa sobre los despojos del vencido, aprisionando en sus mallas de plantas dañinas el tronco del viejo ombú que aún libraba los postreros combates!...

¿Y el curandero habría muerto sin que pudiera salvarlo la ciencia infusa de que se creía poseedor, ú otro rival lo había desbancado suplantándolo en la veneración idólatra de sus clientes?... ¡Quién sabe! Mas el molde no estaba quebrado, el tipo no se extinguiría por eso. Iría sencillamente á levantar su tienda en otro

paraje más lejano para reconquistar su aureola de popularidad, tranquilo, paciente, seguro del éxito, pues mientras alienten seres cuya imaginación se exalta en presencia de lo extraordinario y de lo maravilloso, la semilla de las adivinas, de las iluminadas y de los curanderos brotará lozana perpetuando en las edades sus frutos extraños...

Producto natural del atraso en las dilatadas campiñas, con un origen que entre nosotros remonta á la época de la conquista, pues, allá entre las breñas montañosas de Arauco se destaca la figura del *machis*, – el curandero de la tribu belicosa, — ha llegado hasta los centros urbanos para imponerse en ciertos momentos como una necesidad, disputando resueltamente el estadio á los hombres de ciencia.

Las autoridades mismas han reconocido su existencia y declarádola necesaria. Asi por una resolución del gobierno de Entre Rios en 1850, (*) se dejó sin efecto el reglamento que prohibía el ejercicio de la medicina empírica, teniendo en cuenta el estado en que había quedado la campaña después de una guerra prolongada y sangrienta: « porque con la separación de los curanderos y curanderas, dice el

(*) *Recopilación de leyes y decretos*, tomo VI.

decreto, se hallarán sin alivio ni consuelo en sus enfermedades las numerosas familias esparcidas á largas distancias en los establecimientos de campo».

Mi tierra ha sido fecunda en estos tipos, mezcla bizarra de embaucador y de creyente; y á través del tiempo y de la lejania nuestro legendario *Médico del tiento*,—cuya sombra vaga aún en los umbrios boscajes de Montiel,—se confunde en el nimbo radioso que la credulidad ha hecho brotar como una flor de hechizamiento en torno del nombre *Mano santa* y del *Médico del agua fría!*...




LA CRECIENTE



LA CRECIENTE

Reinaba uno de esos violentos temporales de invierno que en la región de los bosques se prolongan á veces durante semanas enteras. La lluvia caía á torrentes formando cortinas liquidas que el viento desflocaba al azotarlas en los troncos y gajos de los árboles. El sol velado por los densos nubarrones aparecía de tarde en tarde lanzando sus rayos pálidos que doraban un instante los ramajes y volvia á ocultarse en aquellas masas de nubes plomizas que el huracán empujaba de flanco, las amontonaba en enormes montañas y las desgarraba en tocas flotantes y ligeras que corrian á fundirse en otras

mayores hasta cubrir el cielo con el sudario gris de las tormentas.

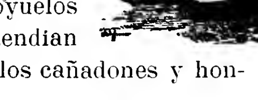
— ¡ Vamos á tener creciente, y grande ! — dijo uno de los peones mirando hacia la costa del Gualeguay cuyo curso señalaban á lo lejos los verdes sauzales.

Nada de particular se observaba á primera vista; sin embargo el ojo escudriñador del hijo de los montes habia descubierto ya señales inequivocas para apoyar su afirmación. En efecto, mirando atentamente se dibujaban en el horizonte brumoso, varios puntos obscuros, movibles, que se ensanchaban en grandes círculos y desaparecian tras los nublados.

— Son garzas y bandurrias que andan revolotiando por que se les han anegáo los nidos en los uncales, — agregó el paisano que continuaba de pie en la puerta de la cocina con la mirada fija en el poniente.

Los puntos comenzaron á distinguirse mejor y pronto vimos cruzar numerosas bandadas de aves que huían batiendo las alas apresuradas y dando graznidos de alarma. Al mismo tiempo por entre las altas pajas bravas de la costa se vieron aparecer puntas de hacienda vacuna que buscaban las alturas y se internaban en el monte mugiendo. Las manadas venían detrás en grupos inquietos; trotando con las clines tendidas

al viento y dando relinchos estridentes para llamar á los potrillos, iban las yeguas, que el hermoso padrillo escoltaba con celos de sultán, corriendo á los potros para evitar veleidades de sus favoritas.



Era una ruidosa emigración que poblaba la campiña de relinchos, de balidos y rumores vibrantes...

Los gramillales glaucos de la pradera empezaron á blanquear cubiertos con la avenida de las aguas que bajaban por las laderas de las lomas, escurriéndose en los senderos é iban á engrosar el caudad de los arroyuelos desbordados que se extendian como un ámplio tapiz en los cañadones y hondonadas.

Las yerbas primero, los pajonales y hasta los arbustos desaparecian en aquella inmensa masa plomiza que avanzaba con sordos rumores de marea. La inundación se extendia cada vez más y ya flanqueaba la estancia cubriendo los bajíos, amenazando rodearla, como habia ocurrido en algunas grandes crecientes del río Gualeguay.

En precaución se mandó tener listos los carros para sacar la familia y se colocaron en altos

zarzos de madera los objetos que no era posible transportar sin que se mojaran.

Comenzó entonces una de las operaciones más arriesgadas y penosas de la vida campera, de esas que ponen á prueba el valor y la resistencia de sus esforzados habitantes, para los que no hay peligro, ni fatiga, ni sacrificio que los arredre, que los haga olvidar siquiera un instante su inacabable alegría!

Como la inundación vino de pronto desbordando los arroyos y lagunas que vuelcan sus aguas en el río, las isletas y lomadas de la costa quedaron inmediatamente aisladas con la hacienda montaraz que pastaba en aquellos parajes. Había, pues, que ir á sacar los animales antes que perecieran de hambre ó fueran arrebatados por la correntada.

Era una empresa temeraria el aventurarse á cruzar la anchurosa llanura que la avenida cubria como un mar cuyas riberas se perdian más allá de la ceja lejana de los montes, y llegar hasta los altos albardones donde estaba refugiada la hacienda.

No habia tiempo que perder porque el agua subia siempre y dentro de poco no quedaria ningún sitio de la costa que no fuera barrido por las aguas. Se mandó echar una tropilla al corral

para elegir los caballos más diestros y resistentes.

El pardo Orosco — un veterano del ejército de Entre Ríos de los que atravesaron á nado el Uruguay y el Paraná con el general Urquiza — fué el encargado de llevar á cabo la riesgosa empresa. Eligió dos mocetones de los más nadadores, ensilló un tordillo sabino de gran alzada y



se aligeró el traje hasta casi quedar desnudo; sus compañeros lo imitaron.

— Vamos muchachos, y cuidáo con tullirse de frio ó dejarse ahugar como un barriga augeriada, — exclamó el valiente criollo montando á caballo.

Los mozos sonrieron ante la advertencia, y uno de ellos respondió con tono resuelto:

—No tenga cuidáo Ño Orosco, que pá semejante aguacero no hay necesida de poncho!

Bromeando alegres, se alejaron á gran galope chapoteando los fangales del bañado, bajo la lluvia que los azotaba con sus rachas heladas y se internaron desafiando el ímpetu de la corriente que cortaban en sesgo los caballos con la cabeza erguida, las narices abiertas, bufando, y la cola enhiesta como un penacho, hasta pisar las lomadas de la costa en que estaba guarecida la hacienda.

En una pequeña colina los animales mezclados se revolvían en abigarrados grupos de vacas, yeguas, avestruces y gamas, trotando confundidos á la orilla del agua sin atreverse á vadear el ancho espacio que los separaba de la tierra firme. Los peones les azuzaban inútilmente dando gritos, les echaban encima los caballos, les castigaban con los lazos, pero los animales amedrentados se estrechaban pisoteando á los que caían, con un ruido seco de astas que se chocan y de mugidos dolorosos...

El agua turbia invadía rápidamente la lomada que en breve desaparecería bajo la avenida que avanzaba rugiente en los bajíos desgajando los árboles cuyas ramas arrastraba revueltas con las balsas de verdosos camalotes.

Los animales redujeron el círculo, formando una masa compacta, enorme, que se movía pesadamente; los más grandes trepados en el lomo

de los otros estiraban las cabezas y miraban azorados la correntada que los aprisionaba!...

De pronto desde un matorral que barrían las olas partió el bramido estentóreo de un tigre. Los animales ante el peligro de ser acometidos por la fiera se atropellaron con violencia echándose al bañado. Orosco y sus compañeros no desperdiciaron la inesperada ayuda y cargando sobre las bestias á pechadas y lazazos hicieron caer al agua á las más remolonas.

¡Se desarrolló entonces un espectáculo imponente! Los animales dentro del agua ya, remolineaban como buscando apoyo, se agrupaban miedosos y desaparecían bajo la corriente. Mas de pronto surgía una cabeza, luego la línea del lomo y tras de ella, otras más, y otras, y otras, hasta tender una larga fila que empezó á nadar en dirección á las alturas del monte. Detrás venían los peones braceando al lado de los caballos agarrados de las crines. El tordillo hacia punta, con la nariz espumosa, moviendo las orejas y la cola tendida á flor de las aguas...

Era de noche cuando abandonaron el bañado los últimos animales, que el arrojo y la pericia de aquellos hombres había logrado salvar de una muerte segura.

En la estancia esperaban ansiosos la vuelta de los nadadores, pues no sólo corrían el peligro

de ser arrebatados por la correntada, sino de perecer en las garras de una fiera ó por la picadura de las víboras de la cruz que llevaba entre los camalotes la inundación.

Se festejó el regreso, distribuyéndoles ropa abrigada y una buena ración de caña para darles calor; poco rato después, rodeando un matambre y una fuente de tortas fritas, confundidos con los otros peones, alegres y decidores, sin hacer mención siquiera al peligro pasado, estaban los valientes paisanos.

Terminada la cena, la guitarra no tardó en dejar oir sus cuerdas gemidoras preludiando un gato del terruño—de esos que bailan solos,—tales eran los rasgueos y bordoneos con que el tocador lo acompañaba, y en el sosiego de la noche resonaron los écos del canto tradicional que parecen incitar á la danza como las notas cálidas de un coro antiguo:

Vuela la perdiz, madre
¡ mi vida !
Vuela la infeliz.
Que se la lleva el gato.
¡ mi vida !
El gato, miz, miz...

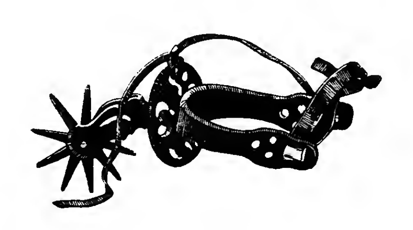
Uno de los mozos se levantó de la rueda é invitando á una criollita que andaba alcanzándoles mate, se les cuadró al frente y empezó á

mover los pies en un zapateo vertiginoso sin perder un punto el compás que seguía castañeteando los dedos, mientras la compañera se le acercaba y fingía una fuga arqueando el torso garbosamente...

Orosco contemplaba con cariño al bailarín y me decia :

—¡ Vea, patroncito, ese mozo vale plata ! hoy allá en los rincones cuasi se lo llevó la correntada de puro corajudo, y ya lo vé, dandolé gusto al cuerpo como si nada le hubiera pasáo !

Y al elogiarme así, al intrépido muchacho no había en sus palabras impregnadas de simplicidad y de llaneza, ni una sombra siquiera de alabanza !...




EL
SARGENTO
VELAZQUEZ



EL SARGENTO VELÁZQUEZ

Al lado del camino, en una abra del monte, rodeada por un cerco de enhiestas pitas, se veia blanquear una casita, limpia, alegre, llena de luz. La mensajeria que en aquel tiempo hacía el viaje desde el Uruguay al Paraná se detuvo junto al corral de horquetas para cambiar caballos; mientras ensillaban las yuntas de refresco los pasajeros nos dirigimos á la ramada.

A la sombra de un frondoso tala, atareado en remendar unos bozales estaba un anciano de blanquísima barba que le cubría la mitad del pecho; un pañuelo colorado sujeto en forma de

vincha echaba hacia atrás la larga cabellera. La camisa y el calzoncillo cribado contrastaban por su nítida blancura con el chiripá de tonos obscuros que caía en amplios pliegues desde la cintura hasta casi cubrir la bota de potro primorosamente sobada.

Era el dueño de la casa, el maestro de posta Ño Marcelo Velázquez, un antiguo soldado del ejército entrerriano, cuyo cuerpo contaba los largos años de servicios y las batallas á que había asistido por las cicatrices que ostentaba en guisa de medallas y condecoraciones. — Ño Marcelo — como le llamaban respetuosamente todos los vecinos — fué soldado durante medio siglo, y en las postrimerías de su existencia, vivía obscuro y olvidado en aquel rincón de la tierra natal por cuyo engrandecimiento derramó su sangre y le ofrendó la lozanía de su brazo hasta que ya no pudo sostener la lanza de moharra y media luna acerada y virolas de plata, que conservaba aún con orgullo.

Resignado á su triste suerte, sin mencionar jamás los sacrificios y penurias pasadas, sólo aspiraba á dormir en paz el último sueño en el pedacito de terruño que cubría las cenizas de sus mayores y de los hijos que le habían precedido en el eterno viaje...

Los que se detenían un momento en el rancho

ó cruzaban el camino mirando indiferentes al humilde viejito, ignoraban que aquella era una reliquia gloriosa, que ese cuerpo encorvado por los años y las rudas fatigas de la guerra, se erguía en otro tiempo gallardo y altanero, que ese brazo tembloroso sostuvo la lanza cuyos reflejos rápidos de acero se apagaron cien veces con la sangre en los combates temerarios, que aquel pobre·paisano había agotado su vida en el servicio de las armas luchando sin tregua desde niño!...

En uno de mis frecuentes viajes tuve ocasión de tratar con intimidad al heroico veterano.

Un violento temporal nos obligó á refugiarnos en su casa, y como el tiempo no calmaba y era fácil extraviar el camino en el monte, aceptamos la hospitalidad que se nos ofrecía con tan empeñosa insistencia. Después de la cena y como insinuáramos el deseo de conocer algunos episodios de su carrera militar, el anciano se reconcentró durante un breve rato, y, al fin, con palabra tranquila, que la pasión no empañaba, sin hacer alarde de peligros, ni sufrimientos, empezó á relatarnos el romance de aquella vida que remontaba á los primeros años de esa sangrienta lucha de montoneras que libraron los caudillos del litoral.

—Era todavía un muchacho mamón, me decía,

cuando me arriaron para el servicio, y aquí cerca, en las costas de *Las Guachas*, me tocó estrenarme en un combate desventajoso á que nos arrastró la temeridad del general Ramírez; peleamos muchas horas llevando cargas desesperadas contra las fuerzas tres veces más numerosas del general Artigas y al fin tuvimos que retirarnos dejando el campo cubierto de cadáveres; pero á los pocos días, en la *Bajada del Paraná*, tomábamos la revancha derrotando al valiente caudillo oriental, obligándolo á abandonar para siempre la Provincia tras los desastres que sufrieron sus jefes principales, López chico y los indios misioneros Perú-cuti y Abacú en el *Gualeguay*, *Yuquerí*, *Mandisoví* y en el sangriento combate de *Las Tunas*.

En seguida pasamos á Santa Fe, y en los campos de *Coronda*, destrozamos las tropas veteranas que traía el bravo La Madrid; orgulloso por el triunfo, nuestro jefe se dejó arrastrar á una emboscada en el *Río Seco* y nos derrotaron. Pudo salvarse, le quedaba un puñado de soldados, tenía caballo para huir, — ¡ y quién se hubiera atrevido á cerrarle el paso mientras blandiera aquella terrible lanza de cuya hoja afilada se apartaban con respeto en el combate los dragones y blandengues! — pero el parejero que montaba doña Delfina fué boliado y al



verla en peligro el general volvió cara, haciendo girar sobre las patas su pingo y cargó á lanzazos sobre el grupo que ya la habia rodeado, abriendo claros de muerte en las filas de sus enemigos hasta rescatar á su prenda, pero cayó al fin muerto de un pistoletazo!

¡Con qué emoción intensa narraba aquel trágico combate que recuerda una de esas escenas caballerescas de los tiempos mediœvales, y está reclamando el lienzo ó el bronce á nuestros artistas!... Aunque herido en este encuentro formó parte de los últimos restos de las fuerzas del altivo caudillo que consiguió llevar á Entre-Rios atravesando el Chaco el comandante Anacleto Medina en compañía de la hermosa Delfina, que regresaba al hogar abandonado sin haber tenido el triste consuelo de bañar con sus lágrimas el cuerpo destrozado del heroico compañero de todas sus horas de dicha y de infortunio!...

Más tarde le tocó emprender esas largas y penosas campañas que el general Urquiza realizó dentro y fuera de la Provincia. Se encontró así en las peripecias de esa lucha que comenzó en 1831 en los llanos de *Pago-Largo*; en todas las acciones donde se puso á prueba el empuje de aquella caballeria altanera, fué actor el soldado Velázquez, y así el *Sauce*, el

Arroyo Grande, India Muerta, Puntas del Palmar, Laguna Limpia, Potrero de Vénces, los *Campos de Alvarez, Caseros, Cepeda* y *Pavón* le contaron entre los combatientes de primera fila.

Su sangre empapó más de una vez el campo de batalla y numerosas cicatrices cubrieron su cuerpo, pero la muerte respetó al valeroso lancero. ¡Cómo se entusiasmaba al recordar los reñidos combates en que había sido actor! El cuerpo del viejito se erguía gallardo en el tronco, con la altivez serena de otros tiempos, sus ojos cansados cobraban extraños fulgores y la mirada marcial, altanera, se paseaba por sobre el horizonte!...



Terminada la lucha volvió tranquilamente al hogar á labrar la tierra con los últimos alientos, — y allá vivía en su rincón solitario sin afanes ni quejas, lamentando solamente que ya las fuerzas le flaqueáran para blandir un sable ó una lanza si la patria lo llamaba de nuevo.

— Pero ahí están los muchachos — decía señalando los nietos — que no han de empañar el

nombre del abuelo. Yo les he enseñado á amar nuestra tierra y si se viera en peligro, los Velázquez no han de desmentir la marca!

Tenía un culto apasionado que rayaba en fanatismo por los hombres y cosas del pasado. Recordaba con veneracion enternecida á sus viejos jefes, y los nombres de Ramirez, de Mansilla, de Urquiza y de Galarza brotaban de sus labios trémulos con cariñoso respeto.

—¡Aquellos sí eran combates leales!—exclamaba entusiasmado en que se peleaba cuerpo á cuerpo, cruzando el arma con el adversario! Con la lanza y el sable se rompian cuadros de infantería, se atacaban trincheras sacando los cañones enlazados!...

¡Con qué desdén caballeresco hablaba de las armas de fuego: ¡Oh! en nuestro tiempo no se peleaba como ahora! Y enardecido por la evocación bélica, tendia la cabeza como aguardando la vibración larga é intensa del clarín que tocaba á la carga, y la voz del coronel que blandiendo la espada les gritaba: —¡Sable en mano y carabina á la espalda!...

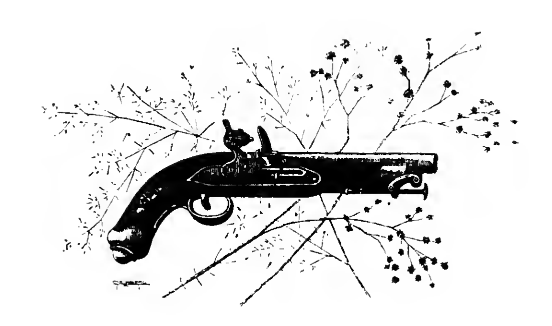
Nuestra provincia era muy pobre entonces—añadia— y no pagaba á los que la servian. Cuando había que emprender una nueva campaña el comandante de cada división nos daba la orden de que para tal dia debiamos presen-

tarnos con caballo de tiro y las armas prontas á un paraje designado; llegaba el dia y ninguno faltaba á su puesto, y así marchábamos á la guerra y los que no quedaban tendidos en los campos de batalla volvian á sus ranchos, listos siempre para correr al primer toque de llamada. Era un orgullo, amigo, el servir con semejantes jefes que no esquivaban jamás el peligro, que sufrian á la par nuestra las penurias del servicio, que cargaban al frente de su división para ser los primeros en atropellar al enemigo sin contar el número, y que sabian morir sin volver la espalda!...

Imbuido en aquellos recuerdos que hacían vibrar como en otras horas su sentimiento patriótico y su altivez nativa, el sargento Velázquez era un despojo glorioso que mantenía en alto la tradición de esa caballería famosa que luchó con generales de la talla de Balcarce, Rondeau, La Madrid, Lavalle y Paz, que venció caudillos aguerridos como Artigas y Rivera, que atravesó los más grandes rios de la República para batir su diana redentora en los campos de Caseros...

Sereno, alegre como en sus buenos tiempos de soldado, aguardaba la muerte en su retiro sin quejarse del olvido injusto que tal vez ni comprendia, creyéndose bastante compensado con haber podido servir leal y denodadamente á su

tierra natal hasta verla próspera y tranquila marchando á la conquista de su futura grandeza. Con el puesto de maestro de posta y el pedazo de tierra que cultivaba tenía lo suficiente para vivir feliz en su honrada pobreza; de allí no salía más que en las fiestas de la patrona de la aldea ó en el aniversario del 3 de Febrero en que se le veía atravesar la plazuela, sombreada de añosos paraisos, y llegar hasta la puerta de la capilla llevado del brazo por alguno de sus nietos, gallardeando aún la cabeza en el viejo tronco que coronaba su blanca cabellera de patriarca!...




Iuvenilia



JUVENILIA

Cierro los ojos y veo alzarse allá, lejos, en una abra apartada de la selva, como en un vago claroscuro paisajes y reminiscencias de la juventud. Ecos de suave armonía, riente y dichosa, me hacen fijar el pensamiento en aquel hermoso pasado que colora el recuerdo con las florescencias ingenuas de la vida que se abre gozosa á todas las quimeras de la ilusión.

Hermoso, viril y sano despertar de la adolescencia en que todos los senderos tienen rosas,

mucha luz y azul el horizonte, y el sol radioso parece bañarnos con efluvios ardorosos, extraños y gratos. El alma ritma apasionada su primer canto de esperanza; después los años pasan aprisa, se esfuman en los nublados del tiempo las emociones pristinas, el dolor, el desencanto las sustituyen, mas la dulce memoria se refugia en nosotros y vibra de nuevo como un viejo laúd al evocarla!...

Era la época de vacaciones. Habia vuelto á la estancia tras una larga reclusión en el colegio y venia sediento del gozo de vivir aquella vida libre y sencilla de los campos.

El sol de Diciembre, un sol de oro llameante, caía á plomo sobre la sabana verde de la cañada caldeando los trebolares y las flores moradas de los bibises; los pastos en sazón chispeaban con reflejos de lentejuelas luminosas, las totoras inmóviles erguian los tallos verdosos al borde de la lagunita solitaria, y á lo lejos, en las lomas, la luz corria rozando las yerbas, en vapores blancos, transparentes como un cendal de hadas.

Hacia el poniente, contrastando con aquel cuadro de luz, la selva de Montiel empinaba sus techumbres de ramajes sombrios, por entre cuyas mallas de enredaderas asomaban las

flores albas del clavel del aire y las bellotas doradas del mburucuyá.

Una gran calma, triste, profunda, dominaba el paisaje; ni un animal en el llano, sólo una que otra garza con vuelo remiso y pesado cruzaba el espacio y se hundia en las espesuras brumosas del monte...

Á la hora de la siesta, cuando la naturaleza reposaba en ese aniquilamiento enervador de los campos, la alegre banda de mis compañeros, burlando la vigilancia paterna, escapaba furtivamente de la estancia para ir á reunirnos en el paraje convenido y organizar la correría.

Nos dirigíamos á las cuchillas á correr sobre el pasto caldeado esas brillazones que los rayos solares forman al reflejarse en el plano del suelo, semejando las aguas plateadas de un lago en calma, que se alejaban hasta desaparecer de improviso tras una quebrada del terreno, para surgir á la distancia fundidas en olas reverberantes y espumosas. Aquella era una de nuestras diversiones favoritas, por más que hubiéramos oido hablar á los paisanos con supersticioso recelo de ese curioso fenómeno de espejismo.

Otras veces, torciendo el rumbo, ganábamos la costa, las rinconadas boscosas á buscar lechiguanas en los espinillales. Llegábamos

cautelosos hasta la playa de las lagunas para sorprender á los sábalos y tarariras que dormían entre el camalotal con las cabezas á flor de agua y sobre las que asestábamos el golpe certero de la fija ó de la boliadora manejada con una destreza digna de un brazo querandí. Un estremecimiento, un borbollón agitaba el agua tras el golpe, el pescado zambullía castigando los camalotes desesperado, para reaparecer en seguida con el vientre hacia arriba, las aletas abiertas, rígidas, muerto...

En otras ocasiones nos encaminábamos al arroyo que serpea aprisionado en el cauce tortuoso por entre mollales y seibos. En aquellas playas de blancas arenas tendidas en suave pendiente rodábamos hasta el agua que nos arrastraba en su mansa correntada. Jugábamos al pescado y la nutria.

Agazapados en la ribera acechábamos al pescado que oculto en un recodo aparecía nadando lentamente; dábamos un grito al verlo lanzándonos en su persecución. El pescado nadaba delante, rápido, cortando las aguas; le seguíamos acercando la distancia; de pronto se detenía, se dejaba rodear y cuando ya creíamos darle caza, azotaba el agua con los pies imitando un coletazo, una lluvia de chispas nos enceguecía y zambullendo embestía al que encontraba más

cerca, para reaparecer diez varas detrás con el pelo lacio, pegado en el rostro, sonriendo...

Y los juegos se prolongaban hasta que el sol ocultándose tras el horizonte nos indicaba la hora de emprender la retirada. Nos vestíamos y á escape regresábamos á la estancia, llevando como atenuación á la falta algún camuatí repleto de miel ó las sartas de pescado para ofrecer á la dueña de casa, seguros del perdón que sus labios bondadosos no sabían rehusar. Nos miraba mansamente, con sus ojos azules como un pedazo de cielo, y nos decía simulando enojo:



—¡ Ah ! ¡ traviesos, hasta que no les suceda una desgracia no van á parar!... Vayan no más; — y se daba vuelta.

Prometíamos formalmente que esa sería la última vez; pero á los pocas días echando al olvido el juramento, volvíamos á las andadas contando de antemano con la bondad de la santa mujer que tanto amábamos.

So pretexto de buscar peludos, la partida excursionista, equivocando el sendero del médano que blanqueaba en un claro del monte de talas, iba á dar, — sin saber cómo, — á la chacra de algún puestero en cuyos sembrados de sandías quedaba el rastro indeleble de nuestras depredaciones. Y alguna vez, los más hombrecitos del grupo nos aventuramos á la lumbre de las estrellas, hasta el rancho lejano cuya ubicación se acusaba en la noche por la luz del fogón que parpadeaba en las tinieblas denunciando un bailecito.

Llegábamos recelosos de la acogida que se nos haría, pero bien pronto el temor se disipaba al ver festejada la aventura por aquellos paisanos leales, incapaces de una delación, y sobre todo, lo que más nos regocijaba secretamente, eran las sonrisas de las bailarinas como dándonos coraje.

Los rasgueos de la guitarra iniciaban un pericón y cada cual elegía su compañera en el grupo de lindas criollitas de tez morena y ojos dulces y obscuros, cuyo prestigio aumentaban

las largas pestañas de azabache que ellas sabían tender como un velo de sombra, cuando no querían que la mirada traicionara la emoción que dilataba suavemente sus corazones.

Graves y mudos, los mozos valsaban sin perder un compás, luciendo su donaire ante la presumida que sonriente se dejaba arrastrar por el encanto secreto que arrullaba sus sueños.

Entre los concurrentes — me parece verlo como si lo tuviera delante — se destacaba un muchacho criollo de rostro sombreado por esa pátina que el sol y el pampero imprimen al hijo de los campos; llevaba con donaire el amplio chiripá rozando el taco de la bota granadera sujeto á la cintura por el tirador cuajado de monedas de plata, y erguida sin altivez sobre el tronco la hermosa cabeza de perfil morisco.

Era un forastero, un desconocido que venia á disputar el terreno en aquel torneo de la galanteria y del amor á los hijos del pago. Sus rivales le miraban con desconfianza; las muchachas se secreteaban sonrientes.

El guitarrero cantaba marcando el movimiento acompasado de los danzantes que se detuvieron de pronto formando rueda al forastero, que plantado frente á su pareja aprovechó la oportunidad para arrojar á sus pies como un homenaje las flores más escogidas del vocabu-

lario amoroso. Con voz cadenciosa y apagada por la emoción le dijo:

En la noche de mis penas
Era el lucero mi guia;
Ya no preciso más luces
Que sus ojos, vida mía!

Un murmullo rápido circuló entre las muchachas. La paisanita veló los ojos mirando al suelo sin atreverse á resistir la mirada escudriñadora y anhelosa de su adorador; mas al fin, diestra en las lides del corazón, le respondió entre sonrojos, coqueteando:

Un arbolito sin hojas
Qué sombra me puede hacer;
Este mocito frastero
Que amor me puede tener!...

Los bailarines festejaron la intencionada respuesta como la derrota del rival; no era aquello un rechazo sin embargo, porque á través de la pesada pestaña él vió alumbrar un rayo de esperanza.

El cantor volvió á rasguear el instrumento preludiando el alegre y por despedida, al pasar, le cantó entre risueño y dolorido esta picaresca trova que cayó cimbrando como un dardo:

Tiré un pañuelito al campo
Y se me llenó de flores;
Conmigo son las jaranas...
Y con otros los amores!

Ruidoso palmoteo aplaudió la indirecta, mientras la criollita despreciativa le volvía la espalda desdeñosamente.

— ¡ Amargo el criollo ! ¡ Sácate esa y volvé por otra, hijita ! — decía riendo á carcajadas un viejo desde un rincón.



— ¡ Triunfo, caballeros, á bailar un triunfo ! — gritó el bastonero con voz de mando para poner orden entre los danzantes ; y el de la guitarra, obediente al mandato templó un instante las cuerdas y tras un ágil arpegio haciendo vibrar la prima en una cadencia alegre como un cosquilleo, comenzó á cantar marcando los tiempos del baile.

Vida mía, no pierdo
Las esperanzas,
Que hasta el pozo más hondo
La soga alcanza !
Este es el triunfo, madre,
Dueña del alma,
Más quiero dulce muerte,
Que vida amarga !

Al triunfo siguió un gato con escobillado. El forastero se cuadró de nuevo ante la compañera predilecta para hacer prodigios de habilidad castigando el suelo con zapateos rápidos, vertiginosos, ondulando el tronco y moviendo los brazos á compás con garboso donaire.

¡ Con éste no se puede, hermano! — exclamó con admiración uno de los competidores.

— ¡ Si es más bailarin que trompo! — añadió otro.

— Si se amacará ansína sobre el basto en un bagual... dijo un tercero sonriendo.

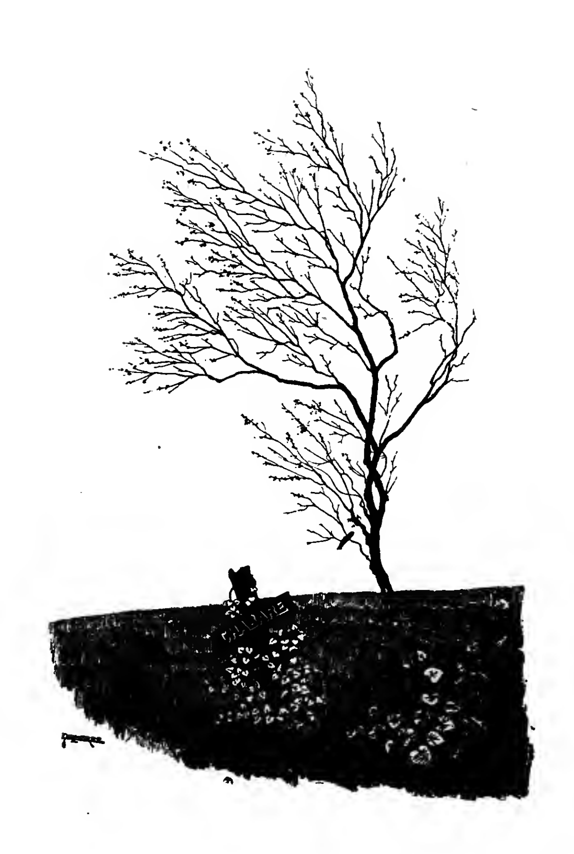
La victoria era decisiva, todos aplaudían al mozo que orgulloso y triunfante envolvió en una mirada intensa á la graciosa muchacha que sonrojada fué á sentarse entre el grupo de sus amigas, mientras el guitarrero continuaba las frases traviesas y risueñas del estribillo final.

El que por firmeza es firme
Tiene consigo un caudal;
Lo mesmo afirma... un puntazo,
Que se le afirma á un bagual!

Las primeras luces del alba esparcían en el cielo sus claridades sonrosadas. Era la hora de partir para ocultar aquella falta, cuyo recuerdo murmuraría dulcemente en nuestros corazones como una intima caricia lejana, la cántiga arrulladora del primer ensueño...

Han transcurrido largos años, y á la hora en que trazo estos recuerdos alzo la cabeza sobre la página empezada buscando alguno de los rostros amigos. Estoy solo, lejos de la agreste campiña donde se deslizaron tan dichosos instantes; mis compañeros han ido desapareciendo, se han borrado sus perfiles, muchos duermen ya el sueño quieto de las tumbas olvidadas!...







CHABARÉ

Era una de esas mañanas de invierno con grandes cerrazones, que envuelven los campos en un vaho denso de niebla blanquecina y pegajosa, que haría pensar en la humareda de un gran incendio, si no se vieran las yerbas y los árboles cubiertos por el sudario de la escarcha que chorrea y se escurre por las grietas humedeciendo el suelo en manchones obscuros.

La naturaleza parecía replegarse aterida en el melancólico aniquilamiento de aquella mañana sin un rayo de sol, sin un canto de pájaro en el monte, sin esos susurros rumorosos que la brisa levanta al cruzar agitando los follajes.

Los peones acurrucados cerca del rescoldo, saboreaban lentamente su mate cimarrón, mientras otros de pie junto á la puerta de la cocina esperaban que la cerrazón se despejara un poco para emprender las faenas del día.

Bajo la ramada con las orejas gachas, el pelo erizado, las colas puntiagudas goteando rocío, les aguardaban los caballos; y al lado del cerco, apelotonada, friolenta, con el cuerpo encogido y la cabeza entre las patas, gruñía con ecos apagados por el sueño la hambrienta jauría.

De pronto en medio de aquel silencio se escuchó el grito áspero del chajá, el centinela avizor que anida entre el camalotal de las lagunas y es el primero en denunciar la presencia del hombre ó de la fiera.

— Anda gente en la costa de Gualeguay — dijo Máuro al capataz — ésos son los chajases de la Laguna del Encanto.

— A la fija cuatreros del pueblo que quieren carniar alguna vaquillona en la isleta del seibal, — añadió uno de los peones.

— Pues yo — agregó otro — voy á darles una manito y á pedirles una achura pa el dueño de la vaca; ¿no le parece don Máuro?...

— Sí, vamos á campiarlos y si los encontramos y se resisten no habrá mas que aujerearles el cuero por trompetas y dañinos; aquí no se

niega un pedazo de carne á naides, ni un caballo al que anda juyendo de la justicia, — si carnean es por hacer daño y hay que escarmentarlos, — contestó resueltamente el aludido, atravesando con la mano derecha la daga en el plateado tirador, mientras la izquierda emparejaba la soga de las boliadoras, cuyas esferas de piedra retobada iban haciendo chís chás, al rozarle el cuadril sobre el largo culero.

— ¡Ah! criollo... y éste no palanganea al ñudo! añadió como comentario el más joven del grupo. — Si encontramos á los cuatreros, los va á dejar turúmbas á lonjazos!...

— ¡Oh!... y serán mánco esos!... retrucó un chino compadriando.

— Ojála hicieran pata ancha — contestó el apologista entusiasmándose. — ¡Ya verían lo que es el terne viejo!... ¿Vos no lo crés? probálo si sos tan quíebra... hacéle una topadita pa que te haga balar como ternero de un chaguarazo!...

Una risotada de los asistentes festejó la contestación del paisanito y la corrida del chino, que bajó la cabeza y enderezó hacia la cocina pálido de rabia.

Breve rato después dos hombres se alejaban de la estancia á galope, chapoteando los charcos

del bañado entre los chirridos de los teru-teros que los perseguían amenazándolos con las púas de las alas hasta que se ocultaron tras las pajas bravas del cañadón.

Una hora habría transcurrido cuando el ladrido de los perros nos indicó la vuelta de los exploradores; al pasar la tranquera notamos que otra persona les acompañaba. Venía en las ancas del caballo del peon, con los brazos atados á la espalda, sin sombrero, el pelo revuelto, caído sobre la frente y la ropa en jirones.

Se dejó bajar sin resistencia y fué conducido á presencia del dueño de casa. Permaneció de pie, mirando indiferente á los que le rodeaban, sin contestar á las preguntas que se le hacían. La escena se prolongaba, la impaciencia empezó á pintarse en el rostro de su interlocutor; lo veia ya abalanzarse sobre el desconocido para hacerlo responder á golpes, cuando de pronto pronunció un nombre raro, al que siguió una relación absurda é incoherente.

—Bueno, se ha fingido loco; ya le haremos volver el juicio! — exclamó el dueño de casa — encierrenló en el granero, — y continuó tomando el mate interrumpido.

Más tarde nos convencimos de que efectiva-

mente se trataba de uno de esos séres desventurados en quienes la neuropatia ha eclipsado la luz de la razón, poblándoles la mente de ideas extrañas que brillan como fuegos fátuos entre las sombras de la noche mental.

Han pasado muchos años de la escena que voy á referir, pero la impresión fué tan vivaz, tan hondamente se grabó en mi imaginación de niño, que al evocarla hoy, la imágen desaparecida se colora y se yergue ante mis ojos con aquel vago y extraño perfíl de camafeo que alguna vez he visto en las monedas pompeyanas.

Decía llamarse Chabaré, ocultando quizás en esa voz desconocida el arcano de su vida, de esa vida tan misteriosa y lamentable que él defendia con terca obstinación.

Representaba cuarenta años; flaco, anguloso, de rostro amarillento encuadrado por una tupida barba de color castaño que le caia hasta el pecho mezclada con la cabellera larga y enmarañada como un matorral, y allá en el fondo de las cuevas orbitales se movian lentamente los ojos de un azul desteñido, absortos siempre en la visión de su quimera...

Humilde y callado, no molestaba nunca; cuando creía estorbar se apartaba en silencio é iba á buscar otro sitio. Pasaba horas enteras mi-

rando al suelo, quieto, mudo, con los ojos estáticos.

Otras veces se entretenía en trazar sobre la arena del piso, en la ceniza del fogón ó en el hollín de la caldera con que cebaba mate, caprichosos y extravagantes bordados, especie de arabescos de una factura desconocida, donde las volutas y espiras se retorcían entrecruzando sus dibujos audaces hasta confundirse en una maraña de líneas y perfiles que contemplaba sonriendo y los borraba apresurado al sentir la proximidad de algún curioso, como si quisiera ocultar el secreto de aquel arte cuyo ideal flotaba eternamente ante su mirada, engendrado por las visiones del ensueño.

Si se le interrogaba sobre su pasado, una sombra de tristeza le velaba la frente y nervioso, agitado, se alejaba murmurando: —No sé, no sé —por única respuesta y de allí no le sacaban, tan obstinado era el propósito de ocultar la historia de su existencia. Pero esa misma reserva, el color de su cabello y de sus ojos, la cultura de su espíritu que alguna vez dejó entrever fugitivamente y cierta nativa distinción que no ocultaban los harapos con que iba vestido, eran un acicate á nuestra curiosidad que se esforzaba en vano por descubrir el secreto de su alma tenebrosa.

¿Quién era? ¿Qué golpe brutal lo había postrado?... eran los problemas inescrutables que aquella esfinge humana nos ofrecía.

Para verse libre de importunas interrogaciones se refugió un dia en un rancho abandonado de los chacareros cerca del rastrojo, de donde no salía sino para buscar la ración en los dias de carneada, volviendo de nuevo á la guarida, cuya puerta señalaban los troncos calcinados del fogón que humeaba á toda hora.



En ese retiro solitario pasaba los dias atareado en grabar la corteza de los gajos de sauce, la cáscara de los porongos y cuanto objeto caía bajo la punta de su cincel incansable, como si sintiera apuro por estampar de golpe las extrañas figuras que rebullian agitando su cerebro; —y una vez terminado el trabajo lo observaba atentamente, movia después la cabeza con desaliento y lo estrujaba en sus manos temblorosas.

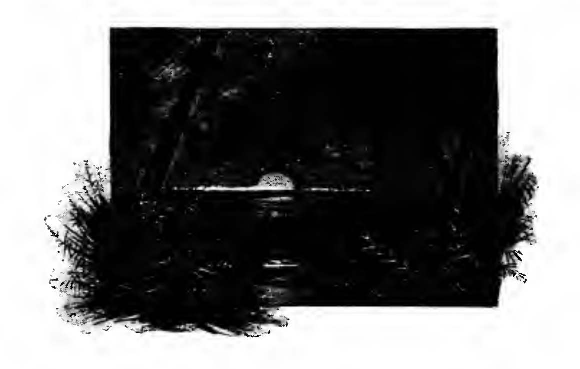
Esa era la pasión que lo poseía en su lucha tenaz, por traducir un relieve ideal, una forma soñada — imposible quizás — que huía siempre ante sus ojos absortos...

Poco á poco fué aislándose, rehuía el contacto de las gentes, la mansedumbre de su carácter empezó á convertirse en salvaje hurañía, se hizo indócil, adusto; si alguna vez llegábamos hasta la choza era tan marcada su displicencia, que al fin concluímos por abandonarlo.

Sólo una persona de la estancia lograba, sin embargo, conmover el frigidísmo de su corazón y no disimulaba la alegria cuando la veía cruzar el sendero para ir hasta su rancho. La predilecta del pobre loco era Dionisia, una huérfana de once años á quien llamaba «madrecita» acariciándole las trenzas con blandas voces de ternura.

¡Ah! cómo se animaba la aridez de su alma triste al ver las sonrisas ingenuas de la chicuela cuando sentados en torno del fuego, se gozaba en narrarle los cuentos fabulosos aprendidos en la infancia á la lumbre del hogar feliz cuyo recuerdo escintilaba allá, muy lejos, como una estrellita solitaria por sobre las negruras de su horrendo presente! Para ella, buscaba entre los matorrales del chañaral los primeros tasis ó las lechiguanas repletas de sabrosa miel, por ella despojaba los nidos en el monte para fabricarle

collares con las cáscaras de más vistosos colores. Y cuando los quehaceres la retenían en casa sin visitarlo, no tardaba en verse á Chabaré rondando junto al cerco de la estancia, como para avisarle que allí estaba aguardándola; si no acudía á la cita se alejaba malhumorado y se perdía en el monte á grandes pasos.



Algunas veces le habían visto vagar en las abras del bosque rastreando sobre el obscuro tapiz de la campiña esas flechas de luz que las estrellas filtran á través del ramaje, ó tendido de bruces al borde de las lagunas, absorto en la contemplación de las figuras luminosas que

hace cabrillear la luna al reflejarse en el cristal de las aguas dormidas.

Otras veces los peones llegando cautelosamente hasta su vivienda lo sorprendieron sentado en el lecho con los ojos desmesuradamente abiertos, el cuerpo rígido y los brazos caidos en actitud de dolorosa cavilación. Decían que no dormía pues con las primeras claridades del alba ya se le distinguía encorvado junto al fuego trazando en la ceniza la forma jamás alcanzada que acababa de cruzar en su cerebro excitando la fiebre de aquel afán insomne!...

Lo querían hacer trabajar para arrancarle esa pasión torturadora, pero nunca escuchó proposiciones ni consejos.

—No tengo tiempo, estoy ocupado ahora,—contestaba y volvía á entregarse con más ahinco á la extraña manía, afiebrado, convulso, debatiéndose por dar forma tangible á la quimera que oprimía su razón como una zarpa misteriosa y lo arrastraba al abismo tenebroso de donde no saldría más. Las súplicas, las amenazas para hacerlo volver á la vida del trabajo, todo, todo fué inutil. Cuando más le exhortaban se alejaba rabioso é iba á esconderse entre los pajonales, donde no fueran á turbarlo en su alucinación.

Mas aquella vida de vértigo eterno no podia durar mucho tiempo sin abatir el organismo del

infeliz. Su cuerpo comenzó á enflaquecer, el rostro adquirió una transparencia amarillosa y esa flacidez de la carne marchitada por la actividad incesante del cerebro, los pómulos se acusaban bajo la piel, la mirada se tornó húmeda y vaga, los ojos trémulos se revolvían pesadamente dentro de las grandes órbitas, la cabeza cubierta de canas se inclinaba arqueando el tronco, los brazos pendian laxos en los flancos, las manos heladas con los dedos flacos y convulsos se movian como poseidas por dolorosa agitación, el paso era cada vez más tardo y vacilante.

Una mañana al pasar junto al rancho uno de los peones creyó percibir un débil gemido y acercándose á la puerta vió á Chabaré tendido de espaldas en el lecho, con las pupilas iluminadas por extrañas fosforescencias, pronunciando voces incoherentes...

La noticia de la enfermedad produjo en la estancia una penosa impresión. La fiebre era intensa; deliraba con seres cuyos nombres jamás habiamos escuchado brotar de sus labios; por momentos se incorporaba, tendia los brazos descarnados, nos miraba sin reconocernos y volvia á caer como una masa inerte.

Una anemia profunda minaba todo el organismo del desgraciado amenazando terminar

la obra en breve tiempo. Se empezó á combatirla procurando restablecer el vigor al cuerpo aniquilado. El enfermo se agitaba en violentas convulsiones, se desgarraba las ropas hasta que las fuerzas le faltaban y rodaba aplastado con las pupilas dilatadas, fijas en el espacio, inmóvil, mudo, insensible á todo cuanto le rodeaba: era el ensueño eterno que se alzaba solo para él, en esas lejanías tenebrosas que exaltaban su cerebro!...

Tomaba después un objeto, lo examinaba para cerciorarse de si tenia una superficie plana y sus dedos temblorosos comenzaban á trazar rayas invisibles como si fuera estampando el ideal de todas sus horas, aquel relieve de ensueño que jamás alcanzaría! Pálido, exacerbado por la actividad anómala del cerebro caia de pronto en doloroso abatimiento, y dejando rodar el objeto. — ¡Oh! no es eso!... gemia en un sollozo desgarrador...

A la cabecera velaba Dionisia desde el primer momento; ella le enjugaba la frente sudorosa, humedecia sus labios resecos por la fiebre, le arropaba con cariños de madre, le reprendia hasta hacerlo tomar los alimentos y le ordenaba se estuviera tranquilo. El enfermo sin abrir los ojos sonreia al escucharla como si lo acariciara el acorde de una música lejana y

permanecia quieto con los brazos, cruzados respirando fatigosamente.

Durante muchos días se prolongó la gravedad y hubo momentos en que creímos que el desventurado entraba en la agonía; pero un nuevo soplo vital lo agitaba, respiraba largamente para dar paso al aire embalsamado de los campos, la mirada chispeaba con luces de vida y aquella naturaleza empobrecida que tal vez llevaba en las venas la maldición de una herencia mórbida, se erguía de nuevo para disputarle su carne á la muerte.

La estación primaveral había llegado con sus días tibios cargados de aromas excitantes, los campos se ataviaron con la esmeralda de las nuevas hojas, la savia entumecida por las escarchas invernales circuló en los tallos reventando en explosión de brotos y de flores.

Chabaré pareció sentir la influencia de aquel hálito vigorizador de la madre tierra, pero si bien iba desapareciendo el mal físico, el mal moral, la terrible monomanía surgía otra vez más avasalladora.

La fugitiva chispa de razón que brillara entre las sombras del delirio, aquel débil rayo de esperanza que empapó en llanto de gratitud sus ojos, que iluminó su semblante, al ver el afán con que le cuidábamos, se habia eclipsado; —

y la idea tenaz, implacable y torturadora, estaba de nuevo allí azotando su cerebro en el último, supremo combate!

Un día abandonó el lecho y se lanzó fuera del rancho, hablando solo y gesticulando, sordo á las súplicas de la «madrecita» que le llamaba con los acentos más dulces del cariño. ¡Ah! era en vano. No la oía, no la reconocía ya! La misteriosa enfermedad terminaba su evolución letal, el último rayo diáfano acababa de extinguirse bajo la cúpula del cráneo, la tiniebla impenetrable, eterna, se alzaba victoriosa envolviendo en sus sombras á Chabaré!...

Huyó á un renoval de chañares — á su antigua madriguera — pero ántes de cruzarlo se detuvo, volvió la cabeza al rancho en cuya puerta permanecía llorando Dionisia; viósele vacilar un instante, retrocedió unos pasos, pero de pronto se irguió colérico, tendiendo hacia ella el puño crispado, una blasfemia brotó de su boca... y continuó huyendo.

No le vimos más; se le buscó por todas partes, se dió una batida á las rinconadas más sombrías, se registraron los pajonales, los montes, inútilmente; nuestros perros acostumbrados á seguir la rastrillada del tigre entre los matorrales no encontraron la huella del desgraciado loco. Tal vez se arrojó al Gualeguay

que lo arrastró en la correntada y sus huesos dispersos blanquean aún al pie de los barrancos que sombrean los verdes sauzales.

La naturaleza viva abrió sus senos para encerrar aquel despojo de la muerte, y el artista vencido en la lucha del ensueño quimérico se ocultó así para siempre en las penumbras de la selva, con el arcano de su vida extraña y las ansias del ideal jamás realizado!...




JUNTO AL FOGÓN
ORTEGA-95.



JUNTO AL FOGÓN

Durante todo el día se habia trabajado casi sin descanso para concluir la trilla y guardar el trigo en el granero porque el tiempo amenazaba tormenta.

Con las primeras luces cenicientas del alba ya se vió invadida la era por la cuadrilla de los trabajadores que armados de horquillas de madera, rompian las gavillas con un solo golpe

rápido y acompasado, y las arrojaban al centro de la cancha para formar la parva que se abultaba en alto cono de espigas doradas.

Después echaron la manada de yeguas trilladoras que entraron á la pista bufando, arískas, con recelo y empezaron á trotar costeando la empalizada de estacones y varas en busca de un portillo para huir á la llanura que hería la luz con reflejos verdosos; detrás iban los muchachos azotadores, de vincha y en pelos, revoleando en alto el látigo de larga zotera para azuzarlas.

El recinto de la era retumbaba con la carrera vertiginosa de las bestias que desgranaban las espigas bajo sus cascos; las aristas quebradas volaban en menudos fragmentos cerniéndose en la luz azulada de la mañana y caían moteando la esmeralda de la llanura con briznas amarillentas.

La parva se desmoronaba, se extendía, enredándose en las patas de la yeguada que, sudorosa, jadeando, cruzaba como una ráfaga veloz sobre aquella masa fofa, escurridiza, hundiéndose hasta los encuentros.

Al pronto partía un grito estentóreo:

—¡ Páre la güelta, que ha rodao una yegua !

El azotador sofrenaba el caballo, lo atravesaba en la pista y con un chasquido seco y vibrante

detenía la carrera para que no pisaran al caido.

Un momento de descanso á fin de dar resuello á los animales, un rápido trago para apagar la sed de los trabajadores en la damajuanita de caña con cáscaras de naranja, y en seguida á dar vuelta las gavillas; — y, bajo los rayos del sol de Díciembre que llameaba en las lomas tostando los pastos, estallaban de nuevo los chasquidos del arreador y el alegre vocerío de los trilladores acelerando la manada, con aquel grito sonoro que ha vuelto á acariciar mi oído, como un rumor lejano henchido de recuerdos del terruño:—Yegua, yegua, la yeguaaa...

Caia la tarde en el lento crepúsculo cuando cesó la ruda faena. Se soltaron las yeguas que se alejaron al trote, en larga fila, relinchando en busca de la aguada del ramblón que corria límpido y callado por un bajo del llano, besando al pasar las achiras y verbenas de la orilla.

Un padrillo zaino de piel lustrosa, jaspeada de polvo, abría la marcha con la esbelta cabeza crinada en alto, el cuello enarcado, las orejas tiesas y las narices abiertas, como si sintiera sed de respirar el aire libre y perfumado de los campos nativos, que el sol poniente doraba antes de hundirse en ese vaho trémulo y azulado de los montes.

En pocos instantes quedó el piso limpio con un pilón de granos de oro en el centro y la paja triturada al lado de la era en espesa muralla, que barrerian las lluvias y los vientos. Y arriba, como nubes inquietas que manchaban el toldo celeste, miriadas de chingolos y gilgueros volaban apresurados á las espesuras del bosque chirriando en la tristeza de la tarde.

Mientras allá, sobre la horqueta que sostenía la solera del rancho, un hornero — el ave amiga del hogar campestre — junto al nido de barro, batia las alitas cantando las alegrias de la vida libre, del terreno labrado, de los rastrojos amarillentos, de los verdes maizales y los regocijos de las trillas, — en un himno sonoro y vibrante!

Bajo la ramada chisporroteaban las brasas asando la carne con cuero que un negro viejo protegía contra los avances golosos de una pandilla de chicuelos que merodeaba en torno de los asadores.

—Yo les voy á dar, charabones, que vengan á picotiar los asaos — decia el moreno amenazándolos con un tizón — al que se arrime le chamusco la chasca!... Y los muchachos se dispersaban bajo los durazneros de la huerta poblando el aire de risas como una bandada de burlonas calandrias...

A la sombra de un aguaribay de tupido follaje

la peonada descansaba charlando con ruidosa algarabia ; contemplaban unos indolentes los rizos de humito de los cigarrillos que desflocaba la brisa en hebras algodonosas ; mateaban otros en cuclillas junto al fuego ; comentaban estos la linda estampa del potrillo parejero que el compositor se entretenía en rasquetear cerca del palenque ; más allá un mozo arqueando el cuerpo arrojaba la taba que caia como una flecha clavada en la arena.

—Qué chirípa... ordinariazo el que me vendió el pulpero... —decía con su agachada burlona al ver la suerte uno de los mirones, arreglándose el chiripá.

—¡ Ansina háe ser, amigazo, porque le asienta muy fiero ! —retrucaba instantáneamente sonriendo el aludido, y haciéndose el infeliz, añadía : - Si quiere animarse á... padecer alce el güeso y tire por dos pesitos.



—Me vas á ganar, has de tener plumitas de caburé en el tirador...

—Sí, el miedo no es sonso. Parecés hornero por lo desconfiao, que hasta las plumas te espantan.

—¡ Cancha, muchachos, cancha ! —gritó apareciendo de repente el hombre de los asados con un frasco de ginebra en la mano, y blandiéndolo en alto como una bandera. —Esto es pá que no se les pasme el sudor ! — agregó con profunda certidumbre el moreno cuyas piernas comenzaban á dar bordadas, sin duda por las frecuentes experimentaciónes de su medicación preventiva.

En las casas las mozas andaban afanadas por concluir la fritura de pasteles de hojaldre para la cena; sonreían gozosas al sentir los piropos entusiastas que les dirigian los trabajadores al verlas cruzar con sus vestidos de día de fiesta, planchados y crujientes con ese froú-froú de la tela al rozar las carnes aterciopeladas.

—¡ Qué ojos... y qué cintura, mi alma !... exclamaba bajito uno.

—Y las trenzas... y las caderas no juegan nada ! – agregaba entusiasmándose otro.

—Y esa pierna para un gato ! – añadia un tercero poniéndose en jarras y escobillando el suelo como si siguiera la música del baile tradicional.

—No le haga caso, niña, que este es más falso que cuenta de pulpero! — gritaba alegremente el moreno.

—¡Ahijuna!... mulengo como á vos ya no... te llevan el apunte!... — respondía el galanteador siguiendo con la mirada á la paisanita melindrosa que se alejaba simulando enojo para ocultar la dicha que le retozaba interiormente.

El contento sereno, la alegria feliz y viril asomaba en los rostros tostados de aquellos bravos muchachos. Trabajaban de sol á sol en ruidosa algazara, ágiles, felices, sin sentir cansancio jamás; y cuando llegaba la noche, concluida la abundante merienda, sentados en amplio circulo, cerca del fogón, la nota alegre en que se mezclaba la ironia encubierta ó el retruécano vivaz mantenía hasta altas horas la velada.

Bromeaban refiriendo aventuras picarescas ó esos cuentos maravillosos que la superstición hace brotar en torno de las taperas y de las cruces solitarias de los caminos.

Los trinos de las guitarras y la voz cadenciosa del cantor surgian de improviso vibrando con uno de esos estilos del terruño, en cuyo ritmo lento y melancólico parecen sollozar las hondas congojas y que están denunciando su intimo

linaje con ese doliente *yaraví* (*) en que la civilización incásica reflejó las tristezas inconsolables de su raza á lo largo de nuestros valles y montañas.

Unos lloran penas,
¡ *Vidalitay* !
Y otros el amor ;
Yo lloro la ausencia,
¡ *Vidalitay* !
Que es dolor mayor,
Yo lloro la ausencia
¡ *Vidalitay* !
Que es dolor mayor...

Que lentas y angustiadas se extinguían en las soledades del monte, las notas plañideras de aquel canto que he vuelto á oir en nuestros teatros y salones, pero sin alcanzar jamás esa expresión de tristeza profunda, ese quejido punzante con que los agrestes cantores saben dar colorido á sus trovas imperfectas é ingenuas, pero saturadas de aromas silvestres y savia de la tierra.

Es que les falta su marco, el paisaje decorativo del bosque, la inmensidad desolada de los campos que parecen murmurar voces extrañas y las sombras nocturnas que avanzan sumer-

(*) En quichua—*Yarahui* ó *harahui*—elegia, canto de amor. V. F. López,—*Les races aryennes du Pérou.*

giéndolo todo en un velo de sugestiva melancolía...

O bien era la explosión intensa de la pasión correspondida que la dulce prenda del payador seguia anhelosa con la mirada errando en el azul del cielo, subyugada por la armonia fugi-



tiva que agitaba dulcemente su corazón y le hacia entreabrir los labios murmurando :—¡ Te quiero !...

Otras veces era una de esas payadas de contrapunto en que dos cantores cruzan los dardos del ingenio - de forma tosca, pero llenos de gra-

cia é intención—buscando el lado vulnerable del adversario para herirlo sin encono, lealmente, hasta que uno de la rueda, poniéndose de pie, gritaba:

—¡Barato!

Y venia á ocupar el puesto del vencido, y la justa se prolongaba durante mucho tiempo entre los aplausos, las risas y los comentarios maliciosos de los oyentes. Y así se hubieran pasado la noche entera si el capataz, para poner término á la tertulia, no les advierte con tono amistoso.

—Muchachos, miren que mañana hay que meniar los caracuces... Tuavia tenemos que pelotiar el trigo y la era está llenita! No me vayan andar pegando la sentada después.

El grupo se desbandaba entonces á buscar las pilchas para tender la cama al aire libre.

El moreno daba cabezadas; ya no había asados que cuidar, pero el hombre cumplia tan á pecho la consigna que no se moveria de frente al asador hasta que no se le ordenara retirarse. Hablando solo se erguia tambaleante, se pasaba las manos por los ojos como para arrancarse la venda de sueño que los iba cubriendo, se inclinaba hasta rozar el suelo y volvia á alzarse, para rodar al fin vencido, rigido, con ese sopor intenso de los beodos...

El fogón se extinguia lentamente; lucecitas

errantes corrian á lo largo de los tizones abrasando las charamuscas, trepaban por las ramillas que se retorcían crepitando en penachos rojos, anaranjados y celestes hasta fundirse en el gris opaco de las cenizas.

Un silencio grande, angustiado llenaba la campiña.

Callaban los rumores del llano; la naturaleza entera parecia reposar en el sosiego majestuoso de la noche en las selvas. Un crujido rápido en los ramajes, el aleteo apresurado de un pájaro que cruza en busca del nido, el chirrido metálico de los insectos en la masiega, los mugidos broncos del ganado turbaban un instante la inmensa calma, y la quietud letárgica, dominadora reinaba de nuevo.

La luna blanca rodaba en el cielo sereno alumbrando el paisaje solitario. De prónto una estrella glisaba con un reguero de luz y se hundía en los senos azules de la noche; más allá otras se esfumaban en los blancos celajes para emergir otra vez, hermosas y soberanas, con su nimbo radioso. Y allá, lejos, rozando el horizonte, sobre el plano de la llanura, la tiniebla avanzaba fundiendo en una masa lóbrega, gigantesca, los trebolares del cañadón, la laguna, las lomas y los montes...

Los peones, entretanto, tendidos rodeando el

fogón, dormían tranquilos, sin afanes, para comenzar con las primeras luces del alba la jornada cuotidiana, briosos y alegres, como si el perfume agreste de la tierra materna les infundiera la pujanza de Anteo! ..




Cayó
el matrero



CAYÓ EL MATRERO

(AVENTURA DE LA VIDA MILITAR)

Era en 1840, año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina, según rezaba la terminologia oficial implantada por Rozas. Frente al macizo edificio del histórico cabildo de Santa Fe, cuyas paredes deprovistas de chapiteles y columnatas se van hundiendo lentamente sin grietarse sus amarillentos reboques,—un hermoso caballo pangaré lujosamente enjaezado con un apero

criollo, tascaba la coscoja y escarbaba el suelo con los delgados remos.

Un mocetón de cuya cintura colgaba un sable corvo y lucía en la cinta del chambergo puntiagudo una ancha divisa roja con emblemas federales, tenía del cabresto el caballo que se revolvía inquieto como si sintiera apuro por correr libre en la campiña que desarrollaba á lo lejos su paisaje verdeante.

Clavada por el regatón en la arena de la calle se veia una larga lanza cuya moharra brillaba al sol con reflejos rápidos de bruñida lámina. El viento hacia ondular suavemente la pequeña banderola adornada con flecos de oro, en cuyo centro se destacaban—negras y fatídicas— aquellas tres letras—F ó M—que fueron el credo de un partido poderoso...

Dos hombres aparecieron conversando bajo la galería del cabildo.

De mediana talla el primero, de rostro trigueño, y ojos grandes, enérgicos y negros como su cabello, vestia sencillamente á pesar de su alta jerarquía militar,—era el general don Juan Pablo López, heredero en el mando, de su hermano don Estanislao el famoso caudillo de la federación, gobernador vitalicio de Santa Fé desde 1818 á 1838 en que falleció.

El otro, joven de 25 años, de ojos verdosos é

inquietos y cabellera rubia y rizada,—era el teniente Vergara uno de los vencedores en *El Tala* contra Rodriguez del Fresno, en el *Arroyo de Cayastá* contra Vera, y cuya lanza se habia teñido en la sangre del indio salvaje en la feroz matanza de *Loreto*.

Hablaron algunos instantes y se despidieron. El oficial saltó sin tocar el estribo al brioso pangaré que se encogió tembloroso al sentir el acicate en los ijares, se aproximó á la lanza, la empuñó con mano vigorosa poniéndola en ristre, y, dirigiéndose al general, dijo:

—¿Y qué más ordena V. E. para Buenos Aires?...

—Nada, teniente. Digalé al Restaurador que aqui estamos siempre firmes y listos; que viva sin cuidado de estos maúlas de unitarios!

El oficial saludó con una inclinación de cabeza y picando la espuela partió á galope hacia el sud, á galope tendido.

López permaneció de pie mirando al que se alejaba hasta que lo perdió de vista trás un recodo de la calle y solo quedó flotando una bruma ligera de polvo gris que el viento dispersaba.

Un corpulento negro se acercó á brindarle un mate que el caudillo saboreaba lentamente, mientras el moreno—en su oficio de gaceta pala-

ciega—le iba noticiando de todas las menudencias que por aquellos tiempos informaban la chismografía en la tranquila villa de la Vera Cruz...

La tarde iba cayendo. Las primeras sombras del triste crepúsculo avanzaban en la llanura rumorosa apagando los resplandores del sol que lanzaba sus postreras llamaradas al sepultarse en la línea movible de las agua del Paraná.

Una brisa fría, cortante, azotaba el rostro del oficial y su asistente que rumbo al sud-este se internaban á campo traviesa esquivando las poblaciones.

Pronto se extinguieron totalmente las luces del día y la noche encendió en las llanuras del cielo las primeras, blanquecinas estrellas. La cruz del sud rasgó la densa tiniebla alzando en el lejano horizonte los cuatro puntos luminosos de sus brazos eternamente abiertos, como un faro del desierto. Pero el cielo empezó de pronto á ponerse sombrío, obscuros nubarrones cruzaban en tropel barridos por el viento pampero, y una lluvia de gotas pesadas—que caían como chuzazos – se desencadenó dejando á los viajeros con las ropas chorreando agua y sin saber qué camino seguir.

Era sin duda bien aflijente la situación del pobre oficial – portador de importantes comuni-

caciones para Rozas—extraviado en la pampa bajo la lluvia inclemente, sin más compañero que el fiel soldado y la lanza que oprimía con mano nerviosa mientras su mirada giraba ansiosa buscando un rayo de luz que le indicara el rumbo perdido.

¿Y si esa luz era la del vivac enemigo é iba á caer indefenso en manos de los que tanto había combatido? Cuál sería su suerte, no era difícil preverlo; las prácticas de la guerra no eran muy humanitarias con los prisioneros en aquellos tiempos de ruda barbarie en que las represalias sangrientas parecían haber autorizada toda clase de atrocidades. El ¡*vœ victis*! del galo flotaba implacable como un rugido de fiera ávida de sangre...



Estas tristes cavilaciones se habían apoderado del militar que marchaba al paso de su cabalgadura, dejándose llevar inconsciente, abatido y sombrío. De pronto levantó la frente altanera y como lanzando un reto al destino:

—Sigámos,—dijo con voz resuelta y clavando

las espuelas al caballo se perdió en las sombras de la noche.

Vagaron largo tiempo sin rumbo, hasta que una pequeña luz apareció centelleando en la tiniebla como el ojo de un cíclope guardián misterioso de aquellas soledades. El soldado—un valiente probado en muchas peleas á cuchillo delante del palenque en las pulperias ó en la raya del andaribél en las carreras,—sintió sin embargo erizársele el pelo cuando oyó decir al teniente:

-Aquel ha de ser el fogón de algún rancho, vamos allá á secarnos la ropa que me estoy tullendo de frío.

—Mire teniente, que puede ser la *luz mala* de una alma en pena,—se atrevió á objetar el soldado, que en su ignorancia supersticiosa creía en esas consejas tan arraigadas en nuestros campos.

—Sí, como almas en pena vamos á quedar, si en lugar de un rancho es el campamento de una partida de salvajes unitarios!... Pero de todos modos entre morirnos de frio ó morir peleando, prefiero lo último, que diablos, pues ya el brazo se me va entumeciendo de llevar la lanza ociosa!

Con esta fanfarronada de guapo, el asistente cobró animo y haciendo sonar el sable dentro de la vaina, agregó resuelto:

—Lo que es éste tampoco tiene pereza y, si la ocasión se presenta, su filito ha de probar que no lo maneja un manco!...

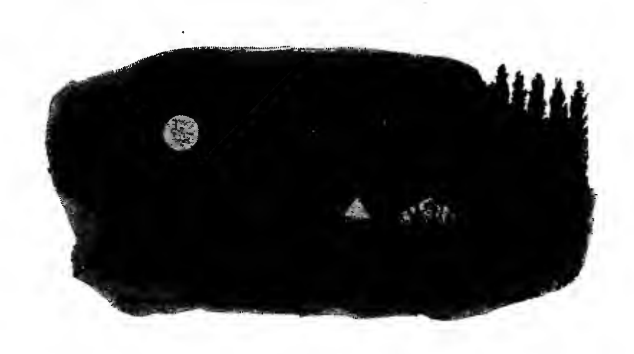
La alegría tornó á sus espiritus y bromeando sobre muertos y aparecidos llegaron junto al cerco de una estancia en cuya cocina chisporroteaba una alegre fogata. Un escuadrón de perros se abalanzó á darles la más hostil acogida, castañeando los dientes enfurecidos. Un viejo paisano apareció y llamándolos por sus nombres, les distribuyó algunos rebencazos para alejarlos, é invitó á los desconocidos á que se bajaran.

Los caballos fueron atados á soga dentro del rastrojo para tenerlos á mano, y media hora más tarde encima de una tosca mesa, humeaba una fuente de suculento puchero con choclos.

La dueña de casa, una viuda joven aún, pidió al militar que la acompañara á compartir la cena. Aquel no se hizo repetir el ofrecimiento y acercó su silla con intención de devorar en vez de comer, tal era el hambre que traía; pero en ese mismo instante apareció una hermosísima muchacha —linda y fresca como las margaritas silvestres, —de ojos rasgados y rostro moreno al que hacían marco dos trenzas negras, lustrosas y pesadas que caían sobre la espalda é iban á terminar bajo la curva ondulante de las caderas.

La joven le tendió la mano y fué á tomar asiento al lado opuesto frente al oficial, que desde aquel momento apenas probó la comida por lanzarle miradas furtivas.

Terminada la cena y después de haber charlado durante un buen rato, la madre puso término á la agradable velada, despidiéndose del



teniente que iba á seguir viaje en cuanto apuntara el lucero.

La niña tomo de la fuente la más dorada mazorca y un jarro de leche, y acercando una silla á la pared trepó al respaldar y sobre una cornisa los colocó cuidadosamente. Descendió ágil y sonriendo estrechó la mano del huésped ocul-

tándose á sus miradas ansiosas tras la muralla de algarrobo que la madre interpuso cerrando la puerta de su dormitorio...

Todo quedó en silencio en el sosiego de la noche cuya quietud sólo interrumpía de tarde en tarde, el balido de la oveja que en el corral vecino buscaba al hijo abandonado mientras dormía entre las matas del carrizal, ó el grito de alerta de los terú-teros defendiendo el nido de las comadrejas cebadas.

Entretanto el oficial se revolvía en el lecho sin conciliar el sueño, soñando despierto con la imágen de aquella criatura bella, que dormia á pocos pasos, castamente protegida en su inocencia de aquel devaneo amoroso que turbaba el corazón del militar como un presagio vago de ventura.

Mas el hambre le hizo olvidar de tales deliquios y un pensamiento travieso cruzó por su imaginación:

—¡Qué diablos!—se dijo,—á que me estoy enterneciendo con amoríos imposibles, dentro de pocas horas me alejaré de su lado y talvez mañana la lanza de un salvaje me tienda panza arriba en una cuchilla... Nó, lo que es yo no aguanto más el hambre.

Y deslizándose del lecho, buscó á tientas en la obscuridad la silla que la joven dejó arrimada

á la pared, y una vez encontrada trepó resueltamente, su mano se agitó en el vacío rastreando el objeto deseado,—el plato con el choclo cocido y el jarro de leche.

Tropezó por fin con la cornisa donde descanzaban aquellas verdaderas manzanas de oro del jardín de Hespérides que ningún dragón custodiaba; la mano corrió confiada sobre la tabla, cuando de pronto: ¡Zas! un ruido seco como el de un tronco añoso que se raja hirió sus oídos y un dolor agudo se extendió por todo su brazo. Pretendió retirar la mano y no pudo, estaba cazado por una garra invisible que lo oprimía en sus músculos acerados, y cuyos dientes penetraban en la carne á cada tentativa de escape. Al mismo tiempo percibió netamente la voz jubilosa de la niña que desde la pieza vecina gritaba:—*¡Máma, cayó el matrero!*

Entonces comprendió su espantosa situación, había sido sentido, no tardarían en venir y lo encontrarían colgado como un racimo, en un traje que no distaba mucho del adánico. Se debatió con valor por arrancarse de la garra maldita, sus uñas se clavaban en la pared desesperadamente, los pies buscaban en vano un punto de apoyo pues la silla que lo sostenía había rodado por el suelo, y encima de ella los calzoncillos, mudos acusadores del delito ver-

gonzante, estaban allí, caídos como un baldón sobre el pavimento...

La viuda y la hija aparecieron trayendo luz, y, conteniendo á penas la risa arrimaron la mesa á la pared; y fué esa pequeña mano que hacía un instante soñaba cubrir de besos largos y apasionados, la que lo libertó de la trampa donde se había cazado en vez de la rata dañina para quién se armaba todos las noches!

El teniente, rojo de vergüenza explico tartamudeando sú aventura.—Creía que en el jarro habían colocado agua y como sintiera mucha sed se levantó para beberla. Las dos mujeres se dieron al parecer por satisfechas y lamentando la desgraciada equivocación lo dejaron solo volviendo al lecho abandonado. Pero no bien se hubo cerrado la puerta, sintió la risa comprimida de la muchacha, que estallaba en una carcajada estrepitosa, sonora, de esas que hacen saltar las lágrimas de placer...

A esa misma hora el oficial ordenaba al soldado que ensillara y montando apresuradamente se alejó maldiciendo de aquella *luz mala* que lo condujo al hogar, donde tuvo tan venturoso ensueño y que la más brutal de las realidades acababa de disipar.

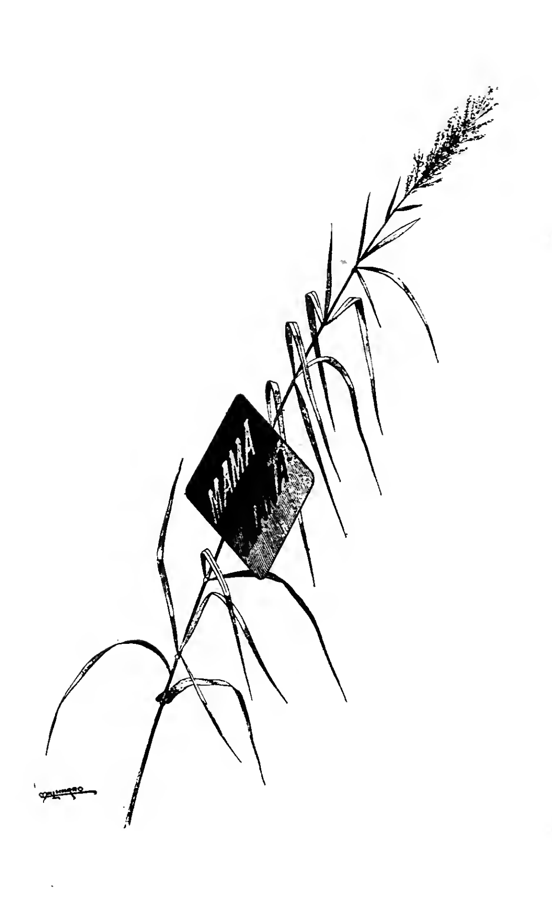
La lluvia había cesado, la luna blanca, serena, rodaba silenciosa en el fondo del cielo. Miró

por ultima vez la tranquila casita rodeada de álamos enhiestos y sombrías higueras, y se perdió en la pampa solitaria, guiado por la trémula lumbre de las estrellas...

Muchos años después, un noble anciano—cuyo nombre ha resonado más de una vez en la historia de Entre Ríos, desde la memorable jornada de Caseros en que combatió bajo las órdenes del general Urquiza,—nos refería esta aventura rigurosamente histórica de su juventud, y agregaba riendo alegremente:

—Siempre que veo la mazorca de un choclo cocido ó una trampa abierta esperando á una rata dañina, de entre el montón informe de mis recuerdos, se levanta la dulce imágen de aquella hermosa muchacha de ojos y trenzas negras, que gritó una noche con voz jubilosa: —*¡Máma, cayó el matrero!*




MAMA



MÁMA JUANA

CREENCIAS POPULARES. — EL TALAR INCENDIADO.— EL ALMA DEL DOMADOR. EL AVE QUE LLORA.

Viene á mi memoria el recuerdo de uno de los tipos más curiosos, cuya imágen indeleble se yergue, no se con qué prestigio intenso, entre las evocaciones del pasado.

De esto hace mucho tiempo, pero la huella profunda no se borra de mi espíritu, iluminándose de tarde en tarde con el fulgor de las emociones juveniles. Es que las impresiones

pasan, se renuevan como el oleaje de un mar agitado sobre el peñasco de la ribera y lo sepultan bajo las aguas, pero la roca inmoble asoma de nuevo la cresta dentellada desafiando al eterno enemigo... Así surgen y perduran las viejas sensaciones en su lucha con el tiempo y el olvido.

En la ladera de un médano—cerca de una lagunita redonda cuyas aguas sombrías parecían incrustadas como un espejo deslustrado en un marco de verdosos gramillales—se alzaba un pobre rancho de totoras. Dábanle sombra las enredaderas silvestres que se adelantaban como un rústico pórtico trepando y tejiendo por entre los árboles sus mallas ondulantes; al fondo, en un ribazo el jagüel y el charco para las aves caseras circundado de cañaverales y de saúcos en flor; al lado la pequeña huerta; más allá el corral y el tambo de las lecheras.

Allí vivía una buena viejita á quien hacía compañía una hermosa muchacha. Morena, esbelta, de perfil puro, al que daban realce unos ojos grandes, verdosos y las trenzas de color castaño que retorcía en alto dejando descubierto el cuello redondo y recto como una columnata.

Afable, obsequiosa con cuantos llegaban á su casa, sabía sin embargo contenerlos sin agravio en los dinteles de la simple amistad. Era un espíritu delicado y viril — una flor extraña y fascinadora — por cuya anhelada posesión se encelaban inútilmente los paisanos más presumidos del pago.

—¡La moza se va quedando pa vestir santos!... murmuraba con despecho al mirarla pasar como una ráfaga provocativa, más de uno de los cortejadores de la inaccesible criatura. Parecía inexplicable en verdad que aquella mujer que tantas simpatías despertaba prefiriera la compañía de la anciana y las soledades del rancho, á los halagos y ternuras de un nido feliz. ¿Era simple piedad filial ó existía alguna pena oculta?... Nadie conocía el arcano de ese corazón que latía solitario y entristecido.

Por curiosidad ó seducido tal vez por el prestigio avasallador de su belleza, solía llegar hasta la morada de *Máma Juana*, como llamaban en la comarca á la buena viejita.

A la sombra de unos algarrobos en cuyas copas se entrelazaban formando cortinas sombrias las plantas de tasis y mburucuyás se veia la *ahuana* — el telar primitivo de los antiguos quíchuas con su *phuskha* — el huso de madera lustrosa trasmitido religiosamente de genera-

ción en generación entre las familias, y en el cual la anciana con los de dos temblorosos y la mirada apagada por la senectud tejía aún los vistosos ponchos de hilos de lana teñida para ganarse el sustento.

A su lado, silenciosa, la frente inclinada sobre el cribo del bastidor se sentaba su nieta Cornelia. Un ambiente sereno de paz y de sana quietud envolvía el humilde hogar...

Pasaba largas horas en compañía de aquellos seres sencillos, encantado con los relatos supersticiosos, con las leyendas melancólicas que la anciana me refería en las noches estivales remontando el raudal de sus recuerdos que se perdía allá, muy lejos, entre las breñas de su tierra natal.

Eran esas narraciones ingénuas — absurdas á veces — pero que ocultan á menudo escenas conmovedoras, misteriosas apariciones, poéticos simbolismos que el habitante de nuestras montañas viene perpetuando entre sus tradiciones

como un legado sacro de sus antecesores indígenas.

Escuchados de los labios de la viejita que parecía hablar con la voz de una raza extinguida, en el reposo imponente de los bosques, entre las sombras y los susurros nocturnos que aumentaban el prestigio sugestivo de la escena, aquellos episodios—que la superstición engendra y hace reverdecer como una flor exótica—se grabaron hondamente en mi espíritu juvenil: tal era la emoción sincera y el colorido con que los narraba la pobre mujer.

Nativa de Santiago del Estero, se vió obligada después del combate de las *Palmas-Redondas* á refugiarse en Tucumán con los suyos, huyendo de las persecuciones del feroz Ibarra, para reconstruir el hogar que algunos años más tarde caería en ruinas en aquella espantosa noche del 20 de Marzo de 1861, que cubrió de escombros y duelo la bella ciudad andina.

—Allá quedaron sepultados entre los cascotes por el terremoto mi marido y mis hijos—me decía—y como si no hubiera penado bastante el destino quizo que solo nos salváramos yo y esta chiquilina *huák-cha* (*) que no tiene más

(*) *En quichua,*—pobre, huérfano—M. A. Mossi, *Lengua general del Perú*.

amparo que yo. Por eso me quieré tanto y se aflige al pensar que muy pronto le voy á faltar. Yo le aconsejo que se case para que no quede abandonada después de mis días... pero es tan presumida — agregaba riendo — que todavia no encuentra rama donde ahorcarse.

No diga, eso mamita; quién se va á fijar en mi — respondía con acento apagado, resignada á su suerte, inclinando la hermosa cabeza en la expresión de aquella sublime angustia—lamentable y callada — que el arte griego hizo resplandecer en la frente serena de Níobe...

Fué en una de esas noches de calma profunda del verano cuando *Máma Juana* me refirió las narraciones supersticiosas que han desfilado en mi memoria al evocar estos recuerdos de la primera edad. Procuraré reconstruirlos fielmente, darles el colorido, la ingenuidad pristina y conmovedora con que brotaron de esos labios rugosos que la muerte heló hace muchos años.

A una cuadra de la casa, á un lado del camino, se destacaba sobre una cuchilla un montecito ralo de talas, añosos y desgajados por las tormentas. Era un paraje solitario, tétrico, del cual los viajeros se apartaban involuntariamente al contemplarlo, semejante á un calvario que una alta cruz dominaba, indicando

al transeunte que allí habia sucumbido un ser humano.

Al pie de los árboles, por entre las oquedades de los troncos que envolvian las plantas parasitarias, blanqueaba la tierra yerma, manchada á trechos con las matas venenosas del mio-mio ó las hojas obscuras del abrojal, mientras en los claros de la greda donde la luz jugaba combinando los colores de su paleta inimitable se arrastraban perezosamente las iguanas de piel overa.

Conversábamos bajo la ramada alumbrados por la luna que bañaba el paisaje de diáfana y serena claridad, cuando Cornelia mirando en dirección al montecito exclamó con voz velada dominando el espanto:

—¡Mamita se está incendiando el talar!

La viejita volvió los ojos al punto indicado y permaneció callada breves instantes.—Es cierto, hay comienzan á subir las lucecitas por los troncos... ¿no las vé?—me preguntó temblando.

Al principio sólo percibia una mancha confusa de sombras que los rayos de la luna iluminaban; después, no sé si fué efecto de la obsesión que conturbó mi espiritu, me pareció en efecto que luces pálidas, fosforecentes titilaban y se encendian en otras más vivaces, amarillentas, rojizas, que corrían por el suelo y

ascendían en amplia espiral envolviendo la arboleda en llamaradas crepitantes...

Con el corazón agitado escuché entonces la extraña leyenda de aquel monte que se incendiaba por la noche sin que al día siguiente se notara el más leve rastro del fuego.

—Es el alma del domador que fué muerto allí y por eso se incendia el talar porque el pobrecito anda penando!—exclamó *Máma Juana* con acento de sincera tristeza.

—¿Y quién era ese domador?—insinué interesado por la absoluta certidumbre con que la anciana hizo la afirmación.

—Matías, un huérfano que se crió con ésta á mi lado; se ganaba la vida entablando tropillas con los baguales que le entregaban en las estancias; todos lo querían y le daban trabajo porque era el mozo más ginete y habilidoso para arrocinar caballos que se conocía en estos pagos. No tenía enemigos, pues á nadie hacía sombra, sin embargo, una noche fué asesinado al cruzar ese monte.

—¿Y no se descubrió al matador?

—Nunca, hijito, yo tapé la pisada, pero la justicia no se ocupa mucho de los pobres; si hubieran querido buscar no se borra tan facilmente el rastro...

Dejó de hablar mientras sus lágrimas pesa-

das rodaban en las mejillas que hondas arrugas surcaban.

Las lucecitas entretanto, se arrastraban moviéndose como espíritus errantes, y se apagaban cuando la luna rasgando los velos de la sombra inundaba de plateada lumbre el tétrico monte.

Cornelia permanecía inmóvil, muda, con los grandes ojos clavados en la cruz que parecía alzarse en la lomada como blanco fantasma bajo la claridad estelar.

¿No tenía ese tosco simbolo de la piedad cristiana alguna relación con la tristeza de su vida?... Él fué su compañero de la infancia, juntos crecieron bajo el mismo techo, sus corazones se fundieron quizás con la lozanía del primer amor; y allá entre las sombras de los cañaverales gemidores, en el misterio de las noches calladas brotó la chispa del eterno idilio que sólo apagó la muerte?

Más tarde se confirmaron mis sospechas; se decía en efecto que era la novia del domador á quien un rival despechado asesinó traidoramente. Pero su pena intensa y silenciosa no descubrió jamás el secreto que laceraba su corazón...

Después me he explicado el curioso fenómeno que produce la luz. Es un gusano que hace sus

celdillas taladrando la cáscara de los talas y que al arrastrarse en las noches calurosas del estío, despide por entre los añillos del cuerpo una pequeña luz rojiza, la cual unida á las colonias de gusanillos que habitan en los troncos, forman esa vislumbre misteriosa sobre la cual la credulidad ha bordado esta supersticiosa conseja que recuerda esas maravillosas apariciones del hechizamiento.

El trágico relato pareció despertar el espíritu creyente de la anciana; las antiguas leyendas se erguian en su memoria y acudian presurosas como si la voz de un conjuro las convocara.

La estela de un astro que se perdia en los blancos nublados, los susurros del viento al cruzar agitando los ramajes del monte, el canto áspero de un pájaro en las espesuras, todos esos ruidos que estallan y se apagan en el sosiego inmenso de las sombras nocturnas se diria que cruzaban exitando en el cerebro de *Máma Juana* las extrañas alucinaciones.

Un grito lánguido, quejumbroso, semejante al gemido de un niño que solloza abandonado vibró un momento y se extinguió lentamente.

En el silencio de la noche en los campos no se escucha sin secreto temor esa voz angustiada que se lamenta á la distancia; el éco se

refugia en el oído y aún después de haber cesado parece escucharse su nota plañidera.

A la hora del crepúsculo, en los montes de mi tierra, lo he oido más de una vez é involuntariamente apuraba el caballo para llegar á la población más cercana. Los peones de la estancia—hombres avezados á la vida del campo—que me señalaron el ave solitaria que produce el grito, experimentaban al escucharlo la misma sensación. Uno de ellos—valiente como las armas—según decian sus admiradores, me observaba con profunda convicción una vez que ibamos atravesando un renoval de chañares, á esa hora sin luz de la oración cuando las primeras estrellas asoman como chispas indecisas en el toldo tenebroso del cielo.

—Vea patroncito, cuando oiga llorar al *ñacurutú* en una tapera, al *caraú* entre los pajonales ó lo chifle una *viudita* desde algún cardal, - aflojelé no más la rienda y peguelé un chirlo al pingo porque es mal agüero si uno se para y los ve!...

Es un buho que vive en las viscacheras, en los huecos de los árboles y en los ranchos derruídos. Echeverria ha recogido en *La Cautiva* la interpretación supersticiosa que las gentes del campo dan al grito de esta ave que en la noche agita sus lentas alas sin ruido mirando

fijamente con los ojos redondos de color amarillento vivísimo y la cabeza coronada por dos penachos de plumas rígidas semejando cuernos. Así describiendo el festin de la indiada en la Pampa dice en sus hermosos octosílabos:

« Al espantoso ronquido
de los que durmiendo sueñan,
los gemidos infantiles
del ñacurutú (*) se mezclan»...

Máma Juana que había oído el grito lamentoso se reconcentró por breves instantes como si evocára memorias lejanas y luego nos dijo:

—Como esa ave que llora, es el *Kakuy* de mi tierra, una india que está condenada á llamar á su hermano.

Fué allá, en el tiempo de los

(*) *Ñacurutú*: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño, *La Cautiva*, 2a parte.

soles largos, entre las quebradas de una sierra del Tucumán donde vivían dos hermanos. El varón se internaba todos los dias á los bosques para buscar *allpa-misqui* — la miel de la tierra — y á juntar algarroba; mientras la hermana cuidaba la choza, hacia la comida con frutas y pescado y fermentaba la chicha.

Una tarde volvió el hermano cansado de recorrer el monte sin encontrar miel y la hermana en venganza le ocultó la comida. Entonces él ofendido, pero disimulando el enojo le dijo: — Hay un árbol que tiene en la copa una gran lechiguana pero como es muy alto y delgado yo no puedo bajarla, tú que eres más liviana podías subir...

Contenta lo siguió y ambos treparon á un mistól, y cuando estuvieron arriba, él descendió quebrando los gajos para que no pudiera bajar y se alejó corriendo.

Ella le imploraba piedad envano; pero el hermano no volvió. Allí le sorprendió el sueño frío;—y desde entonces está condenada á llorar en la noche llamando al ausente: — *¡ Turay !* *¡ Turay !* ¡ mi hermano ! ¡ mi hermano !...

Tal es el triste simbolismo de esta conmovedora leyenda indígena, que relatan los arrieros para matar las lentas horas de la travesía siguiendo la huella del camino que se estira cule

breando, y en torno del fuego los ancianos en el misterio de los bosques, cuando el *koiuio* lanza sus chirridos metálicos convocando á la alegre *tako-pallana* — la cosecha de la algarroba madura — mientras las luciérnagas cruzan salpicando de puntos azulados las sombras de la noche...

¡Pobre *Máma Juana!* hace ya largos años que su espiritu sencillo, creyente, imbuído de extrañas y curiosas tradiciones se apagó allá, en el pedacito de terruño que fertilizó con su trabajo. El sueño frio — como llamaba á la muerte — heló su cuerpo aniquilado por las rudas fatigas, pero el alma candorosa vaga tal vez entre los verdes cañaverales del jagüel, asciende en las lucecitas lívidas de los talares ó gime sus hondas desdichas en el canto plañidero del ave que llora!...







CAPTURAR?...

(CUENTO DEL PAGO)

Fué allá, por el año 50 y pico, en Entre Rios, después de terminado el período de la guerra civil, cuando el vencedor de Caseros descansaba de las largas y penosas campañas en su palacio de San José, que asoma aún

sus altas techumbres dominando los montes ribereños del Gualeguaychú.

En el grupo de soldados de la guardia permanente, se contaba un lindo chino – guapo como las armas, según el pintoresco símil de la lengua vernacula — el cual gozaba de esa estimación singular que Urquiza consagró siempre á todos sus subordinados que se habían distinguido con algún rasgo saliente de coraje; en una especie de culto al valor que se enorgullecía en exaltar entre sus altivos veteranos.

Se llamaba José Flores y era hombre de toda la confianza de su antiguo jefe, quién, en prenda de especial distinción le había confiado el cuidado de los caballos de su silla.

Aquello era una granjería, una prebenda extraordinaria, una especie de varita mágica que abría todas las puertas, que vencia todos los obstáculos, despertando enconadas ojerizas en las filas de sus antiguos camaradas.

Flores lo sabía; sentia hervir á su alrededor las murmuraciones que atizaba la envidia, y para encelar más á sus émulos, usaba y abusaba de las preferencias cariñosas del superior, armando frecuentes camorras en las pulperias ó apagando las velas en los bailecitos del campamento en cuanto se le subia la caña á la cabeza.

Pero de ahí no pasaba: disipados los vapores alcohólicos, volvia á ser el soldado alegre, travieso y resignado de todos los tiempos.

Sin embargo, aconteció que una noche, bajo la locura que le producía la bebida, se le antojó ir á visitar á su prenda allá en el ranchito solitario, oculto como un nido entre los algarrobales de Montiel. Y como no era hombre de andar trepidando cuando se le metia entre ceja y ceja una idea, ensilló el mejor flete de la tropilla — un rosillo de sobrepaso, el crédito del general — y lo enderezó con rumbo al pago lejano.

Sabedor Urquiza al día siguiente, de la desaparición misteriosa del soldado y la falta de su caballo, comprendió de lo que se trataba y sin dar mayor importancia al suceso, dijo á uno de los ayudantes de servicio:

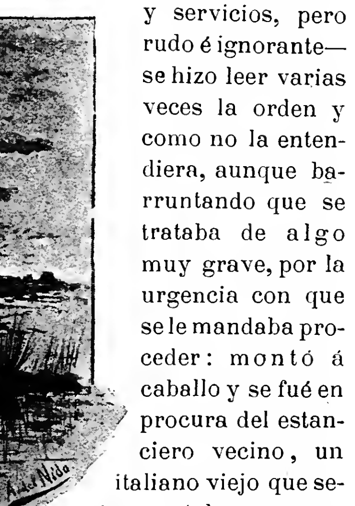
— Flores se ha ido á ver la china. Escríbale al jefe politico de X... para que lo prendan, y que me remitan con todo cuidado á mi rosillo, no!

El oficial apremiado por otro deber, encargó la redacción de la nota á un escribiente, y una vez lista, la firmó, remitiéndola á su destino con un chasque, á raja cincha.

Recibida la comunicación, el jefe se la pasó volando al comisario del distrito donde Flores

tenia su rancho, recomendándole: — « que procediera inmediatamente á capturar al desertor por orden de S. E. »

El comisario – un veterano lleno de méritos y servicios, pero rudo é ignorante— se hizo leer varias veces la orden y como no la entendiera, aunque barruntando que se trataba de algo muy grave, por la urgencia con que se le mandaba proceder: montó á caballo y se fué en procura del estanciero vecino, un italiano viejo que según contaba, en sus mocedades habia cursado estudios como seminarista y si no cantó misa fué á causa de los ojos tentadores de una primita napolitana que le hizo experimentar en *anima vilis* la profunda sentencia de San Márcos, lanzándolo por esos alegres trigales de la vida.



Por las precitadas razones era el tal estanciero no solo el más *leído* y *escribido* de los alrededores, sino una especie de Don Preciso en todos los atolladeros de aquellas sencillas gentes; pues sin más investidura que la del consenso popular resumía en su persona esta curiosísima trinidad, ejerciendo á la vez las funciones de bautizante, de juez y de médico regional!

Así administraba el bautismo de primera intención y en los casos de muerte para que el animula del angelito pudiera disfrutar de las venturas paradisíacas, no empleando por de contado sinó agua templada para conjurar el *mal de los siete días* según una cauta disposición de la Asamblea del año 13; fallaba sin apelación como único árbitro las rencillas vecinales, — pero sobre todo, donde imperaba como señor absoluto, con homenaje pleno de su admirada grey, era en el ejercicio de la medicación empírica.

— ¿Quién como él era capaz de curar una picadura de víbora con solo aplicarle unas hojitas de *cola de zorro*, ó hacer dormir á alguna vieja que andaba estorbando con el zahumerio del *chamico* y de la *aluzema*, ni curaba las consecuencias de los lances amorosos con *gra-*

milla blanca, ó limpiaba las nubes de los ojos bañándolas en agua de *cardo-santo*, y las lepras con *carqueja*, las llagas con *palan-palan*, los empachos con *sáuco*, ni daba leche á las madres aunque hiciera muchos años que habian dejado de críar haciéndoles mascar raices de *tasi*, ni hacía nacer pelo en las calvas más peladas que corral, untándolas con saliva y jugo de *penca*, ni curaba el mal de corazón con tisanas de *flores del aire*, ni remozaba á las muchachas presumidas con polvos de *achira* conservándoles su ramito de azahares con el amuleto de la *vira-vira*?...

En eso — empleando una locución de la tierra — naides le pisaba el poncho! - y enfermo que tocaba su mano era hombre resucitado, pues sólo se iban al hoyo los ya muy dejados de la mano de Dios... Y no paraban allí los panegiristas, proclamando por el contrario á todos los vientos los prodigios maravillosos del curandero-brujo, con esa exaltación fanática y obscura que encontrará eterno pábulo en la credulidad de las masas.

Los éxtasis reveladores del destino, esa necesidad premiosa de la divina ilusión para las almas sedientas de ensueño y de esperanza, tan magistralmente pintada por Zola en el caso reciente de la encantadora mademoiselle Couë-

don que agolpa á las puertas de su modesta casita, en pleno París, multitudes inacabables ¿no son el mejor justificativo del crédito romancesco con que la superstición de aquellos pobres campesinos había encumbrado la fama del extraño personaje?

Era natural, pues, que á él acudiera el afligido comisario á fin de que lo endilgara con sus luces en tan apurado trance.

El hombre recorrió gravemente el pliego y se quedó silencioso, meditando breve rato; — después como si revolviera en la memoria cosas muy lejanas, exclamó dialogando consigo mismo:

—¿Capturar?...

— Sí... eso es, no hay duda alguna... *caput*, ... y *tollo, tollere!*

Luego con el aire de perfecta certidumbre con que Champollión descifraría el obscuro simbolismo de un petroglyfo y Bopp ó Grimm el contenido de un papiro en sanscrito, confió al oído de su interpelante lo que significaba aquella misteriosa palabra.

El militar frunció el ceño en muda protesta ante la misión que se confiaba; titubeó algunos instantes con gesto de rebelión interior, pero, al fin concluyó por encojerse de hombros argumentando por toda disculpa:

—El que es mandao, no es culpao... Y que cargue con el guacho el que está arriba!...

Esa madrugada con todo sigilo, cayó al rancho de Flores prendiéndole, sin resistencia alguna; y apurado por despachar la desagradable comisión, le dijo:

—Traigo orden del general pa caturarlo por resertor, por lo tanto, amigo despidasé de su compañera, pues, contra toda mi voluntá, no puedo dejar de cumplir lo que me mandan.

Flores contando confiadamente en el cariño de Urquiza, exclamó sonriendo:

—No ponga cara de dijunto, capitán! Bah! Don Justo me meterá preso, después de pegarme unos cuantos gritos, pero eso no aujerea el cuero; y en cuanto se le pase el enojo me dará unos rialitos pa los vicios. El viejo es ansina, con nosotros,... truena al ñudo, pero no llueve!

Y consolando á su afligida mujercita, terció el poncho sobre los hombros y adelantándose dijo con voz resuelta:

—Vamos, cuando guste, mi capitán.

Se pusieron en marcha llevándolo atado codo con codo, y al vadear un arroyito que corría lento y callado en un bajo, á pocas cuadras

del rancho, el oficial se detuvo, y dirigiéndose al sargento:

—Aquí nomás—le ordenó.

Lo bajaron entonces, lo pusieron boca abajo, y diciéndole: —¡Qué Dios lo perdone, hermano!—el sargento sacó el cuchillo y lo degolló!...

A la noche, una carretilla cubierta con un cuero y custodiada por dos milicianos, se detenía frente á la puerta del edificio de la policía;—el sargento se adelantó é hizo entrega al jefe político de la nota donde el comisario rendía cuenta de la manera como había cumplido la orden de S. E.

Ni un trabucazo en medio del pecho le hubiera causado mayor impresión que una lectura semejante.

El infeliz se mesaba los cabellos, tembloroso, pálido de terror:—¿qué iba á decir el general cuando se impusiera de aquella barbaridad?... y el cuadro del calabozo sombrío con una morruda barra de grillos—de esos que en el lenguaje de las prisiones, dicen de las *ánimas*—se alzó ante su vista aterrador.

Pero como el mal ya no tenía remedio, mandó dar sepultura á los restos del infortunado Flores, y, haciendo de tripas corazón, redactó un extenso memorial explicativo — car-

gándole por supuesto la romana al comisario — y acompañando como pieza justificativa del lamentable suceso, la carta autógrafa donde se le ordenaba «que inmediatamente procediera á capturar al desertor».

Urquiza rompió el voluminoso sobre, imponiéndose con sorpresa colérica de su contenido; gritó, vociferó, y llamando á un joven español autor del malhadado documento, descargó la tempestad de ira que lo dominaba, diciéndole con voces entrecortadas que restallaban como latigazos:

— Zonzo... ñato... galleguillo!... ¿quién lo mete á emplear términos cultos con esos bárbaros?... Escribales que se presenten inmediatamente, — y murmurando:

— Matarme uno del Estrella!... Pobre chino... tan bravo y buen soldado (*)! — se alejó lentamente con los puños apretados, iracundo, hasta ocultarse en los senderos enarenados del huerto, bajo las verdes arboledas que se arqueaban con el peso de los duraznos de dorada pelusa y de las granadas que abrían al sol de estío sus entrañas de color rubí.

Cuando á los pocos días se le avisó que el

(*) El escuadrón «Estrella» famoso por sus cargas á lanza.

jefe político, el comisario y el curandero habían llegado y deseaban hablarle, no quiso recibirlos, ordenando que les pusieran una barra de grillos y los mandó procesar.

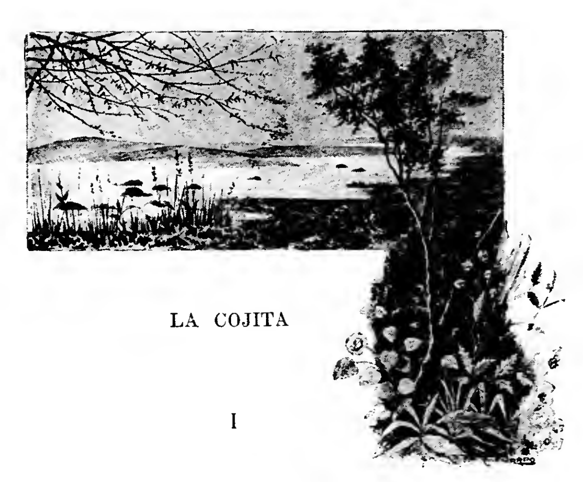
Comprobada su inocencia tras largos meses de prisión, salieron en libertad, y calculando que ya se le habría pasado el enojo, solicitaron verlo.

Los recibió de pié, con el gesto adusto, chispeando en sus hermosos ojos leonados aquella mirada inquietante que pocos resistian, y cuando terminaron de balbucir sus excusas, les entregó diez onzas para lutos de la infeliz viuda, y echándoles una dura reprimenda los despidió.

—Son ignorantes... hum!... No hay que andarles con muchos latines... pero guapos y leales... y ¿quién le pone cascabel al gato? —decía riendo una noche el general en su tertulia de mus ante un grupo de amigos, á quienes refería el salvaje y estupendo lapsus etimológico del latinista montielero.




La Cojita



LA COJITA

I

Por la ladera de una cuchilla, en el abra de un algarrobal, avanzaba como á curiosear el paisaje del llano, el blanco caserío de la estancia; los corrales y potreros se ocultaban en las arboledas del fondo, y al frente desde el pie del cerco se desarrollaba el tapiz esmeraltado de la llanura hasta confundirse á lo lejos con la ceja azulada de los montes. Era un paraje solitario de Montiel donde vivían unos parientes, dos ancianos sencillos, venerados en toda la comarca por sus actos caritativos. Un dia me llevaron allí cuando un acontecimiento luctuoso inundó de tristeza y desolación nuestra vieja heredad. Comenzó entonces para mi una

nueva vida más libre y feliz que la de la ciudad, sobre todo por no existir en varias leguas á la redonda ese edificio que tan poco amamos en la infancia, — una escuela.

Pero aquella ventura no debía durar mucho tiempo, y mis correrías dando guerra á los nidos á través de las frescas arboledas fueron un día interrumpidas por la aparición de un hombre con quién jamás llegué á ser amigo: — el preceptor, un dómine gruñón, iracundo, de ásperas maneras en cuyo labio vagaba eternamente el reproche implacable.

Vive aún; alguna vez le encuentro por la calle y me apresuro á cederle la vereda con respeto; no me conoce ya, sus ojos cansados se inclinan temblorosos buscando la senda por donde ha de llegar muy pronto al término de la eterna jornada.

¡Pobre maestro! aunque jamás su máscara rígida se contrajo para dar paso á una sonrisa, á una sola palabra de aliento cuando me veía balbucir penosamente las primeras lecciones luchando con los escollos desconocidos, él al fin me enseñó mecánicamente á encontrar el rumbo que otros después se encargaron de hacerme proseguir...

La casa no era grande, lo suficiente para las necesidades de la familia; sin embargo, mi

santa tia se ingeniaba de manera que siempre tenía sitio para alojar bajo el techo hospitalario á cuanto pequeño infeliz recogia en sus visitas á los caserios vecinos.

Un dia trajo una huérfana verdaderamente desdichada. Tendria doce años; por mas que no lo denunciara su cuerpo raquitico con una pierna encogida que imprimia á sus movimientos un bamboleo grotesco. Pero habia tan infinita dulzura en aquel rostro de perfiles agudos, una luz tan mansa y acariciadora brotaba de sus grandes ojos aterciopelados, que bien pronto todos la quisimos.

Se llamaba Marcela, mas al entrar en la estancia cambió el nombre de pila por el cruel apodo con que la bautizamos; así, sin protestas, sonriendo angelicalmente se dejaba decir «Cojita» y era tal nuestra insistencia para nombrarla que, al fin á todos pareció natural el sobrenombre, pues no era una burla á su triste condición sino más bien un mote de cariño.

Su historia era breve y desolada. Nacida en la miseria bajo el alero de un rancho lamentable, creció como una planta en un erial, en medio de las mayores privaciones. El padre era tropero y andaba siempre ausente conduciendo ganado á los mataderos de la ciudad;

la madre lavaba en las estancias vecinas asegurándose así el zoquete de carne para el alimento; el viento glacial en las noches de invierno batía las totoras del rancho filtrándose á través de las rendijas del quincho é iba á entumecerla en su lecho desabrigado.

En verano no lo pasaba mejor, encerrada en aquel horno estrecho que caldeaban los rayos del sol cayendo á plomo, vivía tendida en la cama sufriendo los dolores y el aniquilamiento de una fiebre tenaz que iba consumiendo su cuerpecito lentamente.

La curandera, —una negra vieja de gran fama en el pago, —la había examinado asegurando después de zahumarla con no sé qué yerbas silvestres, que á la chica le habían hecho «daño de ojo» y para sacarle el extraño mal la sometió á las medicaciones más extravagantes llegando hasta mandarla enterrar con sólo la cabeza fuera en un chiquero de ovejas.

Se deslizaron así los tristes días de la infancia. El padre cayó muerto en su ley, atravesado por la cornada de un novillo mañero que no quería abandonar el rodeo, y, poco tiempo después, una chispa arrastrada por el viento de las brasas del fogón incendiaba el techo del cuarto en momentos en que la madre y la hija dormían. Cuando despertaron el

fuego las rodeaba; la madre huyó despavorida, mas un grito desgarrador la hizo recordar de la criatura abandonada; penetró al circulo de llamas y arrancándola del lecho se lanzó en medio de las tinieblas de la noche y corrió sin rumbo hasta caer desvanecida oprimiendo la niña entre sus brazos.

Al día siguiente, un paisano que cruzaba arreando una tropilla recogió á las infelices que acababan de quedar en el mayor desamparo, pues del rancho, que era su única fortuna, solo se veian cuatro horcones ennegrecidos sobre un montón de cenizas. El fuego dejó en las carnes de la enfermita la huella indeleble de sus caricias, lesionando los tendones de la pierna derecha que quedó torpe y rigida para siempre. La madre no pudo sobrellevar el nuevo y rudo golpe, y una mañana la encontraron muerta al pie de la cama con los brazos extendidos, como queriendo proteger de un enemigo implacable, con los últimos alientos de la vida, aquel pedazo de sus entrañas!...

Una tarde se ausentó nuestro maestro, y mientras llegaba el sucesor se me designó para reemplazarlo. Tenía casi la misma edad de algunos de los discípulos, pero no sólo era el más adelantado por la educación recibida en la villa, sino también sobrino del dueño de casa, y esta circunstancia aumentaba mi prestigio sobre los escasos alumnos de la escuela, muchachos huérfanos criados en la estancia ó hijos del capataz y de los puesteros.

La escuelita era infantil, rudimentaria; se aprendia á leer y escribir malamente, á sacar algunas cuentas y se recitaba la tabla de memoria; pero aquel pobre cuarto — cuyas toscas paredes de paja y terrón adornaba un San Luis Gonzaga frente á un grabado de los constituyentes del 53 y un mapa-mundi moteado de tinta, — se convertia en un templo augusto cuando funcionaba la clase, porque la disciplina era inflexible y trás la palmeta de quebracho esgrimida sin parsimonia por el maestro, flotaban como un fantasma para los desaplicados los coscorrones y hasta la lonja del rebenque de mi tio á título de fundador de la escuela.

En honor de la verdad confesaré que el buen viejo no abusaba de estas últimas y contundentes razones, por más partidario que fuera

del añejo y expeditivo sistema educativo de que, «la letra con sangre entra.»

En el rincón más apartado se sentaba «la cojita», alli á solas, sin hacer ruido balbucia medrosa las letras de la cartilla ó trazaba burdos palotes inclinándose afanada sobre la pizarra. Me esforzaba para hacerla adelantar al verla con tantos anhelos, pero su inteligencia no obedecia á la voluntad y la infeliz se debatia en una lucha sorda, intima, para fijar las cosas más sencillas en la memoria; algunas veces después de haberle repetido pacientemente la misma idea á fin de hacérsela más comprensible, movía la cabeza con aire dolorido, y me miraba con sus grandes pupilas melancólicas, hinchadas de lágrimas próximas á estallar, como diciéndome: no puedo!

La dejaba entonces para recomenzar la tarea al dia siguiente sin lograr jamás el éxito perseguido.

Aquella niña enfermiza, encanijada sentia en sus venas la onda atávica, la herencia mórbida de otro cuerpo aplastado en la horrenda batalla con la miseria y la muerte. Amamantada entre fiebres y privaciones, soportando los rigores de la intemperie, su cuerpo se desarrolló penosamente en aquel medio y su inteligencia

pareció lesionada desde la cuna por un mal invisible y lento que iba consumiendo todo su ser.

Pero era buena, humilde y agradecida. En la casa cuidaba el pequeño jardin contra los malones insaciables de las hormigas; tenía ternezas para los corderitos abandonados por las madres en el pajonal, y asi se la veía siempre alimentando algún guacho que la seguia dando balidos y lamiéndole el ruedo de su pollerita azulada, mientras los mas grandes corrían delante corveteando en retozos alegres ó ensayaban el naciente cuerno los borregos arremetiendo contra la bandada de gansos que huia dando aletazos desesperados.

Cuando llegaba la época de cosechar las sementeras, en esos dias sofocantes del verano, á la hora de la siesta, cuando todo parece adormecerse en una laxitud enervadora, solía verse vagar por los sembrados el gran sombrero de «la cojita» y perderse en los trigales amarillentos dando guerra á las cotorras dañinas. Y en la estación de la esquila, bajo la amplia ramada en que habia tendida una larga fila de ovejas maniatadas hipeando fatigosas y sobre ellas los esquiladores encorvados sacándoles el vellón con las tijeras que abrían á menudo profundos tajos en el cuero de las

bestias, — era tambien ella la encargada voluntaria de restañar la sangre.

— Médico, remedio, — dotor, la medecina ! — gritaban los peones cuando alzaban un pedazo de cuero con la lana, y « la cojita » se desli-



zaba afanosa por entre los trabajadores balanceando el cuerpo para llevar el tarro con polvos de sauce con que cubria los bordes de la herida hasta que la sangre dejaba de manar. Inclinada sobre el animal le curaba di-

rigiendo amargos reproches á los esquiladores que lastimaban sin piedad — los pobres animalitos de Dios — como decía con su vocecita acariciadora.

En las rudas faenas, en las alegrias, en las tristezas era siempre la primera, dulce, sonriente, sin quejarse jamás. Y sin embargo, cuánta desventura, cuánta sombra dolorosa informaban el drama trágico de aquella vida condenada á trepar el áspero sendero que le marcaba su estrella!...

El año nuevo se acercaba y era necesario demostrar el fruto cosechado por los alumnos. Un domingo á medio día el recinto de la escuela fué invadido por los padres de mis discípulos que venian á presenciar la prueba donde sus vástagos lucirian los conocimientos adquiridos durante la tarea escolar. Aquellos paisanos de rostro bronceado, bondadosos, de mirada franca y humildes maneras llegaban en sus pingos predilectos primorosamente tusados — luciendo las más vistosas pilchas del apero — y después de manearlos en el palenque iban á formar corro en el umbral de la escuela.

Mi tio los habia convocado prometiéndoles una fiesta completa como se estilaba en la

estancia en los días de yerra; primero la ceremonia del examen y distribución de premios, en seguida una linda polla para los mejores fletes, corrida de sortija, carne con cuero y pasteles y como remate ineludible en estos casos, un bailecito al aire libre, bajo la lumbre estelar en el gran patio que él iniciaria bailando el primer pericón.

La mesa se constituyó presidida por las autoridades del distrito: el alcalde, un veterano del ejército de Caseros, de espesa é hirsuta cabellera, muy tieso y grave en su casaca galoneada, mirando al auditorio sin pestañear como una figura de cera; á su derecha el comisario y un vecino de los más instruidos, á la izquierda el maestro, nervioso, lleno de zozobra y de orgullo á la vez.

Sonó la campanilla para apagar el cuchicheo de los concurrentes, el alcalde hundió las gafas entre el matorral de las cejas, y cogiendo la lista deletreó con dificultad el nombre del primer alumno.

Con la cabeza gacha, lanzando miradas huranas de soslayo, el nombrado se levantó buscando la puerta instintivamente para huir á la campiña que se extendía allí cerca chispeando al sol primaveral con sus glaucos trebolares. Como el animal acorralado el muchacho tuvo un momento de lucha interior, alzó la frente con aire rebelde, buscó un portillo en la rueda que lo oprimía para escapar del suplicio, se retorció las manos con rabia desesperada, y su pie se clavó resueltamente sobre el pavimento, terco, empacado, mudo!

La catástrofe era inminente, la clase entera iba á rebelarse, mi autoridad estaba quebrada, perdida para siempre, los espectadores creerían que aquella era una recua de borricos chúcaros en vez de niños educados. Me levanté rápido y cogiéndolo por el brazo se lo sacudí diciéndole con rabia:

—Pero Santiago, ¿no has oído que te llaman?... ¿eres tan maula que ya no te animas á darme la lección delante de la gente?...

Habia herido la fibra oculta, la fibra de la altivez nativa; una oleada de vergüenza coloreó el rostro del gauchito que alzó los ojos sombríos mirándome intensamente como si quisiera decirme ofendido: — V. sabe que yo no soy eso! — y se dejó conducir al banquillo.

Le alcancé la anagnosia abierta en la página que mejor sabía y le dije: — Lea fuerte, sin atropellarse, como si no estuvieran presentes más que sus compañeros. Tartamudeó al principio, silabeando en voz baja, avergonzado aun, más al fin se serenó y recordando todo el párrafo lo leyó rápidamente con cierta tonadilla nasal hasta que le dijeron: — basta.

Habíamos cruzado el Rubicón! El mas arisco hizo punta, los otros no trepidaron en seguirlo; así uno á uno fueron salvando de la prueba como pudieron; recitaban fábulas, exhibían en la pizarra el modelo de sus garabatos caligráficos, canturriaban la tabla, frangollaban los tiempos del verbo amar — que algunos ya conjugaban activamente — ó señalaban con el puntero en el mapa, los ríos, los valles y las montañas.

Cuando llegó el turno á «la cojita» y oí pronunciar su nombre sentí que algo doloroso me estrujaba el corazón. La desventurada criatura avanzó por entre sus compañeros tambaleante, llorosa, reflejando en el rostro una honda congoja. Comprendí su tortura y la miré sonriendo para darle coraje. Después, dirigiéndome á los asistentes le hablé conmovido con palabras que se anudaban en mi

garganta: —Tengo el placer, les dije, de presentarles á la alumna modelo, la más aplicada, la más juiciosa, para quien no he tenido jamás una amonestación!

Todos la miraron y más de una sonrisa acariciadora flotó como un nimbo de esperanza en torno de su frente entristecida. Le pedí que recitara una fábula de Samaniego que ella solía decir cuando sentada por la noche á la lumbre del hogar, con los otros huérfanos, desgranaba mazorcas de maíz apostando á quién llegaba primero á la docena del fraile.

El comienzo fué un suplicio, las sílabas del verso acudían en tropel á su garganta, atropellándose por salir, pero allí retrocedían, se enmarañaban y sólo un sonido gutural, áspero como un grito de pájaro asustado, brotaba de los labios pálidos, resecos y temblorosos. Pesadas lágrimas pendían de sus pestañas y corrían silenciosas en las mejillas empapando el pecho que se hinchaba con latidos violentos! Se le alcanzó agua y dominada un tanto la emoción, pero aun con el acento entrecortado por los sollozos, empezó el recitado cuyo final se extinguió en un largo aplauso.

El examen quedaba terminado; se procedió

entonces á la distribución de premios consis tentes en ropas y útiles de labor.

El alcalde sin perder su gravedad marcial entregaba los objetos á los vencedores; de cuando en cuando asomaba una rápida sonrisa en sus labios para decir una broma á los muchachos que lo atisbaban cuchicheando con sus ojillos desfachatados y gozosos.

Faltaba discernir el premio de honor, una banda celeste con una pequeña medalla en cuyo exergo se leia: «Honor al mérito». Aquel fué el testimonio de mi primer prueba escolar y yo quería premiar con él al mejor alumno de la clase.

El alcalde por sus funciones de presidente debia adjudicarlo. Paseó un instante la mirada en el alegre grupo, y, pausado, solemne, pronunció un nombre. Fué el de «la cojita»!

¡Oh! era demasiado: ¿ella, la guacha infortunada á quien por caridad le cedían un rincón en aquella casa, la infeliz coja que hasta su nombre habia perdido, recibir tan gran distinción?... No, no podía ser verdad! Era un sueño, sin duda, uno de aquellos extraños sueños de fortuna que la asaltaban en sus lentas noches de fiebre, mientras el viento mugia agitando las paredes quinchadas del rancho en que naciera!...

Nos contemplaba azorada, muda, con los grandes ojos inmóviles, velados por el llanto. Quiso dar un paso y no pudo, las rodillas se doblaron, agitó los brazos como si quisiera asirse de un punto en el vacio y rodó gimiendo sobre el pavimento. Se la transportó al lecho, pálida é inmóvil, para que el sueño amortiguara las violentas emociones que habian conturbado su corazón.




La Partida



LA PARTIDA

II

La escuela se abrió de nuevo con los alumnos del año anterior y algunos novicios que llegaban medrosos y huraños á ocupar su banca; mas bien pronto el hielo se rompia, un apodo sustituia al nombre de bautismo y el muchacho entraba á formar parte del bullicioso grupo

como un antiguo camarada. Pero la tarea fué de pronto interrumpida por la llegada de un desconocido — un pueblero paquete — según decian los peones en su lenguaje pintoresco, al contemplar su traje y las prendas de la montura.

—Dejuro es de tierra adentro, -observaba uno examinando los estribos de madera claveteada y el rendaje trenzado que enjaezaba el caballo.

—Cómo no, arribeño,—agregaba otro. Fijáte en el sombrero pajizo y en el ponchillo de vicuña con flecos; ése no es de estos pagos, cuñáo.

Era cordobés en efecto; moreno, de rostro varonil, sus facciones regulares acusaban un verdadero tipo criollo. Alumno del Colegio de San Carlos, abandonó los estudios para empuñar las armas; derrotado su partido en el comicio por el fraude oficial se lanzó á la revuelta y en el primer encuentro el entusiasta revolucionario rodaba al frente de su compañia con la cabeza cruzada por un sablazo. Perseguido tenazmente tuvo que huir para rastrear la fortuna lejos de su provincia; así, rodando tierras, como él decía, llegó hasta la estancia á regentear la escuelita de campaña.

La separación me llenó de congoja; cada día que pasaba me veía más alejado de mis discípulos. Los muchachos á su vez se iban

retrayendo; á veces sentía llegar hasta el umbral del cuarto donde estudiaba á alguno de ellos y quedarse parado junto al muro sin atreverse á interrumpirme; me daba vuelta para saludarle; respondía con medias palabras sin aquella familiaridad de otro tiempo y se marchaba dejándome más sombrío.

¡Ah! en el relámpago fugitivo de esa mirada cuánto caro recuerdo hablaba al corazón; era el derrumbamiento del pasado, ya ido para siempre, el adiós al compañero de las alegrías juveniles...

Solía mezclarme á sus juegos para hacer revivir las antiguas horas, pero mi presencia parecía turbar su jubilosa algazara y tenía que apartarme invadido de invencible amargura. Ganaba el encierro y con el rostro pegado á los fierros de la ventana los miraba retozar en la playa, sudorosos, desgreñados, felices hasta que la campana los llamaba á la tarea.

En aquel cuartito separado del resto del edificio, el nuevo maestro me preparaba para el examen de ingreso al Colegio. Eramos ya buenos amigos, el rencor de los primeros días estaba disipado; lo admiraba al contrario con cariñoso respeto y me entretenía escuchando el relato de su vida borrascosa, pero llena de fortaleza en la adversidad. Hablábame del estudio

con acento insinuante; sus palabras, cálidas, contagiosas, me estremecian, me infundian alientos extraños, me hacian entrever los serenos goces intelectuales y contemplar á la distancia la cumbre excelsa que levanta al hombre sobre el haz de las bestias!

Nuevas sensaciones, ansias de luz, deseos de abandonar el bosque, como un ave que agita el ala al borde del nido materno ensayando el primer vuelo en busca de otros horizontes, empezaron á turbar la calma de mis noches, y un algo vago, indefinido, punzante, parecia llamarme desde lejos.

La vida de la estancia era siempre la misma: nada había cambiado, los días se deslizaban tranquilos, las tareas seguian el curso invariable de la rutina, ante el mismo paisaje, limitado por el misme horizonte; comenzaba á sentirme extraño, á mirar todo aquello con despego, á encontrarlo monótono en su perenne uniformidad. No era culpable; obedecia á un impulso secreto, era arrastrado por la evolución que los nuevos conocimientos imprimian en mi espíritu. Sí, debia alejarme de esas placideces candorosas para experimentar las ásperas sensaciones del drama de la vida que me atraía con sus misterios inquietantes...

Todas las mañanas sentia llegar á «la cojita» trayéndome el desayuno, un vaso de leche recién ordeñada y un pedazo de torta frita ó algún choclo asado con tal arte, que los granos estaban apenas dorados. Como en ocasiones me quedaba mirándola en silencio, ella indicándome la mesa donde lo colocaba, decia:

—Mire que se enfría y luego no le va á gustar.

—Dejála, hoy no tengo ganas.

—Pruebelá, es apoyo de su picaza vieja,—y sonriendo angelicalmente agregaba: — Ya sabe que el comer y el rascar...

Era necesario obedecerla, de tal manera sabia insinuarse con su voz dulce y humilde á la vez.

—Ahora vayasé á tomar el fresco; voy á arreglar el cuarto.

Pero no le obedecia, entablando, por el contrario, una charla interminable sobre los quehaceres confiados á su cuidado. El rostro enflaquecido parecia iluminársele con luz interior y comenzaba á informarme del estado de los sembrados, de la majadita de guachos que iba aumentando cada día, si las hormigas, — sus enemigas irreconciliables, — habían dado algún malón al jardincito de mi tia, y de todos esos incidentes de la vida campestre, que para ella compendiaban los halagos de la existencia.

Si la conversación rozaba incidentalmente la escuela, su semblante mostraba signos visibles de desagrado. Curioso por sondear su pensamiento alguna vez le pregunté:

—¿ Y, se acuerdan todavia de su antiguo maestro ?...

—¡ Cómo lo vamos á olvidar!...

—Pero yo no sabía lo bastante para enseñarles como el preceptor de ahora.

—Así será... pero la clase era más alegre.

—¡Como que se lo pasaban jugando conmigo! Bueno á ver ¿ cómo anda la tabla ? Y asi por breves instantes me gozaba en remover las cenizas de nuestro pasado. Concluída la lección la miraba alejarse, soñando quizás en que retornaban las horas ¡ ay! desvanecidas, que nada haria resucitar ya, y durante el día la sentia cruzar entregada á sus tareas, gorjeando alegre, como las calandrias en los cañaverales del manantial...

La mensajería habia cruzado por la posta vecina; un postillón llegó á la tarde con la correspondencia; rasgué la faja de un paquete de diarios y al desdoblar el primero una carta cayó al suelo; la letra no me era desconocida, la dí vuelta, tenia un sello con el escudo patrio y rodeando el simbólico trofeo en

letras azules esta leyenda: Colegio Nacional del Uruguay.

Una sensación extraña, dolorosa, conturbó mi espíritu y quedé inmóvil con la carta entre las manos, sin atreverme á romper el sobre.



Para qué leerla si presentía su contenido : era el anuncio de que la hora de la partida sonaba para mi.

Todos los proyectos, las impaciencias por salvar los dinteles de aquel templo, de ir á beber en sus fuentes las verdades eternas,

aquellas puras emociones que el joven maestro me pintara desarrollándose bajo el claustro severo, todo se desvanecia como un sueño fugaz! Tuve miedo, retrocedi anonadado, como si gravitara sobre mi cabeza una mole gigantesca.

No, no quería abandonar el hogar tranquilo, el bosque secular cuyos senderos conocía de memoria, sentia ya la nostalgía de la campiña donde discurrieron las horas más dichosas de mi existencia. ¡Oh! no me arrancarían de aquella heredad bendita, deseaba vivir en su terruño, á la sombra de los viejos árboles bañados de sol, respirando á pulmón pleno sus brisas perfumadas, bajo la fulgente claridad de su cielo!...

Era ya de noche cuando llegó mi tio; venía de buen humor, lo senti reir en el patio, atravesar el corredor y llegar hasta el escritorio.

—¿Qué tienes, hijo, — exclamó al notarme acostado, — ¿estás enfermo?

—No, de aburrido, me recosté y me he dormido.

Trajeron luz y al ver la correspondencia esparcida sobre la mesa:

—¿Qué hay de nuevo por la ciudad?...

—Nada... sólo una carta del rector... No me dejó concluir.

—Bueno, la leeremos después, no hay apuro,

vamos á comer, pues traigo un hambre de mil diablos—agregó sonriendo para dominar el efecto que la noticia le había producido; el noble viejo estaba ya habituado á mi compañía y ninguno más que él iba á sufrir con nuestra separación.

La comida, contra la costumbre, fué aquella tarde silenciosa y triste; las miradas de mi tía vagaban inquietas del rostro de su esposo al mío, afligida sin atreverse á indagarnos la causa de tan brusco cambio; pero á la hora del café ya no pudo resistir más y se atrevió á insinuar:

—¿Pero qué tienen hoy, por Dios?...

—Nada, hija.

—No, algo me ocultan, —contestó con acento de dulce reproche.

—Nada, te digo, son cavilaciones tuyas—argumentaba mi tío nervioso, con las manos cruzadas en la espalda, mirando por la ventana la noche negra tachonada de trémulas estrellas.

Fué necesario confesarle la verdad al fin, para no prolongar su incertidumbre. Con palabras entrecortadas, debatiéndose por aparentar serenidad, le contó entonces, que el rector como se lo tenía prometido, le daba aviso que existía una beca para mí.

Un gemido sordo, angustioso, dilató el pecho

de la santa mujer, pesadas gotas de llanto empaparon sus pupilas azules, la vi levantarse pálida, desfalleciente, y tenderme los brazos mientras sus labios oprimian mis cabellos largamente... Después, apartándose, con voz quebrada por los sollozos:

Cómo ha de ser, hijo - balbuceaba—es necesario, no debemos condenarte á vivir en este destierro; y encaminándose al dormitorio: — Ven á implorar á la buena Virgen para que guie tus pasos, velando por tí en la ausencia.

Frente al lecho, en un altarcito de cedro tallado, bañada en la suave claridad de una lámpara votiva se veía la imagen de la Dolorosa; doblamos la rodilla y nuestras voces se confundieron en una sola plegaria...

La mensajería regresaba el lunes; no me quedaban sino dos días para decir adiós á tanta cosa querida.

Mi tío para evitarme un desfallecimiento mandaba ensillar cuanto clareaba el día y me llevaba consigo. Nos internábamos en el monte, sin rumbo; recorríamos el curso sinuoso del arroyo, inspeccionábamos los potreros, las chacras y los tajamares, llegábamos hasta el aserradero de los montaraces, cruzando el campo en todas direcciones, explicándome él sus proyectos, escuchándolo yo distraido, absorto

en la contemplación de aquel panorama que tal vez recorria por última vez.

Los caballos marchaban al tranco, con las riendas flojas, despuntando al pasar las matas de los gramillales. Al pronto se alzaba una



martineta con las alas silbantes abandonando en su fuga la nidada de huevos color azul turqui, lucientes como una mayólica; más allá por entre los espesos cardales surgia la esbelta cornamenta del arisco venado que huia haciendo crujir las ramas y las hojas muertas. Y

allá, en el estero del bañado las bandadas de garzas, de espátulas, de cisnes y bandurrias revolaban sobre nuestras cabezas como neblinas vagabundas reflejando la tonalidad de sus plumajes multicolores en el amplio espejo de las lagunas dormidas; mientras los zorzales y boyeros ocultos en los ramajes saludaban aquella alegría llena de sol con silbos armoniosos.

Así visité todos aquellos sitios que me hablaban con la voz interior de los recuerdos. ¡Oh! podía partir ya seguro de que nunca los olvidaría; la visión quedaba grabada honda y perdurable en mi memoria!...

No era todavía dia claro cuando el capataz vino á prevenirnos que los caballos nos aguardaban.

Salimos procurando no hacer ruido para no despertar á mi tia, pero fué inútil, al atravesar el comedor oí su voz que me llamaba. La encontré de pie haciendo un esfuerzo supremo para parecer serena; á su lado, rodeándola, estaban sus huérfanos, mis discípulos, los alegres camaradas de las horas de felicidad. Reinaba un silencio penoso. Sentí dos brazos anudarse á mi cuello, quise hablar, mas algo doloroso, inmenso, me estrujaba la garganta; estreché rudamente las manos que se tendían á mi encuentro y salí entre un clamoreo de sollozos.

Monté de un salto y partí á galope costeando el potrero, pero al doblar un recodo del camino me detuve un instante para echar una última mirada al hogar bendito. Allí estaba en la ladera de la verde cañada blanqueando entre los viejos árboles; al pie de la empalizada se agitaban brazos y pañuelos, y arriba, sobre las toscas techumbres un largo penacho de humo negro flotaba desflecado por la brisa y se hundía en los cielos...

Pronto alcanzamos las cuchillas dejando el monte á la espalda; atravesamos un cañadón y fuimos á detenernos en la posta donde ya nos aguardaba la mensajeria, una de esas enormes galeras descoloridas por los soles y las lluvias.

Un latigazo del mayoral puso en movimiento las yuntas que partieron á escape agitando los cascabeles de las colleras por el camino que serpeaba entre los pastos hasta perderse en las lomadas lejanas.

En el carruaje iba otro pasajero, uno de esos pulperos de campaña, tosco, de ropas burdas y desaseadas. Me abordó, quiso entablar conversación, pero como notara mi resistencia al contestar de mala gana á sus preguntas vanales, se dió vuelta tendiéndose á lo largo en el asiento y al poco rato escuché el resoplido estridente de sus ronquidos que estremecian los

cristales de las ventanillas. Era feliz en su sueño de bestia repleta, sin penas, ni zozobras: ¡lo miré con envidia!

El mayoral aletargado por la infinita calma de aquella tarde ardiente, evocando tal vez la memoria de la dulce prenda que entre sonrojos anudó á su cuello la roja golilla con que la brisa iba jugando y le acariciaba el rostro como si fueran besos de su dueña,—lanzó á los vientos del camino el éco quejumbroso de uno de esos estilos del terruño de lenta cadencia, que escuchados por la noche en los campos, bajo la trémula claridad estelar tienen no sé qué extraña mezcla de ternura y congoja inenarrable.

Esta guitarra en que canto
Tiene boca y sabe hablar,
Sólo los ojos le faltan
Para ayudarme á llorar,
Sólo los ojos le faltan
Para llorar mi pesar!...

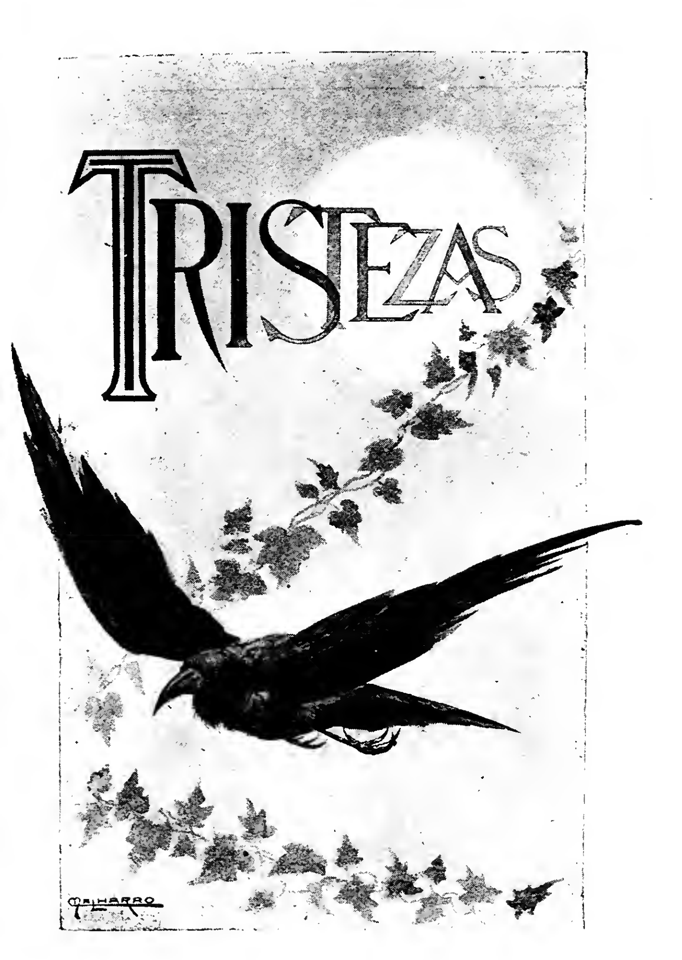
Era esa, si, la tosca trova que más de una vez escuché emocionado siguiendo la inspiración del payador que parecía empapar sus acentos en todas las tristezas de su raza soñadora, en todas las amarguras de su vida errante, pero nunca me pareció más expresiva, más hermosa en su simbolismo desolado. ¿Será que el

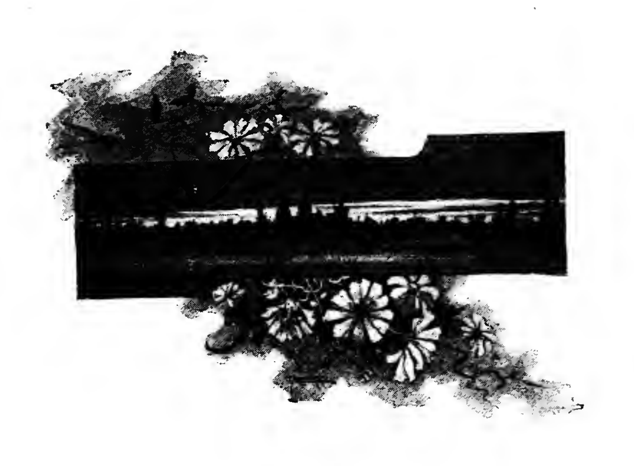
alma humana, como una cuerda tensa, resuena más dócil y vibrante cuando la pulsa el dolor?...

La galera rodaba por la carretera polvorienta, bordeada de cardos borriqueños y de blancas cortaderas; á la izquierda se extendía la llanura, manchada á trechos con la nota alegre de los rebaños, y, á lo lejos en la púrpura inflamada del horizonte se acusaba vagamente una franja azulada: eran los bosques de Montiel.



Allá quedaba oculta como un nido entre las espesuras rumorosas, junto al arroyo terso y callado, bajo el diáfano cielo, rodeada de sosiego y de silvestres aromas, la casa de los míos, donde seres queridos buscarían en vano la sombra del ausente...


TRISTEZAS
MALHARRO



TRISTEZAS

III

El tañido áspero de la campana puso en movimiento á los estudiantes que dormian plácidamente en sus camas tendidas en dos filas simétricas. El celador desde una esquina batía las manos apurando á los remolones, que se ocultaban con pereza, friolentos entre las sábanas tibias.

Después desfilaron con las tohallas en el pescuezo, soñolientos, desgreñados, encogiendo los brazos hasta el fondo del dormitorio para lavarse. Terminada la operación y á un nuevo toque de campana penetraron á la sala de estudio, grande, fría, desmantelada, silenciosa, con aspecto claustral.

Seguía aquellos movimientos sin darme cuenta, aturdido, medroso; maquinalmente entré al salón y fuí á colocarme en los últimos asientos, al lado de una ventana por entre cuyos gruesos barrotes se alzaba cortando el horizonte el domo gris de una iglesia.

Á mi izquierda se sentaba un alumno con quien pronto trabé relación y fuimos grandes camaradas. Era un riojano feo, de boca grande, que reía siempre enseñando la sanidad y la alegría de su alma; famoso en los partidos de narias por la ligereza y elasticidad en las gambetas, era además un gran bailarín de cuecas, y en las noches de primavera sentados en amplia rueda bajo el corredor—como si despertaran los recuerdos del suelo nativo—le oíamos cantar esas vidalitas montañesas mezcladas de quejidos y sollozos que se refugian en el oído como un eco suave y melancólico de tristezas lejanas.

Fué mi primer compañero, el que me inició en los secretos de la vida estudiantil, para ha-

cerme llevaderos los largos días que tenían las punzantes amarguras de una prisión. En la clase, en el recreo, hasta en las horas de encierro era él quien confortaba mi espíritu abatido. ¡Pobre amigo! Un cambio repentino de fortuna lo obligó á cortar los estudios bruscamente.

—Me voy á sostener á mi santa madre—me decía con voz quebrada—trabajaré, cavaré la tierra si es necesario para ahorrarle una lágrima!... Lleno de voluntad me dió el adiós de despedida, que debía ser el último. Luchó con serenidad y fortaleza soportando los rigores de la suerte adversa, hasta que un día muerto el ser objeto de su culto, no pudo sobreponerse á la violencia del nuevo golpe,—y aquella alma valiente é hidalga se quitó la vida voluntariamente en un rincón solitario de la montaña andina, repitiendo como única disculpa el desolado dístico de Musset:

Quand on a tout perdu, quand on n'a plus d'espoir,
La vie est un opprobre et la mort un devoir!...

Las tareas del colegio fueron una mañana interrumpidas por un acontecimiento inesperado.

Uno de los externos trajo un boletín donde se daba cuenta que la provincia había sido invadi-

da por el norte y en el interior algunos caudillos prestigiosos en combinación con los invasores amenazaban derrocar el gobierno.

Una hora más tarde una banda de clarines y tambores recorría las calles tocando generala; á la noche la guardia nacional estaba acuartelada, y la ciudad en pie de guerra aprestándose á la defensa.

Se levantaron trincheras en las bocacalles más centrales, se formaron cantones en las azoteas, el mismo mirador del colegio fué ocupado por un destacamento.

Las clases funcionaban con irregularidad, los alumnos mayores estaban en los cuarteles ó habian escapado para ir á alistarse en las filas revolucionarias.

Viviamos en una alarma constante. El enemigo aparecia por las cuchillas, merodeaba en los alrededores de la población; de pronto se oian tiroteos de las guerrillas entre las quintas y algún infeliz iba á ocupar un lecho en el improvisado hospital, ó á dormir olvidado en la fosa común sin una cruz siquiera que indicara su último asilo.

Reinaba un invierno inclemente, los dias nublados, lluviosos, de frios intensos se sucedian; las calles eran profundos barrizales que chapoteaban los soldados marchando en silencio á

ocupar sus puestos, empapados por la llovizna que entumecía sus carnes y por las heladas cuya escarcha veíamos blanquear de mañana sobre los tejados como si hubiera llovido ceniza.

El sitio se prolongó así durante algún tiempo, hasta que una noche, las avanzadas de la plaza sostuvieron un reñido tiroteo con los sitiadores y los rechazaron; al día siguiente se vieron los fogones apagados en el campamento donde vivaqueaban; las tropas habían desaparecido.

Pudimos al fin tener noticias; la comunicación con el interior se restableció. Cuando llegaba el correo era una verdadera fiesta para nosotros; algunos compañeros rebozaban de alegría al recorrer con el corazón palpitante la carta tan largo tiempo esperada: — otros abatían la frente entristecidos sobre la página, sin valor para terminar su lectura.

Era que el padre, el hermano, algún ser querido había caído para no alzarse más y sus restos confundidos entre los despojos de la batalla, reclamaban un rinconcito de la tierra sagrada junto á las tumbas de los suyos, allá en el cementerio de la aldea, á la sombra de los sauces y los cipreses sombríos...

Una tarde el postillón de la mensajería vino á traerme una carta; era de mi tía, pero no estaba fechada en la estancia. ¿Abandonar ella su

vieja heredad? Algo grave debe ocurrir, me decía, mirándola sin valor para leerla.

Reflejaban aquellas cuartillas la mansedumbre y la resignación cristiana de la buena madre; narraba sencillamente todo lo ocurrido, sin odios, sin un reproche siquiera para sus injustos perseguidores.

Estallada la revolución, su esposo fué de los primeros en ocupar un puesto en las tropas fieles al gobierno para organizar la resistencia; poco tiempo después, desempeñando una comisión, caia prisionero en una emboscada, tras una noche de heroica resistencia, y era conducido al ejército revolucionario. La casa quedó abandonada á las mujeres y los niños, pues todo el que podía sostener un fusil ó una lanza marchó á campaña; los caballos fueron secuestrados como indispensable elemento de guerra, de manera que era necesario cuidar á pie los rebaños. Una noche las puertas se abrian con estrépito empujadas por una horda de forajidos que se abalanzaron á las habitaciones, destrozando los muebles sin apiadarse de aquellos seres indefensos que imploraban clemencia!... Al dia siguiente la familia se refugió en la casa de un vecino.

—Si vieras cómo está la estancia — me decia —te daría mucha pena; es una tapera, invadi-

da por la cicuta; los animales entran y salen, pues no hay puertas, ni nadie se lo impide. Tendría aún tanto que contarte, pero no quiero entristecerte más con el relato de estas cosas sin remedio ya!...

Así terminaba aquella carta que leí muchas veces empujado por esa atracción extraña que nos hace encontrar no sé qué placer cruel en ahondar las heridas renovando el sufrimiento.

Algún tiempo después me llamaron de la rectoría; al penetrar á la sala encontré á mi tio con los brazos abiertos. Vestía el traje militar de la última campaña, traía el rostro tostado y abundantes canas plateaban su cabellera rizada, pero el espíritu viril, ágil, alegre era el mismo. Ni los años, ni las fatigas labraban huella en su naturaleza, rozaban apenas la corteza, mas el tronco permanecía enhiesto, la savia vigorosa corría por la albura!

—Vamos, amigo, que alguien más quiere abrazarlo, — dijo poniéndose en marcha.

En el hotel encontramos á su esposa. Había enflaquecido, un círculo violáceo sombreaba sus ojos azules de brillo apagado, tenía los cabellos completamente blancos y las mejillas pálidas mostraban el rastro indeleble del profundo sufrimiento.

Me senté á su lado reteniendo entre las mías

sus manos heladas, huesosas, cuyas arterias gruesas, hinchadas, se entrecruzaban bajo la epidermis y empecé á narrarle la vida del colegio; — sonreía con su mansa sonrisa cuando le refería alguna travesura de los días de reclusión, los asaltos á la fruta pintona mientras lòs quinteros dormían confiados su siesta cuotidiana, las penurias, las hambrunas que nos hacia sufrir el ecónomo — un viejito rata y avaro — que engordaba su bolsa especulando sórdidamente con nuestros estómagos, y las tremendas revanchas asaltando en el misterio de la noche la despensa repleta de provisiones por encima de las que cruzábamos como un malón de indios invasores.

Y el zambullón repentino de un compañero en la olla de almibar, los cachos de bananas sorteados á tanteo, los puñados de garbanzos prehistoricos cayendo como una granizada en las losas del claustro dormido, y luego la fuga entre risas de la alegre banda para ocultar el soberbio botin . . .

Como la notara más reanimada le pregunté el motivo de aquel viaje.

—Lo hago para complacer á tu tío; se le ha puesto que estoy enferma, pero no tengo nada, me siento muy bien al contrario.

Sin embargo, aunque tratara de ocultarlo era

evidente que un mal invisible, una afección moral tal vez iba inundándola de profunda melancolia. Al regresar de la guerra su esposo se alarmó al encontrarla en tal estado y resolvió cambiar de vida arrancándola á los paisajes del campo que parecian aumentar su mal.

—Ha sufrido mucho la pobre, - decia mi tio— es necesario que descanse; la vida allá no puede tener halagos para ella; nuestra casa en ruinas, los ganados robados ó dispersos, ya no hay casi nada que cuidar, y sobre todo, para qué afanarse en recuperar lo perdido, si mañana ha de venir otra revuelta á dejarnos más pobres! Es preciso aprovechar la vida en algo agradable. Pasaremos una temporada en Buenos Aires y cuando ella quiera nos vendremos á esta ciudad, donde pienso adquirir una casita que tenga mucho sol y un pedazo de tierra para jardin y huerta; luego tú vendrás á hacernos compañía, pues, supongo no les rehusarás este placer á los pobres viejos que se van quedando tan solos!...

Dejó de hablar, con los ojos humedecidos; su mirada casi siempre severa se posó en nosotros con indecible ternura.

Caminaba despacio contemplando los grabados que adornaban las paredes, uno de ellos representaba una escena de la guerra: era un valle yermo sembrado con los despojos de un

combate, iluminado de través por el ascua roja del sol próximo á ocultarse en el horizonte brumoso. Le miró en instante un silencio; quizás aquel triste cuadro le traía el recuerdo de algún episodio de su vida militar. De pronto inclinó la cabeza y sin decir una palabra se alejó lentamente.

Esperaba ansioso ese momento. Ella pareció leerlo en mis ojos y sin esperar la pregunta empezó á referirme todo lo ocurrido en los largos meses de separación.

Supe entonces los días que pasaron en el mayor desamparo, las lentas noches de vigilia escuchando anhelantes los ruidos misteriosos de los montes, los gritos del chajá anunciando la presencia del hombre, el tropel de la hacienda perseguida, el balido quejumbroso de la res que caía y cuya osamenta descubrían al día siguiente por las bandadas de caranchos que revoloteaban graznando...

Los días sin sol, de garúas constantes, se sucedían, el trueno retumbaba en el bosque y los vendavales cruzaban desgajando los árboles. En una de esas tardes la majada no vino al corral, azotada por la fría pamperada, con las cabezas gachas, dando el anca al viento las ovejas se alejaron balando del aprisco; era necesario irlas á buscar, pues acobardadas con la violencia del

temporal no se atrevían á caminar contra las ráfagas heladas y se hubieran extraviado.

La mujer del capataz y dos de las huérfanas fueron en su busca, pero la noche cayó de improviso y las infelices, aturdidas por los latigazos de la lluvia perdieron el camino bajo el cielo tenebroso que rasgaba á trechos el zig-zig del rayo.

Era muy tarde cuando la borrasca calmó. Entonces, á la luz de la luna se vieron cruzar como sombras errantes por entre la arboleda á dos de las mujeres, con las ropas empapadas, locas de pavor. Una habia desaparecido durante la tempestad y por más que la llamaron no contestó á sus gritos: era la «cojita»!

En cuanto amaneció salieron á buscarla en medio de la mayor ansiedad; los perros iban delante olfateando los pastos, registraban los cardales, las malezas, las espesuras del monte, cruzaban el campo en todas direcciones dando tristes aullidos que se mezclaban á las voces angustiadas que la llamaban.

La encontraron al fin, tendida sobre la húmeda yerba, con la mirada vuelta al cielo, los labios entreabiertos, blanca, inmóvil, muerta!

El rayo que habia partido á uno de los más frondosos quebrachos del bosque, alcanzó á la desventurada criatura y la derribó para siempre

junto á las ramas tronchadas que se entrelazaban en torno del cadáver...

Un silencio angustioso siguió al fúnebre relato que los sollozos entrecortaban.

El lento crepúsculo avanzaba inundando de obscuridad la habitación; bien pronto las sombras del cielo se confundieron con las tinieblas que enlutaban nuestros corazones!

Incliné la frente anonadado ante el trágico fin de aquel ser tan infeliz, tan dulce y abnegado, cuyo breve pasaje en la tierra no fué más que un áspero calvario, — y con el pensamiento busqué el sendero de la pequeña tumba en donde la infortunada «cojita», la que fué mi discípula, mi compañera de la infancia, duerme allá, bajo flores salvajes, en ese pedazo de tierra que tanto amamos, el sueño quieto de la eternidad!...




en



EL HOGAR EN RUINAS

Habian transcurrido largos años de ausencia cuando un dia los azares de la vida me llevaron á buscar la serena quietud del hogar campestre, cerca de la tierra materna, entre la calma umbría de sus montes y el aire perfumado con el aroma de sus silvestres flores.

Penetré emocionado al monte que verdeguea y avanza festoneando la ladera de las cuchi-

llas hasta fundirse á lo lejos en el horizonte azulado con los senos misteriosos de Montiel – la selva dantesca de mi tierra—cuyos secretos guardan las ingenuas leyendas que lentamente van borrando el filo del hacha y el surco del arado.

El silbato de la locomotora ha resonado ya en sus montuosas soledades y en vez del gaucho montaraz que se hundía en las sombras del crepúsculo huyendo en su parejero de la partida, se ve cruzar hoy al colono que abate la maraña y el árbol secular para construir su rancho en el linde del campo cultivado.

Los antiguos cuadros de aquella vida primitiva con sus dinastias de caudillos medioevales, con sus heroicidades legendarias y sus crimenes obscuros que desarrollaron en tan amplio estadio el drama de sus pasiones impetuosas y bravías,—se han tornado en el paisaje riente formado por la actividad del hombre que aprovecha los dones que le está ofreciendo el suelo ubérrimo en inacabable prodigalidad.

Atravesé de nuevo bajo las viejas arboledas del intrincado monte de *Calá* por entre cuyas espesuras la creencia popular ha visto vagar en las noches de luna,—junto á las ruinas del tosco *pirí-óg*, - las sombras fieras y vengadoras de los mbohanes con el rostro teñido para el combate horrendo, alzando en la diestra el arco

roto después de haber lanzado la última, aguda y silbadora *heú* (*).

Recorrí las agrestes praderas, los senderos del monte, el cardal de las lomas que llameaban con reflejos de polvo irizado, y el bajo que dibuja á lo lejos las curvas del arroyo por las franjas verdosas de las achiras y sauzales.

Me detuve á contemplar las grandes lagunas enclavadas entre lucientes marcos de totoras, donde la luz iba reflejando ya los encajes transparentes de una nube, ya un pedazo de cielo con colores de líquida turquesa, ya contornos violetas y bermejos de copas de molles y seibos, ya los círculos lentos de una cigüeña que vagaba perezosa bañando su plumaje en el aire límpido y oloroso, saturado con ese aliento de aromas de la selva que aún me parece sentir en el rostro...

Aquella llanura, aquel monte, aquellas cañadas con olores de trébol y arazá, aquel reposo inmenso que remedaba el silencio de la muerte

---

(*) *Calá*, nombre de un arroyo; —*pirí-óg*, toldo de juncos; los mbohanes y charrúas se teñían el rostro para las fiestas, y combates con la semilla de un arbusto llamado *urucú*; —*heú* la flecha de piedra, de hueso ó de madera dura y bordes dentados como una sierra para hacer más doloroso el desgarramiento de las heridas.

renovaban ante mis ojos las primeras visiones, las vagas líneas de perfiles amados, las emociones, los ensueños, todo ese tesoro inviolado de las reminiscencias de la niñez.

Como á la voz misteriosa de un conjuro ví entonces alzarse y pasar á través de los follajes sombras ligeras, roces leves de pasos, invisibles crujidos en las yerbas, ecos apagados, de risas, de cantos distantes, confusas imágenes apenas esbozadas y desaparecidas entre la sombra impenetrable...

Allá sobre la lomada junto á la tapera que circundan chamicos y sáucos verdosos cruza el grupo gentil de dos amantes y se pierde bajo el monte de talas. Más lejos, al borde de la laguna solitaria se alza una triste sombra avivando en mi corazón la memoria del noble hermano, arrebatado en plena alborada por el remanso traidor que sólo nos devolvió un pálido cadáver.

Ese molle que inclina su ramaje á la corriente tardía conserva en el tronco carcomido como la estrofa trunca de un idilio, cifras enlazadas que grabó un amante venturoso. Al lado, un viejo sauce hendido por el rayo, con los gajos petrificados se yergue en la barranca y abajo entre los camalotes sus raíces retorcidas semejantes á un remero de víboras se estiran como pidien-

do al agua que las baña el jugo nutricio que ya no trepará por el tronco muerto.



Y más lejos — en el triunfo de la selva virgen — los seibos envueltos en guirnaldas de enredaderas lujuriantes alzan orgullosos sus racimos de flores manchados de sangre, como si una bandada de cardenales asomara de pronto sus copetes purpurinos por entre las hojas.

Tras un recodo el raudal se espande en mansa cancha; el agua tersa, sin una arruga, no refleja más que negras siluetas de árboles ribereños; el sarandisal ha invadido la senda de la playa, ni una huella de nuestras correrias guarda ya el arenal, ni los ecos del monte repiten como en otro tiempo las risas y los cantos de mis alegres camaradas.

Aves hurañas vuelan por entre los ramajes; las pinta-

das calándrias ya no se aduermen con gorjeos desmayados en las copas de los talares; á la distancia sólo se escucha en las espesuras el áspero *un-bút—un-bút* del caburé,—ese verdugo de las selvas—convocando á los pajaritos para satisfacer sus instintos carniceros.

Más allá, al vadear la picada que señala una cruz descolorida, un martin-pescador vuela asustado; de pronto se detiene y se hunde en la corriente para reaparecer con las alas tornasoladas de azulado acero, chispeando de menudas gotas y una monjarrita en el pico que huye á ocultar en los espesos carrizales donde el enlutado carán gime solitario la eterna tristeza de su vida...

La era abandonada blanquea entre abrojales como llamando las doradas parvas y la ruidosa algarabia de los trabajadores que aceleraban con gritos alegres la carrera vertiginosa de la manada en los dias de trilla.

En otro lado la playa del corral-rodeo que invade el espartillo, no siente resonar las pisadas del potro debatiéndose en corcovos desesperados por arrojar al domador que le ensangrentaba los ijares y le rayaba las paletas con las rodajas de las nazarenas—entre risas y burlas—hasta que el animal humillando la cabeza,

las orejas gachas, los flancos húmedos y temblorosos se entregaba vencido.

Ni se ven cruzar los esbeltos pialadores que abatían al ternero arisco con un soberbio pial de codo vuelto; ni al enlazador que entraba á caballo al montón de la hacienda revoleando la armada para enlazar al toro bravío que pisaba la playa bufando, el ojo centellante, la cabeza enhiesta, soberbio de fiereza,—hasta que un lazo le pialaba las manos y lo tendía de lomos con un tirón seco y vibrante!

Fué por esos senderos del jardincito, cubiertos de yerba salvaje, donde la buena anciana dió sus últimos paseos; á la sombra de ese coronillo de copa redonda y luciente se sentó en las tardes de estío con la mirada perdida en las azules lejanías, aspirando las emanaciones frescas de los campos que oreaban su frente coronada de blanca aureola...

El viento agita los altos cañaverales del jagüel, las hojas flexibles, lustrosas, se doblan, se retuercen como una cinta de seda, se frotan y estiran de nuevo con un mugido suave y rumoroso. Un largo rayo de sol atraviesa el follaje dibujando sobre el agua verdosa anchos ojos de luz.

Aquel era el mismo sol que tostó la frente del «matrero» cuando buscaba refugio en esas espesuras huyendo de la implacable policía; esos rectos varales le proveyeron de armas y caballos, esa laguna perdida en el «gran monte» refrescó su rostro sudoroso después del combate inaudito del que siempre resultó vencedor! Esa mancha del manantial rodeado de verdura y de misterio copió en otro tiempo el perfil gracioso de una adorada cabecita de ojos pensativos, que parecen mirarme desde la sombra, mientras el viento balanceando las copas de las cañas canta suavemente susurros del pasado....

Por todas partes brotan memorias, imágenes y escenas conocidas; de cada rincón estalla un estremecimiento, un eco apagado, lejano, que murmura muy quedo á mi oido los primeros cuentos y los primeros sueños, los purisimos goces de la infancia y aquel primer dolor ante el cadáver del pobre hermano cuya brusca partida hirió con inmenso infortunio las alegrías del solar que habian labrado sus manos!

Un grande, indecible desconsuelo embargó todo mi ser y me vi huérfano, abandonado en medio de la inmensa soledad, bajo el sosiego infinito de la campiña aletargada, semejante al ave que después de una larga travesia encuentra derruído el nido de sus amores.

Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt. Si, como en el verso de Virgilio,—las cosas tienen lágrimas cuyo encanto mortal penetra el alma!...

Permaneci solamente breves dias sin hallar la paz anhelada. ¡Ah! las serenas horas de otro tiempo, los goces, las sensaciones, los afanes de esa vida sana, feliz, de lucha dura y vigorosa en la tarea cuotidiana de los campos ya no volverian para mí: todo era nuevo y extraño en torno de los pobres muros pululantes de melancólicos recuerdos.

La muerte inexorable había cruzado blandiendo su segur sobre los más antiguos moradores, como el rayo que elige al árbol más erguido del bosque para herirlo primero; después la ola de la vida dispersó á los otros por todos los rumbos del horizonte.

Sentia á mi alrededor un vacio, algo como un desgarramiento punzante de memorias y cariños que resurgian de todos aquellos parajes en inacabable ronda de fantasmas.

En la vaga melancolía de las tardes, en el áscua ensangrentada del sol poniente, en el tardo paso de la carreta que rueda crugiendo, en el canto del gaucho que cruza al galope tirando á la campiña sus penas ignoradas y se pierde en el horizonte; en esas horas sin

luz, cuando el viento gime notas largas y tristes rozando los pajonales, y el pájaro-vieja remeda la tos cascada de un anciano, y el buho nos llama al borde de su cueva y los zorros vagabundos se congregan con su áspero *juac, juac;* entre los vahos de las chárcas donde brotan fuegos fatuos, en las maciegas que vibran con las estridulaciones de millares de élitros en frotación; cuando enjambres de tucus errabundos pasean por los montes sus antorchas fosforescentes y turba el silencio nocturno, el cencerreo de las madrinas cuya vibración sigue relinchando el caballo extraviado; en los mugidos lentos de los rebaños de la llanura, en esos rumores extraños que surgen y mueren entre las negruras lejanas: — era siempre la misma imagen, el mismo estremecimiento, el mismo eco — angustiado y doliente — que parecía sollozar la ruina del pasado...

Comprendí entonces la realidad desolada, toda la amargura en que el poeta colombiano (*) empapó las estrofas de esa tristísima despedida — «que no se recuerda sin que tiemble con lágrimas la voz». Como él, yo también podia repetir su elegía de desterrado:

(*) Gregorio Gutiérrez González, — *Aures.*

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo rio,
Casita blanca... y esperanza, adiós!

Una mañana partí bruscamente. Y, allá quedó en la ladera del monte glauco—que guarda el recuerdo de la felicidad pasada, de los sueños de mi infancia lejana,—á la sombra de los árboles seculares que velan perennes junto á los toscos muros—la heredad bendita que al fin se derrumbará como los nobles ancianos que la levantaron!

¡Pobre mi viejo hogar! al terminar estas páginas que condensan memorias de lejanos tiempos, el último recuerdo ha sido para ti; y al mirar bosquejarse lentamente tus contornos como á través de una niebla luminosa de reminiscencias adormecidas, un desconsuelo indefinible me penetra estrujándome el corazón.

Era lo inevitable: en el transcurso indiferente del tiempo todo cambia, se transforma y se renueva. Ya vendrán otros á reconstruir la ruina; alegres ecos de intimos regocijos poblarán el mutismo de tu recinto; nuevos dolores y nuevas lágrimas lamentarán á los que partieron... *Sufficit diei malitia sua*—á cada día le basta su pena:—lo enseña el salmo biblico.

¿Á qué renovar las tristezas del pasado, cuando el presente está erizado de afanes?...

Pero ahí queda en estas humildes páginas la ofrenda de amor al rinconcito de la tierra argentina en donde discurrieron los inefables días de mi primera edad. Han sido escritas al calor de los recuerdos más amados, con las pupilas nubladas por lágrimas dulces, con esa «alegría dolorosa» del alma que en las horas de desaliento se refugia buscando consuelos en la soledad montuosa de los campos nativos que guardan los escombros de la casa paterna y envuelven en reposo infinito las cruces de mis tumbas veneradas!





ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS PRINCIPALES VOCES INDÍGENAS Y MODISMOS LOCALES USADOS EN ESTA OBRA

Achira. - *Sagittaria montevideensis*. Del quichua *achira*. Planta que crece en las costas de los ríos y parajes húmedos, de grandes hojas frescas, lustrosas y flor colorada. Su raíz la comían los indios. Se usan sus hojas aplicándolas sobre la cabeza para refrescarla en los días calurosos.

> « Las hojas de esas *achiras*
> Eran el tosco abanico,
> Que refrescaba mi frente
> Y humedecía mis rizos. »
>
> (O. V. Andrade, *La vuelta al hogar.*)

Achuras. — Las entrañas del animal vacuno ú ovino, riñones, corazón, hígado, intestino ; la parte delgada de este último es el más apreciado y se denomina chinchulín, del quichua *chunĉhulli*, — intesti-

nos. *Achura* es una voz quichua que significa comer sangre: debe provenir este nombre de la costumbre de comer las achuras apenas asadas.

Aguaribay. — *Schinus molle.* Del guaraní *aguaraibá.* Árbol de tronco y ramas tortuosas muy estimado de antiguo por las propiedades medicinales de sus hojas resinosas: las gentes del campo suelen llamarlo por eso *curalotodo.*

(F. de Azara, *Viajes inéditos*, 1784.)

Albardones. — Pedazos de tierra alta que se eleva en las costas de los ríos, lagunas y bañados que no se anegan con las crecientes.

Á la fija. — Infaliblemente, sin duda alguna. Modismo muy usado en el campo, lo mismo que *de juro*, por de seguro. « La hermosura *á la fija* la tendría por adentro este forastero, lo mesmo que está lo gustoso del macachín abajo del amargor. »

(E. Acevedo Díaz. *Nativa.*)

Apero. — Conjunto de las piezas que constituyen el recado del gaucho; si tiene muchas prendas de plata se dice chapeado, y si es pobre *aperito cantor.*

« Pues todos mis bienes son
Este cuchillo enbenao
Y mi *aperito* cantor. »

(H. Ascasubi, *Poesías campestres*)

Armada. — La lazada que se forma con la argolla y una parte del lazo llamada llapa, teniendo el resto — rollos — en la mano izquierda, para enlazar ó pialar.

Arreador. — Látigo grande de cabo de madera pesada, generalmente de tala con una argolla en un

extremo, de la que pende una larga azotera trenzada, y que sirve para arrear los animales.

Asado con cuero. — Trozo de pecho, costillar ó de picana — anca — del animal vacuno que se asa con el cuero y es el plato obligado de todas las fiestas camperas. «La *carne con cuero* de origen árabe, que Alejandro Dumas aprendió á preparar en Argelia, y de cuya habilidad se enorgullecía más que de haber sido y ser el primer novelista francés.»

(L. V. Mansilla, *Causeries*, tomo I.)

Bagre. — En guaraní *mandí*. El siluro más común de nuestros arroyos y lagunas, de color pardo, blanco y amarillo atigrado, sin escamas. Figuradamente se llama *bagre* á las mujeres feas y desairadas.

Bagual. — Del pampa *cahual*. El potro salvaje que no ha sido domado. Este nombre viene de la manera como los indios pampas llamaban á los caballos que dejaron los conquistadores y que bien pronto se multiplicaron haciéndose cimarrones; *cahuallu* y *cahual* decían ellos y los españoles y mestizos lo tomaron adulterándolo á su vez, y así la última forma se transformó en el vocablo *bagual*, conocido de antiguo como se ve en los escritos de los cronistas y viajeros del Río de la Plata.

Bandurria. — Especie de garza de plumaje negro, lustroso con reflejos de verde metálico que habita en los bañados y lagunas; también se les llama cuervos por su color. «Las lagunitas más hondas contienen muchas tortugas, que zambullen á nuestra vista; mientras las *bandurrias* y cigüeñas se mantienen prudentemente fuera del alcance del tiro.»

(P. G. Lorentz, *La vegetación de Entre Ríos*.)

Bañado. — Terreno bajo, anegadizo, cubierto de pajas bravas, totoras, achiras, sarandises y blanquillos (*excoecaria marginata*).

Baqueano. — Hombre de campo muy conocedor de los caminos, sendas y picadas en los montes y ríos. «El *baqueano* es un gaucho grave y reservado que conoce á palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña.»

(D. F. SARMIENTO, *Facundo*.)

Barreros. — Tierras salitrosas, blanquecinas, cubiertas de pastos ralos y de un arbusto de las mimosas llamado chañar que da un fruto amarillo comestible; en los barreros la hacienda vacuna escarba y hace grandes hoyos para lamer la tierra salitrosa.

Bellaquear. — El bagual ó redomón que se encabrita y corcovea para voltear al jinete: si llega á voltearlo se dice que lo *basurió*, — lo arrojó al suelo como basura.

Bibises. — *Oxalis*. Pequeña planta muy abundante en nuestros campos, cuyas florecillas blancas, amarillas y moradas alfombran las llanuras: su raíz da un bulbo carnoso que comían los indios. Pertenece á la misma familia de las oxalideas el *macachin* de raiz igualmente comestible por su sabor azucarado.

Boleadoras. — Son tres piedras redondas forradas en cuero y atadas á un centro común con fuertes sogas de lo mismo de más de una vara cada una. La usan tomando la más pequeña que llaman *manija*, y haciendo girar sobre la cabeza las otras dos

las despiden á las patas del caballo ó vaca que quieren enredar. (F. J. MUÑIZ, — *El Ñandú.*) — *Libes* es el nombre con que se denomina á la bola de dos piedras en nuestras provincias montañosas y viene del quíchua *llick* — enredar, entrampar; *llicki*, quiere decir las enredadoras. (V. F. LÓPEZ, — *La Revolución Argentina.*) — *Laques* eran las terribles boleadoras de dos ó tres piedras con un surco para atarles la guasca ó soga torcida que usaban los pampas y charrúas como terrible arma de pelea y para cazar animales salvajes. Las boleadoras retobadas que usa hoy el gaucho se llaman también «boleadoras de potro» y «Tres Marías»; y á unas más chicas y de soga mucho más larga y fina «avestruceras» — para bolear avestruces. (V. pág. 35.)

Bota de potro. — El calzado de cuero sin curtir del gaucho antiguo. Se hacía con la piel sin pelos y perfectamente sobada como una cabritilla que sacaban de las patas traseras del potro, eligiendo los animales de pelaje blanco ú overo para que la bota resultara más vistosa. La bota fuerte de suela y la fea alpargata han desterrado casi totalmente la bota de potro de antaño con las lloronas nazarenas de los domadores.

Refiere el historiador y tradicionista oriental don Isidoro De María, que la *bota potro* sólo empezó á usarse después de 1785, pues hasta ese año había sido de uso común en el gauchaje la *bota de vaca* y *de ternera* para la cual mataban á destajo tan gran cantidad de animales, que el Cabildo resolvió prohibir rigurosamente el uso de ellas, las mandó recoger por los jueces de campaña, y las hizo destruir por el fuego en los extramuros de la ciudad. Pero los gauchos le buscaron la vuelta á la prohi-

bición apelando á la *bota de potro*,—que era la única permitida—y desde entonces las yeguas comenzaron á hacer el gasto, proveyendo de ese peculiar calzado que no necesita zapatero, y con el cual nuestros campesinos formaron entre los soldados de la Patria Vieja, en las campañas de la Independencia con el afilado *corbo* á la cintura y la *chuza* en ristre!...

(I. De María, *Montevideo Antiguo* lib. IV.)

Boyero. — Pájaro de los montes, de color negro azulado, que canta melodiosamente y es el rival de los zorzales y calandrias. Teje su nido primoroso con cerdas y filamentos de plantas que cuelga como una larga bolsa entre las ramas, cerca de los ríos y lagunas. El señor Granada en su notable *Vocabulario Ríoplatense*—que hemos consultado tantas veces—confunde el *boyero* con el común *morajú* de nuestros campos, ó sea el tordo que anda siempre en el lomo de los animales y que jamás anida, ni se ocupa de dar de comer á sus hijos: los nidos de los horneros y cachilas son los lugares preferidos como inclusa por estos padres desamorados. Por eso un payador anónimo ha expresado sus aspiraciones al amor libre con esta rústica trova: «Quisiera ser como el *tordo*—animal que nunca anida,—pone el huevo en nido ajeno—y otro pájaro lo cría.» Si el *boyero* fabrica su nido en forma de bolsa como lo describe el Dr. Granada, es evidente que no es el *morajú* ó *tordo* que no anida. Por lo demás, el *boyero* vive generalmente en la soledad sombría de los montes en casales, y el *morajú* anda cerca de las casas y en los sembrados en grandes bandadas. M. de Moussy—*Description geographique de le Confédération Argentine*—dice que existe en la Pampa

un hermoso pájaro solitario del género Cassique, enteramente blanco, con una lijera banda negra en las alas, al que llama *boyero;* y P. Groussac en la *Memoria descriptiva de Tucumán* menciona «el alegre *boyero* que hiende el aire como una pelota de nieve.» Se trata, pues, de la misma ave descripta por de Moussy, pero que no es el negro *boyero* que alegra con sus trinos las soledades de los montes entrerrianos y es más grande que el tordo.

Brillazón. — El hermoso fenómeno de espejismo debido al vapor del agua, muy frecuente en nuestras llanuras y cuchillas. «Otras veces el fenómeno adquiere movimiento inesperado: la *brillazón* se rompe en porciones errantes, en copos algodonosos, y la mirada absorta ve correr sobre las lomas y hundirse en los bajíos, rebaños dispersos ó formas aladas, en sucesión interminable.»

(R. Obligado, *El arte nacional.*)

Caburé. — *Glaucidium ferox.* Del guaraní *caburé.* Pequeña ave carnícera de color castaño que atrae con su agudo grito á los pajaritos para elegir el que quiere devorar. Por eso le llaman «rey de los pájaros» las gentes del campo quienes atribuyen la propiedad de atraer fortuna al que logra domesticar un caburé — cosa bien difícil — ó conserva ocultas sus plumas. Dice Azara que en proporción de su cuerpo no hay pájaro más feroz, vigoroso é indomesticable.

Calá. — Nombre guaraní, de un arroyo que desagua en el río Gualeguay: en los montes de algarrobos y ñandubayses que lo bordean tenían su principal tolderia los indios mbohanes que capitaneaban los caci-

ques *Carabí, Juan Yaro* y el *Aguará* que tan tenaz resistencia ofrecieron á la desgraciada expedición que en 1715 llevó á los indios infieles para castigarlos el maestre de campo Francisco García de Piedrabuena y cuyas peripecias narra el informe del P. Policarpo Dufo, publicado por Trelles en la *Revista del Archivo,* tomo II. Este paraje *Calá* es doblemente histórico para Entre Ríos: fué allí donde el general Urquiza — después del pronunciamiento del 1° de Mayo de 1851 en el Uruguay, — estableció el campamento del ejército con el cual realizó la gloriosa cruzada libertadora entre Rozas y Oribe: y fué también en los viejos polvorines junto al arroyo de *Calá,* que el general Lopez Jordán organizó las tropas entrerrianas en Abril de 1870, — á raíz del asesinato de Urquiza, — para luchar con las fuerzas nacionales que envió el presidente Sarmiento á título de intervención, y que tanta sangre estéril debia costar á la provincia en ese triste período de la guerra que terminó en Diciembre de 1876 con la prisión del caudillo revolucionario después del combate de Alcaracito.

Calandria. — *Mimus* ó burlón de los naturalistas. Ave cantora que imita el canto y grito de las demás aves. Su color es ceniciento y blanco, son muy mansas, pero difíciles para domesticar, porque prefieren la libertad del monte donde se las ve siempre trinando alegres.

Camalote. — *Pontederia.* Palabra usada en el Rio de la Plata para designar ciertas plantas que en abundancia se producen en los ríos interiores y que arrancadas por la corriente flotan aguas abajo en grandes porciones que semejan islas. Sus flores son

azules, moradas ó blancas. En guaraní se les llama *aguapé* y *aguapé-guazú*.

(M. R. Trelles, *Rev. patriótica del pasado argentino*.)

Campear. — La recorrida del campo que en las estancias hacen generalmente de mañana los peones para recoger las haciendas, buscar los animales extraviados y ver si hay alguna novedad.

« Entonces da gusto el ver
Los gauchos sobre la loma
Al *campear* y recoger. »

(H. Ascasubi, *Santos Vega*.)

Camuatí. — *Polybia*. Del guaraní *camuatí*, — avispas reunidas. Se llama así el panal de miel que fabrica en las ramas de los árboles con barro y cáscaras de plantas una avispa silvestre denominada *camuatí*. « Desleída en una prosa fluente y dulce como un panal de *camuatí*. »

(P. Groussac, *La Biblioteca*, núm. 2)

Cancha. — Del quichua *cancha*, — patio ó sitio cercado, según la opinión de los quichuístas Mossi y Pacheco Zegarra. Entre nosotros es todo lugar limpio destinado á juegos ó trabajos rurales, como cancha de pelota, del corral-rodeo, de la era, del andaribel en las carreras. En los rios la parte más ancha, sin islas.

« Donde apartando montes y riberas,
El Paraná tendido,
En amplia curva el horizonte ensancha,
Y agita embravecido
Sus turbias olas en soberbia *cancha*. »

(Martín Coronado, *El Voto*.)

Carancho. — *Polyborus tharus.* En guaraní *cará-cará,* por la semejanza con su desapacible grito: *carcárrr.* Pertenece al orden de las aves rapaces diurnas, de color pardo y alas mezcladas de blanco. Es muy voraz y dañino, especialmente en los corderos pequeños á quienes saca los ojos.

« Mas allá se ve al *carancho*
Que jamás pieza desdeña. »

(E. Echeverría, *La Cautiva.*)

Caracú. — Del guaraní *caracú.* El tuétano de los huesos de las patas del animal. — « Meniar los caracúses », es una locución que significa moverse mucho, trabajar rudamente.

Caráu — Ave acuática, de plumaje negro y ojos colorados, que vive solitaria entre los bañados y carrizales; su lento grito: *caráu,* — semeja un gemido angustioso que la superstición de los campesinos traduce por el lamento de piedad de un alma condenada á horrible expiación.

Carpincho. — *Hydrochoerus capyvara.* Mamífero del orden de los roedores, que abunda á la orilla de los ríos y lagunas, alimentándose con frutas, semillas, hojas y raíces de las plantas. De color pardo obscuro, sin cola, es algo semejante al cerdo. Según Azara, los guaraníes le llamaban *capiiguá,* que significa animal de pasto y agua, es decir, anfibio.

Cimarrón. — El animal ó planta salvaje. « En el Plata aplícase el adjetivo con característico significado al *perro salvaje,* oriundo de los que trajeron los españoles, y que se propagaron de un modo asombroso, ahuyentando y destruyendo los ganados, ate-

rrorizando las poblaciones diseminadas en nuestras vastas soledades.» (A. MAGARIÑOS CERVANTES, — *Palmas y Ombúes.*) En el campo se llama *cimarrón* al mate amargo; *cimarrionar* ó *yerbatiar* es el acto de tomar el mate sin azúcar.

Cinchón. — Lonja angosta que sirve de sobrecincha para asegurar el recado: cuando es más fuerte y tiene *asidera* por prender el lazo se le llama *pehuá*.

Coronillo. — *Scutia buxifolia.* Arbol de follaje permanente, muy frondoso, de color verde obscuro, cuya corteza cuando se hiere da una tintura violeta; su madera se emplea en la fabricación de cabos de hachas y hormas de zapatos. A propósito del nombre popular de este árbol de la familia de las Rhamnáceas debo hacer notar que entre nosotros le llaman uniformemente *coronillo* escritores como P. G. Lorentz, *La vegetación de Entre Ríos*, F. Latzina, *Geografía Argentina*, la *Memoria histórica y descriptiva de Entre Ríos* 1892, la *Memoria histórica y descriptiva de Tucumán* 1882, A. Granillo, *La provincia de Tucumán*, etc.; y escritores orientales como E. Acevedo Díaz, *Nativa é Ismael*, E. Regules, *Los Guachitos*, A. De María, *El Fogón*, F. Pisano, *Nobleza Criolla* al mencionarla en la flora indígena escriben *coronilla*. Que se trata del mismo árbol no cabe duda porque E. Acevedo Díaz hasta da el nombre de la familia á que pertenece. Sin embargo, D. Granada en su *Vocabulario Rioplatense* solo menciona al *coronillo* de la Confederación Argentina y aunque no da su clasificación científica, la da en cambio el naturalista J. Arechavaleta en el *Album de la República Oriental del Uruguay* 1882, escribiendo

primero *coronilla* y luego *coronillo* (pág. 30 y 34.) ¿Cuál es entónces el verdabero nombre?... En Entre Ríos se le dice *coronillo* y por eso he empleado dicha ortografía.

Cortadera. — *Arundo sellowiana*. Especie de paja brava que cubre las cañadas, cuyas hojas afiladas cortan al que las toca: en primavera echa un vistoso penacho blanco que parece de plumas.

Cribado. — El calzoncillo *cribado* era el lujo del paisano de antaño, que lucia sobre la sobada bota de potro los bordados á la aguja (cribos) y los flecos del planchado calzoncillo. (V. «Chiripá»).

Cuchillas. — Elevaciones continuadas de tierra que vienen á constituir una especie de cumbres que cortan la monotonía del campo llano. «Hijo de las llanuras apenas interrumpidas por esas ligeras ondulaciones del terreno que en mi provincia natal llaman *cuchillas*, siento por las montañas y sus misterios una admiración que se confunde con el culto.»

(Lorenzo Anadón, *Juicio sobre «Mis montañas»*.)

Culero. —En guaraní *cuyapí*. Pedazo de cuero curtido que usan los gauchos sobre el chiripá, por detrás, sujeto al tirador y que les sirve para evitar el roce del lazo. Se hace del cuero del carpincho, con bordados y flecos en la orilla.

Curupí. — *Sapium aucuparium*. Del guaraní *curupí*. Arbol de hojas pequeñas, verdes y lucientes, que despide un jugo lechoso que los indios guaranies usaban para envenenar la punta de sus flechas como el *mulli* de los quichuas, y de aqui la superstición de las gentes del campo que jamás se acuestan

á su sombra porque es nociva, según dicen. Se le llama también «árbol de la leche» y «lecherón».

« Siempre es dañosa la sombra
Del árbol que tiene leche. »
(J. HERNÁNDEZ, *Martin Fierro.*)

Chaguara o. — Golpe dado con la cuerda torcida de una especie de bromeliácea llamado *chaguar* en guaraní y del cual se extraen unas fibras muy fuertes que sirven para fabricar sogas y tejidos. El *chaguar*, como el *caraguatá* y la *ivira* (*Daphnosis Leguizamonis* LTZ) era empleado para sus tejidos por los guaranies.

Chajá. — *Cauna chavaria.* Del guarani *chajá* ó *yajá*, — que quiere decir: ¡vamos! Ese grito de alarma repetido ha dado su nombre á este ave americana de color gris ceniciento, con alto copete y unas púas óseas en las alas que son su defensa. « La llegada del capitán Saldaña es anunciada por el grito melancólico del *chajá*, el vigilante centinela de los pajonales y de las lagunas. »

(JOSÉ S. ÁLVAREZ, *Juicio de « Calandria ».*)

Chala. — Del quichua *challa*, la hoja seca que cubre la mazorca del maiz, y sirve para envolver cigarros y hacer colchones, etc. « Arman en seguida sus cigarros de tabaco criollo en la *chala* de la mazorca, y los devoran con deleite durante los primeros momentos de somnolencia ».

(J. V. GONZÁLEZ, *Mis montañas.*)

Charabón. — El pichón de ñandú que los guaranies llamaban también *churí* y *yarabí*, — con pocas plumas. Familiarmente se nombra así á los muchachos.

Charamuscas. — Las ramillas y pedacitos de madera que sirven para encender el fuego por la mucha llama que levantan. Corrupción del vocablo castellano «chamarasca» que significa la misma cosa.

Chásca. — Del quichua *chhásca,* — pelo desgrenado y crespo.

Chasque. — Del quichua *chasqui,* — el antiguo correista de á pie; dícese entre nosotros del que conduce una comunicación á caballo en casos urgentes. Según Solorzano (*Política indiana*), la palabra *chasqui* quiere decir *toma,* porque el mensajero indio que llegaba corriendo á la parada ó *topo* donde ya le esperaba otro, solo le decia esta palabra al trasmitirle la orden de viva voz. Montesinos en las *Memorias antiguas del Perú,* la traduce por — *el que recibe* — porque tomaba y recibia el mensaje de otro. Garcilazo de la Vega, en sus *Comentarios reales,* dice que significa — *uno que hace cambio.* Preferimos la opinión del doctor V. F. López (*Les races aryennes du Pérou*) que la traduce por — *andar, moverse* — idea que expresa mejor las funciones del correista indigena. *Chasque* ó *propio* se decia antiguamente al que llevaba cartas ó comunicaciones, por más que el vocablo *propio* es castellano y significa «correo á pie». Pero entre nosotros los *propios* siempre desempeñaban sus comisiones á caballo. Merece recordarse como un caso notable de celeridad el viaje del *chasque* Verón que en 1822 recorrió el trayecto de 60 leguas castellanas entre el Uruguay y Paraná en solo 18 horas, para lo cual se fajó la caja del cuerpo y llevó tres caballos de reserva. Verón llevaba el aviso al gobernador Lucio Mansilla que los comandantes Medina, Piris

y Ovando habían invadido la provincia y marchaban al Paraná para asesinarlo. Mansilla salvó la vida, castigó severamente á los revolucionarios y premió con 20 onzas de oro y el grado de capitán al *chasque*.

(VIDE J. J. ÁLVAREZ, *Mem. hist. de la guerra civil de 1822.*)

Chimango. — *Milvago pezoporus*. Ave de rapiña muy abundante en nuestros campos, de color acanelado. Su grito desapacible es onomatopéyico del nombre indígena que lleva, aunque adulterado, pues en quíchua se le dice *chihuánhuay*.

(CH. BERG, *Zoología.*)

China. — Del quíchua *china*, la hembra del animal, como *china-taruka*, la hembra del ciervo (Mossi). *Chinita* es una locución de cariño muy usual en el campo para designar á las muchachas de color moreno, llamadas también *morochas*. « Era una *chinita* deliciosa de dieciocho años, de carita fresca y morena, de ojos grandes negros como el pelo, sin más defecto que aquel pescuezo angosto y flaquito, que parece ser el rasgo distintivo de nuestra raza indígena. »

(M. CANÉ, *Juvenilia.*)

Chingolo. — *Zonotrichia matutina*. Pajarito de color pardo, pecho entremezclado de blanco y erguido copete, cuyo alegre canto consta generalmente de cinco notas. « Casi ya no se ven *chingolos* en Buenos Aires. Desterrado por el intruso gorrión, por una parte, y perseguidos á muerte para adornar la *polenta*, por otra, sus cuerpecillos desplumados se venden á millares en los mercados. »

(E. L. HOLMBERG, *Rev. del Jardín Zoológ. de B. A.*, t. I.)

Chiripá. — Manta cuadrilonga de algodón ó paño que usa el paisano en vez del pantalón. El nombre es indígena y viene á no dudarlo de las siguientes voces quichuas: *chiri* — frío, *ppacha* — la ropa ó vestido y *chach* — cubrir, lo que nos daría: *ropa para cubrir el frío.* Recuerdo que el erudito don Andrés Lamas conversando un día sobre etimologias indigenas me aseguró que la palabra era quichua y significaba más ó menos «para cubrir». Según el escritor M. A. Pelliza, el vistoso *chiripá* no se usó en los primeros tiempos y solo figura como traje característico del gaucho desde 1780, pues anteriormente usaba un ancho calzoncillo de lienzo adornado con flecos y cribos y un corto pantalón que no pasaba de la rodilla (*El País de las Pampas*). Con este último traje presentó Ascasubi á los gauchos del siglo pasado que figuran en su *Santos Vega*, edición de París, 1872. Sin embargo, la palabra es á todas luces indigena.

Choclo. — Del quichua *chokllo*, la espiga del maiz dulce, tierno, que se come asado ó cocido.

Churrasco. — La carne apenas asada sobre las brasas: por esa inversión frecuente en las gentes del campo — que los retóricos llaman metátesis, — le dicen también *charrúsco.* Alimento muy sano y nutritivo.

Espinillo. — *Acacia cavenia.* Arbol muy abundante en los montes de Entre Rios, de hojas pequeñas, muy espinoso, por lo cual se le llama *espinillo*, que da una florcita redonda y amarilla de aroma muy suave y agradable.

« Fragantes flores de aroma
Derraman los espinillos. »

(J. M. Gutiérrez, *Los espinillos*.)

Facón. — Puñal grande con cabo de plata generalmente y una S en la empuñadura, que usa el paisano para el trabajo y como terrible arma de pelea por la destreza con que lo maneja.

« Y pasa uno en su desvelo
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el *facón*. »

(J. HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*.)

Flete. — El caballo lindo, guapo, ligero de gran estima del paisano; le dice igualmente *pingo* ó el de « reserva ».

« En un overo rosao
Flete nuevo y parejito. »

(E. DEL CAMPO, *Fausto*.)

Garúa. — Llovizna fría, menuda, que cae generalmente en los días de invierno obscureciendo el cielo y es muy molesta. « Salimos y al momento empezó una *garúa* débil que duró y nos humedeció todo el camino. »

(F. DE AZARA, *Viajes inéditos*.)

Gaucho. — Del quíchua *huák-cha*, — pobre, huérfano, ó del araucano-pampa *huachu*, hijo sin madre. « El *gaucho* es altanero, como que sabe domar un caballo salvaje y atravesar la pampa al galope en él. Es valiente como todo el que tiene que luchar con las fieras y abatir la res que le ha de servir de alimento. Es orgulloso como quien no reconoce superior en el desierto en que vive, y se considera dueño por su esfuerzo de cuanto le rodea. Es además el primer ginete del mundo, y el hombre más airoso á caballo. Leal como pocos; sañudo y cruel á veces; obediente también, pero no por interés sino por afecto

á la persona á que se somete. Sin saber muchas veces leer siquiera, muestra ingenio despejado y mucha viveza para la respuesta; es poeta por instinto y brilla por su agudeza cuando se pone á *payar* en contrapunto con otro. El gaucho argentino sin degenerar de sus cualidades generosas, ha recorrido la América desde el Plata hasta la cumbre del Pichincha, dejando en todas partes monumentos de su valor heroico. El Chimborazo le vió batirse uno contra cuatro, en la pampa de Río Bamba, y vencer tres veces á su enemigo que estaba orgulloso también de sus triunfos. El gaucho es espigado, ligero de cuerpo, pero membrudo; tan infatigable en la faena como indolente cuando no tiene precisión de hacer algo. Alegre á veces, taciturno otras, celoso de sus derechos de hombre, no sufre que nadie le humille: tipo especial que no tiene muchos parecidos!»

(JUAN ESPINOSA, *Diccionario para el pueblo.*)

Gramillales. — Parajes bajos, cubiertos de un pasto muy abundante que come el ganado. Es una corrupción del vocablo castellano gramal, — terreno cubierto de gramineas, — yerbas.

Guacho. — Véase palabra «gaucho». El animal sin madre, que se cría en las casas. «Era en el mes de Marzo; la parición de estio terminaba: los corderos de un mes venian retozando; saludaban la vida el hijo con la madre, el padre y los hermanos, con sus acentos broncos, remisos y cansados. El *guacho* estaba solo...»

(VICTORIO SYLVA, *Guacho.*)

Gualeguay. — Río que nace por los 31° lat. N. y atraviesa toda la provincia de Entre Ríos hasta des-

embocar en el Paranacito ó Ibicuy. El nombre primitivo de Gualeguay, según el profesor Benigno T. Martínez en su *Historia de Entre Ríos*, debe haber sido en guaraní *Curéguaig*, que quiere decir *Río de los chanchos*, justificando su etimología por la existencia de chanchos salvajes hasta hace muy pocos años en aquellos parajes. Trelles se inclina á las voces *Yaguari* y *Yaguari-miní* como las originarias del vocablo. (V. *Revista del Archivo*, tomo II). —Preferimos la primera por su semejanza fonética con el nombre actual.

Guampas. — Del quíchua *huampa*. Las astas del animal vacuno con las que se hacen utensilios domésticos, como vasos, estribos, cabos de rebenque, de cuchillos y chifles para llevar el agua en los viajes.

Guasca. — Del quíchua *huáska*, soga ó tira de cuero que sirve para los trabajos rurales. Ciertas prendas de cuero que usa el paisano en el recado.

«No me faltaba una *guasca*,
Esa ocasión eché el resto,
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea.... »

(J. HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*.)

Guazubirá. — Del guaraní *guazú-birá*. El venado de los montes, de cuerpo gracioso y esbelto, con la piel color canela manchada de pequeños medallones blancos. En el campo hay la creencia de que el *guazubirá* mata á las víboras cuando las encuentra dormidas rodeándolas con un círculo de babas. Del cuero hacen sobrepuestos que consideran un preservativo contra los granos malos. La especie está ya casi extinguida.

Hornero. — *Furnarius rufus.* Pájaro de color acanelado y el pecho blanco que construye su admirable nido de barro semejante á un horno esférico; es el ave amiga de los hogares campesinos, pues siempre anda cerca de las casas, — de ahí su otro nombre de *casero,* — cantando alegre, y es el primero que saluda cada nuevo día desde el moginete de los ranchos, y anuncia la proximidad de gentes ó animales extraños con sus gritos de alerta.

— « Cuidado con los nidos » nos decía
Mi madre en en el umbral;
Pero digan *horneros* y zorzales
Si les valió la maternal piedad.

(R. Obligado, *El hogar paterno.*)

Iguana. — Del guaraní *iguana.* Reptil semejante al lagarto, de piel dura y pintada de blanco y negro, que vive en las cuevas de las vizcachas. Su bonita piel la usan para retobar boleadoras y hacer tiradores; su grasa se emplea contra los dolores reumáticos. Hay una *iguana* con la cabeza manchada de colorado que los quichuas denominaban por esto *carai-puca.*

Jagüel. — Pozo ancho y poco profundo que se hace en los terrenos bajos para abrevar los ganados. Es el *xagueis* antiguo de que hablan los primeros cronistas describiendo el pozo de donde se saca el agua con baldes para dar de beber á las haciendas en los tiempos de seca.

Kakuy. — Nombre de un buho que llora por la noche en los montes y cuyo triste grito parece decir: ¡*turay* — mi hermano! en quichua. La superstición ha bordado una melancólica leyenda acerca del grito

de esa ave condenada á llorar solitaria llamando al hermano que no vendrá! Varios escritores han contado esta tradición de los bosques del interior, algunos apartándose completamente del origen indígena y adulterando el nombre del animal ó sin mencionar el grito lamentoso que informa la anécdota. Así un señor Máximo L. Corria cuenta que «*Ca-cuí* fué un guerrero arrebatado por una náyade que habitaba una gruta del mar que existió en el hoy desierto de las Salinas, y que habiéndole Neptuno arrebatado á su amante, la enamorada anda gimiendo: *ca-cuííí, ca-cuííí!*» (Almanaque Santafecino, 1893). El número I de *La Biblioteca* publica un poema de Rafael Obligado, — *El Cacuí* — hermosamente tratado pero incompleto desde que no menciona ese triste grito: *¡turay!* que es el lamento del ave que llora.

Para escribir, hace varios años, el cuento que figura en el capítulo «Máma Juana», consultamos á varios viejos de provincia muy versados en leyendas y tradiciones y todos coincidían con nuestro relato. Después hemos visto con placer que esa es también la opinión de Paul Groussac — de indiscutida autoridad, dada su larga residencia en las provincias del interior y sus investigaciones sobre la materia.

«Poseen — dice hablando de los habitantes de los bosques de Santiago del Estero — anécdotas supersticiosas sobre todos los animales del monte: las hay terribles respecto del tigre y del puma: cómicas y burlonas acerca del *atoj*, el zorro á quien llaman Don Juan; otras son muy melancólicas, como la que se refiere á cierto buho, que llora de noche en el follaje llamando á su hermano. Además de muy conmovedora, recuerda una metamorfosis de Ovidio: es una

joven que mereció ser cambiada en ave nocturna por haber negado un poco de miel á su hermano que volvía del monte, rendido de hambre y de cansancio; desde entonces está condenada á arrojar en la noche su temeroso grito de piedad: *¡turay,* mi hermano!» (*Costumbres y creencias populares en las provincias argentinas,* conferencia en el World's Congress de Chicago, 1893.)

Koiuio.—*Cicada sonata.* Las enormes cigarras que en los bosques del interior anuncian con sus chirridos metálicos en la estación del verano la madurez de las vainas azucaradas de los algarrobos. Ya está cantando el koiuio!—dicen—y hombres y mujeres abandonando sus ranchos se van á los sombríos bosques para hacer su provisión de frutas y de miel silvestre. La generalidad de nuestros escritores que se han ocupado de esas costumbres populares de provincia, al hablar de esta chicharra de los algarrobales escriben *coyuyo* como P. Groussac (*Ensayo Histórico*), otros *coyuyu* como S. Lafone y Quevedo (*Biblioteca Catamarcana*), otros *coyoyo* como J. V. González (*Mis montañas*), y otros *koiuio* como Pablo Lascano (*Siluetas contemporáneas*). Adoptamos esta última forma por creer que esa es la verdadera ortografía quichua de la palabra.

Lazo.—La acepción rioplatense de este vocablo español al ser adoptada por el Diccionario de la lengua es tan imperfecta, que nos determina á incorporarla en nuestro glosario de modismos locales. Por lo demás el característico utensilio del gaucho en las faenas rurales y hasta para la guerra, bien merece recordarse con más de tres líneas imperfectas como lo hace el Diccionario.

Llámase *lazo* entre nosotros á una trenza formada con *tientos* de cuero vacuno de cuatro, seis y hasta ocho ramales, de diez á doce brazas de largo: en una de sus extremidades llamada *llapa* — generalmente de uno ó dos ramales más que el resto — se asegura una argolla de fierro ó de bronce para formar la *armada* que se escurre rápidamente una vez arrojada á brazo sobre el animal que se quiere enlazar. La armada se revolea por encima de la cabeza sosteniendo el resto en rollos concéntricos con la izquierda. En el extremo opuesto termina el lazo en una *presilla* de lonja la cual sirve para que no se escurra de la mano cuando se trabaja de á pie ó para asegurarla en la *sidera* de la cincha cuando se trabaja á caballo.

El formado por cuatro ó más ramales de *tientos* trenzados es lo que propiamente se llama *lazo* entre nosotros, distinguiéndose así de otro más corto y resistente compuesto de una ó dos tiras gruesas de cuero retorcidas al cual se denomina *sobeo* ó lazo pampa.

« Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar *lazo*. »

(J Hernandez, *La vuelta de Martín Fierro.*)

Lechiguana. — *Chatergus brasilensis.* Del quíchua *llachiguana*, la abéja de los bosques y el panal de miel silvestre que fabrica colgándolo en los árboles una avispa muy brava de ese nombre. Es un nido cónico, de color gris, semejante al papel mascado, con celdas interiores donde está la miel. « Tras de estas palabras tiró al patio la *lechiguana* que al rodar

lejos fué esparciendo por aqui y acullá sus hojaldres.»

(E. ACEVEDO DÍAZ, *Nativa.*)

Locro. — Del quíchua *locro.* Uno de los platos más suculentos de la cocina criolla; se hace con maiz triturado ó de trigo, carne de pecho, tripas, tocino y varios condimentos. Según el P. Miguel A. Mossi, la letra *l* nunca es usada por los verdaderos quíchuas del Perú ó Bolivia y solamente se halla en cambio de la *r* usada por los aymaristas, santiagueños y catamarcanos; por consiguiente, *locro* debía pronunciarse *rocro,* como *tara* — el árbol y su fruto — en vez de *tala.* Pero estos cambios de la radical son frecuentes en muchas lenguas y el vocablo indígena es de uso corriente, no sólo en nuestras provincias arribeñas, sinó en todas las del litoral. Véase el *Manual de la lengua general del Perú,* 1889, de este sabio filólogo piamontés, que falleció en Santiago del Estero á los 75 años, el 12 de Agosto de 1895, después de haber consagrado toda su vida á la ciencia y á la religión en las más apartadas é indigentes poblaciones de la América, á semejanza de aquellos sabios religiosos que ilustraron con sus obras los anales obscuros del descubrimiento y de la conquista. El P. Mossi ha muerto en un lecho de hospital, entregado á sus estudios predilectos — las lenguas indígenas — vertiendo al español una traducción del drama quíchua *Ollantay* con notas explicativas de los errores en que incurrieron los traductores de esta discutida obra, que despertó entre nosotros tan eruditas y apasionadas controversias, y que, según la opinión del eminente filólogo, todavia no se ha hecho la luz sobre su origen.

Luz mala. — Las gentes de campo dan este nombre á los fuegos fatuos que se levantan de los sepulcros, y que suponen ser el alma en pena de los muertos que no han sido enterrados en el cementerio.

(B. MITRE. *Rimas.*)

Macá. — Del guaraní *macáng*. Ave acuática semejante al pato, que vuela arrastrándose á flor de agua, llevándose sus hijitos sobre el lomo. « Ibamos por un pequeño canal para ir á ver entre el pajonal, un *macá* que nada con sus pichones en el lomo ó los larga de uno á uno en un ancho remanso para enseñarles á zambullir. »

(FRAY MOCHO, *Viaje al país de los matreros.*)

Maceta. — El caballo viejo manco, inservible; se le dice también *mancarrón*, *sotreta*, *matungo* ó *tungo* y *bichoco*. « Lo mesmo me da, comendante. Corrí la carrera pa hacerle ver que mi *maceta* vale lo que pesa. »

(O. MORATORIO, *Juan Soldao.*)

Maciegas. — Plantas altas, espesas, que cubren los terrenos bajos que baña el agua; se componen de totoras, pajas, cortaderas, sarandises y duraznillos.

Machís. — Voz araucana con que se designaba al curandero ó brujo de la tribu entre nuestros antiguos pampas, que curaba los daños producidos por Gualicho, el genio del mal.

Majada. — Conjunto de ovejas con sus correspondientes carneros que en las estancias cuida generalmente un *puestero*. « Cerca, sobre una loma, la mancha gris de una *majada*. »

(E. CAMBACÉRÉS, *Sin rumbo.*)

Malambo. — Baile de dos hombres y en donde el gaucho luce sus habilidades de danzante al son de la guitarra, que acompaña el escobillado de sus pies que apenas palpitan sobre la tierra. Es un baile de desafío para mostrar la agilidad y flexibilidad del cuerpo. Entre los lindos bailes criollos figuran el «pericón», el «gato», la «hueya», el «triunfo», la «firmeza» y el «cielo»: todos se bailan al son de la guitarra y acompañados de canto.

Malón. — Del araucano *malón*. La sorpresa de los indios á los caseríos para robar. *Maloquear*, en araucano y pampa es el acto de invadir tierras extrañas con el propósito de saquear poblaciones y arrear las haciendas. Antiguamente se llamaba *maloca* á la invasión ó correría hecha por los conquistadores para exterminar los indios. Así está usada en varias actas del *Extinguido Cabildo de Buenos Aires* y en el *Archivo histórico de Entre Ríos*, siglo XVI. «La partida de indios se hallaba á media legua del pueblo dormido y avanzaba al gran galope de sus caballos fuertes y nerviosos, producto del último *malón* que llora aún el que formó la tropilla á costa de tantos desvelos»....

(Roberto J. Payró, *La vuelta del malón.*)

Manada. — Grupo de yeguas con su padrillo; *manada de retajo* se llama á la que tiene un garañón para la cría de mulas. *Mansas* se dice á la manada donde hay varios caballos y que se destina para los trabajos de trilla ó pisada de barro en los hornos de ladrillo. «Por allí triscaba los pastos una *manada* de yeguas de colas llenas de abrojos, arisca, bufadora, casi agresiva.»

(E. Acevedo Díaz, *Soledad.*)

Mandisobi. — Del guaraní *mandi-hobi,* — bagre verde. Es el nombre de un arroyo de Entre Ríos que desagua en el Uruguay.

Martineta.—*Eudromia elegans.* Hermosa perdiz que vive entre las altas yerbas y de la cual se encuentran dos variedades en la República, la «copetona» ó la martineta, y la perdiz grande de los pajonales *Rhynchotus rufescens.* Los guaraníes le llamaban *Ynambú-guazú* á esta última, y los quichuas *pisakha* y á la chica *yuttu.*

Matambre.—La tira de carne que está entre el cuero y los costillas del animal y es una de las achuras preferidas. «Con *matambre* se nutren los pechos varoniles avezados á batallar y vencer, y con *matambre* los vientres que los engendraron: con *matambre* se alimentaron los que en su infancia, de un salto escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempestades, con hierro ensangrentado escribieron: independencia y libertad!»

(E. ECHEVERRÍA, *Apología del matambre.*)

Mate.—Del quichua *mati*—calabaza. El mate ó calabaza donde se toma la infusión de yerba que se le extrae á las hojas del árbol Ilex y que constituye la bebida americana para el habitante de nuestros campos. «Los hijos de esta tierra sabemos cuánta influencia ha tenido la yerba en el despertamiento intelectual de nuestra nacionalidad. Y si alguien lo duda podría fácilmente convencerse de ello, con sólo recorrer en los archivos públicos las fojas manchadas con *mate* de los documentos originales de nuestra Revolución, de nuestra Independencia, de nues-

ra Constitución, de nuestros Códigos, de nuestra Historia en fin.»

(H. Leguizamón, *La Yerba-mate*.)

Matrero. — El hombre que anda á monte huyendo de la justicia. «El rancho no tiene puerta, porque nada contiene en su interior, cuando están ausentes os que lo habitan: es una vivienda de las tierras bajas, un rancho de *matreros* reunidos por la casualidad y ligados por el peligro común.»

(Fray Mocho, *Viaje al país de los matreros*.)

Mazamorra. — Uno de los platos de la cocina criolla heredado de los antiguos quichuas que le llamaban *achachu*, *muti* ó *mote* como se dice hoy en las provincias del Interior, y es formado por el cocimiento del maíz blanco triturado. «La *mazamorra* la vendían en unos jarritos de lata que llamaban «medida». Salía á la puerta de calle la criada y á veces la señora en persona, con una fuente, y allí volcaba el *mazamorrero* un número de medidas arregladas á la familia. Era entonces un postre muy generalizado. ¡Ya no es de moda comer *mazamorra!*»

(J. A. Wilde, *Buenos Aires setenta años atrás.)*

Mbiguá. — Del guaraní *mbiguá*, — cuervo de agua. Ave acuática de color negro luciente que abunda en los ríos y bañados alimentándose de mojarras y caracoles. Se le llama también zamaragullón, por la facilidad con que zabulle para coger los pequeños pescados de que se alimenta.

Mbohanes. — Agrupación de indígenas que discurrían por las orillas del río Hum ó Negro en la

Banda Oriental hasta la costa del Gualeguay y la selva de Montiel,. teniendo una de sus principales tolderías en los montes de Calá cuando la expedición de 1715 encabezada por los jesuitas de Misiones, la cual á pesar de ser compuesta por «gente escogida de tomar armas» y muy numerosa (1500 soldados) no dejó muy airoso el pabellón de la conquista ante la resistencia á flecha, boleadoras y chuzas de los bravos mbohanes, como puede congeturarse por el informe del P. Dufo sobre dicha expedición. (V. Trelles, *Revista del archivo*, tomo II). Esta tribu, como todos los pueblos errantes, no ha dejado tradiciones, historia, ni recuerdos. Solo se sabe que pertenecía á la gran familla guaraní, como los yaroes que habitaban á orillas del Yeruá ó Yaroá — río de los bizarros, como los chanáes moradores ae las islas del delta, y los minuanes que poblaban el territorio comprendido entre las costas del Paraná y Gualeguay. Los mbohanes se mezclaron ó fueron exterminados como los yaroes y chanáes por los indómitos charrúas; autoriza esta hipótesis el hecho de que después de la expedición de 1718, narrada por el P. Molina, ya no se nombran más tribus indígenas en Entre Ríos que los minuanes y sus aliados los charrúas. Así el P. Retz, en su carta de 1734, llama *Río de los charrúas* al Gualeguay, — última guarida de los altivos mbohanes antes de ser extinguidos probablemente por el hierro y el fuego. — (v. B. T. Martínez. *Historia de Entre Ríos* y *Archivo histórico de la provincia*, t. I).

Mburucuyá. — Del guaraní *mburucuyá*. La *pasiflora cœrulea*, enredadera muy común de nuestros

montes, que da la hermosa flor llamada pasionaria por la vaga semejanza de su conjunto con los atributos de la pasión de Jesucristo. « El *mburucuyá* es el portento de las yerbas, la gracia de los prados, el esmero de la naturaleza, y el incentivo natural más vivo de la devoción cristiana á la pasión de nuestro Redentor. Llamámosle los españoles *granadillo*, y con nombre más piadoso, *flor de la pasión* ».

(P. LOZANO, *Conquista del Rio de la Plata*, t. I.)

Mio-mio. — *Baccharis coridifolia*. Yerba venenosa de flor blanca que mata á los animales que la comen ; en las provincias del Interior le llaman *Ñio-Ñio* (Lorentz). « Cargado está aquel campo de esta yerba mala que llaman *mio*, de que las mulas y caballos comieron y al día siguiente amanecieron muchos muertos. »

(P. DUFO, *Revista del Archivo*, TRELLES.)

Mistol. — *Zizyphus mistol*. Arbol parecido al tala, que da una fruta comestible de sabor muy agradable que sirve para hacer dulce.

(S. LAFONE Y QUEVEDO, *Biblioteca Catamarcana.*)

Montiel. — La gran selva de Entre Rios que ocupa una tercera parte de su territorio, es decir, unos 25.000 kilómetros cuadrados. Creemos que el nombre le viene de su primer poblador, á principios del siglo pasado, el alcalde provincial de Santa Fe don Antonio Márquez Montiel, cuyas vaquerías, según el P. Dufo, llegaban en 1715 hasta el rio Mocoretá, limítrofe con Corrientes, como puede verse en el informe publicado por TRELLES, — *Revista del Archivo de Buenos Aires*, tomo II.

Morocha. — Del quíchua *muruchu*, el maíz bruno, de color obscuro. Se denomina así á la mujer de cutis bronceado, moreno ó trigueño.

« Una *morocha* que encanta
Por su aire suelto y travieso. »

(R. Obligado. *La muerte del Payador.*)

Nazarenas. — Las espuelas con grandes rodajas de fierro, de púas agudas, cuya forma semeja la corona de espinas del Nazareno, de donde le viene el nombre. Servían para la doma del potro porque clavándolas en los ijares el jinete se sostenía fácilmente. Hoy ya han desaparecido casi completamente. El grabado de la página 81 representa una espuela nazarena de fierro copiada del natural.

« El poncho leve que arrolló y descuida
Cuelga en la empuñadura del cuchillo,
Y en los caireles de su fleco suena
La estrella de la hermosa *nazarena.* »

(Ricardo Gutiérrez, *Lázaro.*)

Ñacurutú. — *Stryx magallanica.* Del guaraní *ñacurutú*, — gíbado, encogido por su actitud de acecho. Es un buho solitario « cuyo grito asusta á los que transitan de noche por los bosques elevados, que son sus palacios », dice Azara. Lo que ha originado la superstición del vulgo sobre el grito áspero y fatídico de este pájaro.

Ñandú. — Del guaraní *ñandú*. « El avestruz americano que los indios guaraníes llamaban *ñandú* y *churí.* »

(A. Bello, *El avestruz americano.*)

Ñandubay. — *Prosopis.* Del guaraní *ñandubai.*

Arbol de tronco rugoso, muy abundante en los bosques de Entre Rios, de madera durísima y pesada, que se utiliza en cercos, potreros y corrales y del cual se hace el rico combustible llamado de «campana»: hay dos clases de ñandubay, el negro y el colorado.

Ñapindá. — *Martynia lutea.* Del guaraní *ñapindá* — uñas del diablo. Especie de zarza de tallos flexibles y largos, con espinas corvas como una uña felina, lo que explica su nombre indígena; se emplea como cerco vivo y da una linda flor amarilla.

(TRELLES, *Rev. patr. del pasado argentino*, t. V.)

Ombú. — *Pirconia dioica.* El árbol colosal de nuestros campos que todos los poetas han cantado como el guardián de las ruinas y de las soledades de la pampa; pero que á estar á investigaciones recientes de la ciencia, no es originario de la llanura, sino de la selva, de las marañas que sombrean la laguna Iberá en Corrientes, como lo ha comprobado el Dr. Berg. «Que las raíces vayan hondo para que el tronco sea más vigoroso y más verde el follaje; así crece la encina que vive siglos, así crece el *ombú* que los pobladores de Buenos Aires trajeron de las lagunas del Iberá.»

(A. DEL VALLE, *Discurso en la Facultad de Derecho.*)

Paisano. — El hombre nacido en el campo, diestro en las faenas rurales, lo mismo que *gaucho* y *criollo* en la acepción rioplatense del vocablo.

« ¡ Ah tiempos!... si era un orgullo
Ver ginetiar á un *paisano!* »

(J. HERNÁNDEZ, *La vuelta de Martin Fierro.*)

Pajonal. — Terreno bajo, anegadizo, cubierto de pajas, carrizales, totoras y otras yerbas altas que crecen en los sitios húmedos, pero especialmente la llamada « paja-brava » — (*coleotonia*).

Palanganiar. — Hablar mucho, sin sentido.
« Güeno, dejáte de *palanganiar* y andá... el hombre nua é ser puerco. »

(VICTOR SYLVA, *Guacho.*)

Palenque — Poste destinado á quebrantar la bravura de los potros y para atar los caballos en las estancias, á lo que los quichuas llamaban *vinchana.* — atadero. Se hace también con dos postes clavados y tres atravesaños de madera.

Pampa. — Del quichua *pampa*, — llanura. « La región que propiamente puede ser denominada la *Pampa* se encuentra dentro de los limites jurisdiccionales de la provincia de Buenos Aires, entre el 4 meridiano occidental de esta ciudad y los ríos Paraná y la Plata y el Océano Atlántico. »

(E. S. ZEBALLOS, *Formación de la Pampa.*)

Pampero — Viento fuerte y frío de la pampa que sopla del S. O.

« Santos Vega cruza el llano
Alta el ala del sombrero,
Levantada del *pampero*
Al impulso soberano. »

(R. OBLIGADO, *El alma del Payador.*)

Parejero — El caballo criollo muy ligero que se destina para correr en el andaribel de las carreras, que se llaman *pollas* y *californias* cuando entran á medir sus fuerzas varios caballos.

Pata-ancha. — Hacer *pata-ancha*, vale decir hacer frente con coraje á cualquier peligro.

« El que se tiene por hombre
Ande quiera hace *pata-ancha.* »

(J. Hernández, *Martín Fierro.*)

Pava — Vasija de hierro ó de latón donde se calienta el agua para tomar mate; también se le dice *caldera* y *cafetera.*

Payador — El trovador popular de nuestros campos. El escritor chileno Zorobabel Rodríguez, se inclina á creer que su nombre viene de *ppaclla*, — campesino pobre en quichua. *Payar* es el acto de improvisar versos acompañándose de la guitarra y para lo cual nuestros gauchos revelan admirables predisposiciones nativas. Santos Vega es el tipo del payador legendario de nuestras llanuras.

Peludo. — *Dasypus villosus.* En guarani *tatú*, cuadrúpedo cubierto de una caparazón ósea con pelos ralos; su carne es muy estimada, especialmente la de la especie llamada *mulita.* Figuradamente se llama *peludo* al acto de embriagarse; y á las carretas empantanadas se dice que están *peludiando*, por las cuevas que hacen las ruedas, porque el peludo vive en cuevas y es muy difícil sacarlos una vez que se ocultan bajo tierra.

Pericón. — El más lindo y airoso de los bailes criollos, semejante á la cuadrilla; consta de cuatro partes ó figuras llamadas: demanda ó espejo, postrera ó alegre, y la cadena y el cielo. Se baila con seis ú ocho parejas y la música de la guitarra es acompañada de canto. Cada pareja debe decir un verso.

ó *relación* y es donde el gaucho luce la agudeza picaresca de su ingenio para decir una galantería ó un disparate gracioso (bolazo) á su compañera. El que lo dirige es generalmente un viejo llamado «bastonero» y es quien designa los bailarines.

Petiso. — Caballo pequeño, muy manso, de la silla de los muchachos. «Primero el *petiso* de los mandados, maceta y mosqueador.»

(J. S. Alvarez, *El bailecito*.

Picada. — Senda estrecha en los montes y especialmente el paso en los arroyos por donde sólo se puede cruzar á caballo.

«Y es tan seguro baqueano
Aquel resuelto jinete
Que, cual si fuera un juguete,
Abras, sendas y *picadas*
Parece que estan atadas
Al cabresto de su flete.»

(Elias Regules, *Rumbo*.)

Picana. — Caña larga con un clavo en la punta que usan los paisanos para hacer andar los bueyes cuando aran ó trabajan con carretas. También se llama así la parte del anca del animal que se come con cuero.

Picazo. — El animal de cuerpo negro y la frente, la barriga y las patas blancas. «Montar el picazo» locución criolla que significa enojarse, enfadarse, sin motivo.

Pilchas. — Conjunto de las prendas del paisano, especialmente el *recado, poncho, chiripá,* etc. «Comimos bien, hicimos camas con alguna dificul-

tad, porque todo estaba anegado y las *pilchas* muy mojadas, y nos acostamos á dormir.»

(L. V. MANSILLA, *Excursión á los Ranqueles.*)

Poncho. — Dos palabras, una araucana *pontho* poncho y otra quichua *puhullu,* el poncho grueso de vicuña con frisa, se disputan el haber dado origen al nombre de esta característica prenda de la indumentaria de nuestro gaucho, y que como es sabido lo forma una manta de paño cuadrilonga con una abertura al centro por donde se introduce la cabeza para que cubra el tronco del cuerpo y los brazos.

Potrero. — Campo cercado para tener seguros á los animales yeguarizos ó vacunos, diferenciándose así de los vocablos castizos *potril,* — la dehesa en que se crían los potros separados de la madre y *potrero* el gañán que los cuida.

Pulpero. — El comerciante de campaña que tiene *pulpería.* Ambas palabras son una corrupción de *pulquero* y *pulquería,* el que vendía el *pulque,* especie de chicha extraída de la pita y el puesto donde se vendía, según Pelliza en su *Crónica abreviada de Buenos Aires* apoyándose en la autoridad de Solorzano (*Polit. ind.*). Pero el erudito doctor Granada en su *Vocabulario Rioplatense* considera dudosa esta etimología, citando los *Comentarios reales* del inca Garcilaso y las Leyes de Indias que distinguen lo que es *pulquería* lugar donde se vende pulque, y *pulpería* el lugar de «abasto ó mantenimiento de las poblaciones». El diccionario de la Academia hace esta misma distinción. Pero entre nosotros sólo se denominan *pulperos* á los comerciantes de campaña, generalmente extranjeros, que

tienen *pulpería* ó *esquina*, como se denomina todavía á estas casas de comercio por la antigua costumbre de ubicarlas en los ángulos de las calles en la ciudad y en donde se venden los más promiscuos artículos. Finalmente, por una resolución del Cabildo de Buenos Aires fecha Marzo 7 de 1605, se ordena que los Diputados inspecsionasen las *pulperías* que abastecen la ciudad, y en la misma fecha se hace la visita tomándose medidas sobre el precio de las cebollas, ajos y vino, sin mencionar para nada el *pulque* y las *pulquerías*.

(V. *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, tomo I.)

Quiebra.—El que presume de guapo, se le dice también *coquero, quebrallón*, que habla quebrando el cuerpo.

« Yo soy el gaucho Macuco,
que aleteo como el gallo
en teniendo mi caballo,
mi facón y mi trabuco;
entre *quiebras* soy el cuco
en llegándome á enojar,
con la gente sé tratar
cuando á los ranchos me allego,
y estoy, de juro, en mi juego
si hay un potro que montar. »

(A. De María, *El gaucho Macuco*.)

Quincha.—Del quíchua *khincha*. Pared ó tejido de totoras y pajas con que se cubren los techos y paredes del rancho. Los guaranís llamaban *pirí-óg* ó *pirí* al toldo quinchado de juncos.

(Trelles, *Revista del Archivo*, tomo II.)

Quipus.—Manojos de cuerdas con nudos de colo-

res que usaban los quíchuas como escritura. Fray Joseph de Acosta, testigo presencial y el más sabio y verídico de los cronistas de la conquista, hablando con admiración de los *quipus*, dice que eran memoriales ó registros, que los indios hacían con ramales de cuerdas de diversos modos y diversos colores; colorados, verdes y azules) y que cada nudecillo significaba una cosa diferente.

(J. DE ACOSTA, *Historia natural y civil de las Indias*, 1590.)

Ramada. — Cobertizo hecho con ramas y cañas de maíz sobre un zarzo de palos que sostienen los horcones clavados en tierra para dar sombra. Es el complemento de todo rancho y sirve de cocina y depósito de carretas y enseres de trabajo. El nombre es una corrupción del vocablo castellano *enramada*, pero entre nosotros tiene ya aceptación corriente y con un significado más amplio y característico del hogar campestre.

Rancho. — La habitación del paisano, con techo pajizo ó de totoras y paredes quinchadas ó de terrón y paja. Se compone de seis horcones principales, una cumbrera, dos costaneras, las tijeras donde se asienta el techo y las latas para asegurar la quincha ó barro de las paredes; el piso lo forma la misma costra dura de la tierra asentada á pizón. « En el Perú, un *rancho* es generalmente una casa campestre y de recreo; en la República Argentina, es propiamente la habitación del gaucho. »

(P. GROUSSAC, *Cost. y creencias populares en la Argentina.*)

Redomón. — El caballo que se está domando, y que todavia no ha recibido el freno y es arisco. « Cuidao con ese, exclamó el dueño de la casa. No es

potro; es un *redomón* de riendas que se alzó el año pasado y ha andado matrereando hasta hoy que ha caído en la volteada».

(SANSÓN CARRASCO, *Una trilla.*)

Rodada. — La acción del caballo que *rueda* y se cae de pronto violentamente al ir marchando con el jinete; si no lo aprieta y cae de pie con la rienda ó el cabrestro en la mano se dice que — salió parado. Es de chambones y maturrangos, según los criollos el dejarse apretar cuando el caballo *rueda.*

« Se *rueda* en el campo llano
Yendo al trote por la senda. »

(A. DE MARÍA, *El Fogón,* núm. 51.)

Rodeo. — El corral, manguera ó paraje limpio donde habitualmente se rejunta la hacienda para aquerenciarla y hacer las faenas rurales. La acción de juntar los animales se dice también *recogida, recoger* ó *parar rodeo.* «Allí por el lado del poniente, camino de la laguna, veo el *rodeo* extendido como una faja multicolor sobre la cuchilla cercana».

(OSVALDO MAGNASCO, *Santa Ana del Palmar.*)

Rosillo. — El caballo colorado con muchos pelos blancos entremezclados.

Sarandí. — Del guaraní *sarandí* — sitio donde hay mucha maleza. Arbusto de varas largas y flexibles que abunda en los esteros y al borde de los ríos y lagunas. Se distinguen dos clases: el blanco y el colorado, siendo este último el más vistoso y elevado (*cephalantus*).

Seibo. — *Erythrina crista galli.* En guaraní *zuinana* según el P. Lozano (*Historia de la conquista del Río de la Plata.*) El árbol más hermoso de las riberas de nuestros rios y lagunas por sus flores aterciopeladas y purpurinas que contrastan con el tono verde luciente de las hojas. Los españoles escriben *ceibo* ó *ceiba*, pero el doctor Berg dice que el *seibo* de las riberas del Paraná no es igual á la *ceiba* de los españoles; entre nosotros predomina la ortografía que hemos adoptado y así se dice indistintamente *seibo* y *seíbo*, perteneciendo al poeta Rafael Obligado—el dulce cantor de las riberas del Paraná—esta última forma, como puede verse en sus poesias más celebradas: —« El hogar paterno », « En la ribera », « El seibo », etc.

« Las aves, por mirarse en sus cristales,
Llegaban de lejanos horizontes;
Los *seibos* aborigenes colgaban
Ante él las rojas crestas de sus flores. »

(A. Navarro Viola, *El lago dormido.*)

Sidera. — Pieza corta de cuero fuerte ó de fierro, con una argolla en la extremidad que se asegura en la *encimera* de la cincha y sirve para prender el lazo cuando se trabaja en el rodeo, ó alguna soga ó *maneadar* cuando se cuartea un vehiculo ó se arrastra cualquier objeto á la cincha.

« Que le aproveche amigazo
Que habia sido pa la suerte
Como *sidera* pa el lazo. »

(E. Regules, *El Entenao.*)

Sotreta. — El caballo viejo, inservible. Figuradamente se dice que es un *sotreta* á la persona inútil, que no sabe hacer nada bien. — (Véase *Maceta*).

Tabear. — El juego de la taba; pero más propiamente es el acto de conversar sin objeto, por perder el tiempo. Lo mismo que *palanganiar*. — «Meniar taba» ó «pegarle á la sin güeso» son dos locuciones familiares en el campo que significan la misma cosa, — charlar por pasatiempo, inútilmente.

Tacuara. — *Bambusa.* — Del guaraní *taquá*, caña hueca. Cañas muy fuertes que se crían formando montes en el Paraguay, Misiones y Corrientes. «Hay varias especies de *tacuaras*, unas llenas y otras huecas; las más grandes adquieren de 40 á 50 pies de altura, y 5 á 6 pulgadas de diámetro. En el interior de las articulaciones de esta especie, hállase, aunque raras veces, una materia concreta, que parece ser el verdadero y tan celebrado Tabaxir de la India — silicato de potasa y cal, según Vauquelin. Las tacuaras son muy útiles para las construcciones rurales, techos, cercos, canales de irrigación, etc. Con el *tacuarembó*, cañas delgadas, se hacen preciosos tejidos como de mimbre».

(D. Parodi, *Plantas usuales del Paraguay, Corrientes y Misiones*.)

Tala. — *Celtis.* Arbol frondoso de hojas pequeñas, y ramas retorcidas y espinosas, que da un fruto amarillo de sabor muy agradable. Su madera de color blanquecina es muy fuerte y sirve para hacer utensilios domésticos. (Véase *Locro.*) «A la oración cerrada, logramos establecer cuartel general al abrigo de una *tala* ó *nachivik*, árbol que según los indios tobas es *temido* del rayo á diferencia del quebracho y la palma».

(A. J. Carranza, *Expedición al Chaco Austral.*)

Taita. — El gaucho guapo cuyo valor es reconocido por todos en el pago; se dice también *táura*, corrupción de toro, y equivale al vocablo español terne, valentón.

« Soy el *taita* que retruca
Generoso y altanero. »

(E. Regules, *El Entenao.*)

Tamberas. — Grupo de vacas lecheras, mansas, que se ordeñan bajo la ramada del tambo: — del quíchua *tampu*, — el lugar donde se vende la leche.

Tapera. — Del guaraní *tapera*, — pueblo que fué. Rancho en ruinas y abandonado.

« No hallé ni rastro del rancho
Sólo estaba la *tapera.* »

(J. Hernández, *Martin Fierro.*)

Tapes. — Se llama así en Entre Ríos y la República Oriental del Uruguay á las personas aindiadas, de color moreno, que conservan el tipo de los guaraníes que habitaban la reducción jesuítica de Santo Tomé Apóstol en las Misiones, á la cual se decía *Provincia del Tape* — ó sea ciudad, pueblo en guaraní.

Tararira. — *Macrodon trahira.* Pescado de los ríos y lagunas, de escamas obscuras, especialmente en la cabeza y el lomo, cuya carne es muy estimada. «El doctor Burmeister señala el *Macrodón trahira* de este país en su *Reise*, y más de una vez me he sentido inclinado á pensar que *M. intermedius* y *M. trahira*, son la misma cosa. En todo caso este último nombre tiene prioridad».

(E. L. Holmberg, *Nombres vulgares de peces argentinos.*)

Tasi. — *Morrenia brachystephana.* Enredadera de los montes, de fruto comestible y tallo lechoso; el cocimiento de la raiz y el fruto es recomendado de antiguo para aumentar la secreción láctea á las madres. Alcalde Espejo en su *Excursión por la sierra de Córdoba*, 1871, menciona varias veces las maravillas que ha oído referir sobre las propiedades del *tasi* ó *tase*. El doctor Arata ha estudiado sus propiedades galactógagas en los *Anales del Consejo de Higiene*, 1891. «El *tasi* ó *lorai* de los tobas. Los indios, como la gente desheredada del Paraguay, Corrientes y otras provincias argentinas, se alimentan del folículo, que no es desagradable, asado ó hervido — hasta crudo siendo tierno — y cuyo mesocarpo carnoso, es también coriáceo. También hacen yesca del folículo, y en Santiago se prepara un dulce exquisito semejante al del tomate. Finalmente, está probado que el agua del *tasi* hervido, desempeña un rol muy esencial en la lactancia materna».

(A. J. Carranza, *Expedición al Chaco Austral.*)

Teru-tero. — *Vanellus cayennensis.* Ave de plumaje blanco, mezclado de negro y tornasolado. Como el *chajá* y el *hornero*, el *teru-tero* es el centinela vigilante de los campos; su grito estridente de alarma le ha dado ese nombre, así como el de *tero* y *tetéu*, que repite cuando vuela amenazando al transeunte con el espolón rojo de sus alas para defender el nido que esconde con mucha habilidad entre los pastos.

« Los zorzales se esconden, á lo lejos
Gritando el *teru-tero* se agazapa. »

(J. Zorrilla de San Martín, *Tabaré.*)

Tiento. — Tira fina de cuero con la cual se confeccionan las primorosas trenzas que luce en su apero el gaucho.

Tirador. — Cinto de cuero á manera de faja con bolsillos que usa el gaucho en la cintura prendido por la botonadura ó rastra de plata y que constituye una de las más indispensables y vistosas prendas de su traje. «El sombrero blando aplastado en la negra cabellera: el pañuelo de seda cuya punta cubre la boca del rayado poncho, el cual es una simplificación del albornoz árabe; el chiripá flotante como pantalón de zuavo, ceñido á la cintura por el ancho *tirador* de cuero escamado de pesos de plata y cruzado por el largo facón para el trabajo y la pelea.»

(P. Groussac, *Cost. populares en la Argentina.*)

Toldo. — La acepción rioplatense de este vocablo significa la choza primitiva del indio, hecha de estacas, ramas, totoras y pieles de animales. *Piri-óg* llamaban los guaraníes á sus toldos de totoras. *Rucá*, los araucanos. «El *nollik* (toldo) de los Tobas, plantado sin el menor orden, es realmente la huta del indío nómade. Consiste en algunas ramas delgadas y flexibles, clavadas en tierra de trecho en trecho y aseguradas por los extremos. Tan sencillo esqueleto, que no pasará de un metro de luz, es luego techado con totora (especie de enea), dejándosele en el mojinete una abertura á estilo de boca de horno, por la que es necesario entrar en cuclillas».

(A. J. Carranza, *Expedición al Chaco Austral.*)

Totoras. — Del quíchua *tutura*. Yerbas altas, de varas redondas y esponjosas, que crecen en los bañados y al borde de las lagunas; se le llame también *hunco* y *huncales* á los terrenos que cubren estas plantas que el paisano utiliza para las quinchas de sus ranchos. «El huarpe todavía hace flotar su bolsa de *totora* para echar sus redes á las regaladas truchas.»

(D. F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia.*)

Tristes. — Canto popular de origen indígena con acento muy melancólico y donde el gaucho acompañado de la guitarra luce sus habilidades de cantor y músico dando expansión á ese tinte de vaga tristeza que informa los sentimientos de su alma. Los *tristes, estilos, vidalitas* y *cielitos* son sus cantos predilectos.

«Canto *tristes* nunca oídos,
Canto *cielos* no escuchados.»

(R. Obligado, *La muerte del Payador.*)

Tropero. — El hombre que tiene por oficio conducir haciendas para el abastecimiento de las poblaciones, también se les dice *resero*. «El Barbarucho era un catalán ordinario que había sido *tropero* de Olañeta, antes de la revolución, cuando éste era comerciante.»

(V. F. López, *Muerte de Güemes.*)

Tropilla. — Grupo de 12 ó 15 caballos de montar que sigue á una yegua — la *madrina* — cuyo cencerro los acostumbra á andar siempre juntos ó *amadrinados*, y de la cual jamás se apartan. «Ensilló su caballo, y montando en él, se alejó

arreando su *tropilla* por entre la selva con la fria tranquilidad de su raza, sin temor, sin apuro, con la confianza resuelta del que no se expone.»

(L. V. LÓPEZ, *El salto de Azcochinga.*)

Tucus.—*Pyrophorus punctatissimus. Linternas* ó *tucu-mapán* se llama así á las luciérnagas grandes con dos focos luminosos sobre la cabeza, que en las noches de verano vagaban por los montes despidiendo una luz azulada y fosforescente. «Las bellas no desdeñan adornarse sus trajes en las fiestas campestres y familiares con la luciérnaga, llamada vulgarmente *túco* ó *túcco* en todo el norte de la República; y es curioso observar que la palabra *tuc-chó* ó *tucho* quiere decir *estrella* en la lengua de los Mocovies, que son indios hasta el presente salvajes» escribe Giovanni Pelleschi en su hermoso libro *Otto mesi nel gran Ciacco* que tanta luz arroja sobre el lenguaje de los indios Matacos. «*Tucu,* significa luz en quichua; y asi se dice *tucus* las luciérnagas que bordan con sus brillantes chispas el manto azulado de la noche en los trópicos.»

(N. AVELLANEDA, *Escritos,* t. I.)

Tusado.—El caballo que tiene las crines recortadas,—atusadas como se decía en el antiguo español. *Tusar,* es el acto de cortar con tijera las crines del pescuezo y los pelos gruesos de las patas, y despuntar las cerdas de la cola para que quede más vistoso.

Urucú.—*Bixinea.* Del guarani *urucú.* El achiote de América. «Arbusto común, de cuyas semillas se

extrae una materia colorante cuyo uso es conocido, y que los indios empleaban para pintarse el rostro en sus días festivos ó cuando entraban al combate. Igual uso hacen del árbol *ñandipá* (Genipa americana)».

(D Parodi, *Notas sobre algunas plantas del Paraguay.*)

Uruguay. — El gran río que limita la Provincia de Entre Ríos con la República Oriental, recorriendo un curso de más de 250 leguas desde su nacimiento en las sierras del Brasil hasta desembocar en el Río de la Plata. Su nombre guaraní ha sido interpretado de diversos modos. Azara le llama *Río del país del pájaro Urú;* La Sota, *Río de las vueltas;* Cabrer, *Río de los caracoles* y Zorrilla de San Martín *Río de los pájaros.* « *Urú* — dice en su *Tabaré,* significa pájaro, y también un pájaro determinado, especie de ruiseñor; *uá* significa cueva, montes, concavidad; *i,* que tiene en tupí un sonido nasal característico, significa, agua ó río, según se use sola la voz ó combinada con otras. *Uruguay* significa, por consiguiente, agua que brota de cueva donde hay pájaros, ó *Río de los pájaros* ».

Vacaray. — Del guaraní — *mbacaraí* — hijo de la vaca, es decir ternero; pero no se da este nombre indígena sino al ternero nonato que se extrae del vientre de la madre cuando se carnea y es una de las achuras más apreciadas. Del cuero del *vacaray* se hacen sobrepuestos, tiradores, zapatillas, etc. También se le llama *tapichí;* en la provincia de Entre Ríos se usa más esta última forma, tal vez de orígen quíchua.

Vaquillona. — El Diccionario de la Academia la define de una manera imperfecta al llamarla —

«vaca, hembra del toro», sin acertar con la acepción que ese vocablo tiene entre nosotros, pues la *vaquillona* es una ternera grande que todavia no ha llegado á ser vaca, y el diminutivo de vaca es «vaquilla» o «vaquita». Las *vaquillonas,* por tener la carne más blanda y su estado de gordura, son las especialmente elegidas para el «asado-con cuero» de todas las fiestas camperas.

« Aunque de facha tristona
Era el rancho, en la ramada
Con cuero estaba colgada
Media res de *vaquillona.*

(H. Ascasubi, *Santos Vega.*)

Velorio.—El acto de velar los cadáveres. Figuradamente se llama *velorio* á las fiestas, y más propiamente á los bailes sin animación y poco concurridos; es un *velorio,* un *fiambre* se dice para significar que la reunión es poco animada. El término arranca de la antigua costumbre popular de velar los cadáveres, principalmente de los párvulos —angelitos según la creencia tradicional—la cual motivaba una fiesta nocturna de baile y juegos de prendas matizadas con abundancia de licores y el infaltable mate criollo. El *velorio* es una costumbre indígena que solo prosperó en el bajo pueblo y ha desaparecido ya casi totalmente. Algunos escritores extranjeros al ocuparse de nuestras costumbres populares hacen mención del velorio del angelito, como Pelleschi en su obra *Otto mesi nel gran Ciacco, Mendoza y Tucumán,* y Ebelot en *La Pampa,* por más que la descripción del último peque de muy exagerada, sobre todo en la falsa ilustración de Alfredo París que la acompaña. Pero

es sabido que, en general los escritores extranjeros no son muy fieles en sus impresiones y relatos sobre costumbres sud-americanas llegando á veces á referir cosas que sólo han existido en la imaginación... fantasista del ingénuo narrador, como aquella originalísima manera de asar la carne que atribuye á los gauderios Pedro Estela en *El viajero universal;* ó la bárbara costumbre de degollar los caballos para aplacar la sed que tienen los gauchos, según lo refirió Prosper Merimée en la *Revista de ambos mundos*, agregando que se lo había visto hacer al general Frutos Rivera siendo Presidente de la República Oriental, ó aquella «enlazada de potros salvajes en campo abierto» que describió Edmundo De Amicis en su visita á la Argentina en 1884.

Vidalita. — Del quíchua *vidalita,* — que quiere decir: ¡mi vida! Canto popular de las provincias montañesas. «La *vidalita* de los Andes es el yaraví primitivo, es el triste de la pampa de Santos Vega, es la trova doliente de todos los pueblos que aún conservan la savia de la tierra; la canta el pastor en el bosque, el campero en las faldas de los cerros, el labrador que guía la yunta de bueyes bajo los rayos del sol, la mujer que maneja el telar, el niño que juega en las arenas del arroyo y él arriero impasible que atraviesa la llanura desolada.»

(J. V. González, *Mis montañas.*)

Vieja del agua. — *Loricaria.* «Denomínase así unos peces que tienen el cuerpo totalmente cubierto de placas óseas, más ó menos lisas ó erizadas, En el primer caso, y cuando el cuerpo es más alto que ancho, con solo dos filas de tales placas á cada lado,

pertenecen al género *Callichthys*, del cual existen varias especies en nuestro país; en el segundo, á los géneros *Plecostomus*, *Chotostomus*, *Liposarcus* y *Loricaria*, conocidos en nuestras aguas dulces, y un quinto, que he denominado *Aristommata* por la posición de sus ojos.»

(E. L. HOLMBERG, *Nombres vulgares de peces argentinos*, 1888.)

Vincha. — Del quichua *huincha*, la faja de colores que sujetaba los cabellos de las mujeres indígenas; fué también el distintivo ó diadema imperial (*llautu*). Los charrúas la usaban con una pluma de ñandú. «En el Perú, los hombres usaban trajes sencillísimos, las mujeres se vestían igualmente, atada á la cintura con una faja, el *chumpi*, y usaban un manto ó *lticlla* prendido por un alfiler, *tupu*. La cabeza era adornada por una cinta llamada *huincha* y el cabello arreglado en dos trenzas. Para conservarlo lo lavaban cuidadosamente y lo inmergían con infusiones vegetales.» P. N. ARATA, *Los Cosméticos* (*La Biblioteca*, núm. 2.) Pañuelo de seda ó algodón que se atan los hombres de campo en las faenas rurales y cuando corren carreras. «Este hombre era de su pelaje, según coligió. Apenas traía una jerga su caballo, y lazo al pescuezo. El jinete un pañuelo atado en forma de *vincha* en la frente, y boleadoras y daga á la cintura.»

(E. ACEVEDO DIAZ, *Soledad*.)

Viudita. — *Toenioptera mœsta*. Pequeña avecilla blanca de alas y cabeza enlutadas que vive en los cardales generalmente y produce una especie de gimoteo que remeda un silbido agudo y triste. Las gentes del campo consideran de mal agüero oir el grito de esta ave solitaria, que llama á los amantes,

les acaricia y enamora para después hacerlos sufrir con sus desdenes. Se le llama igualmente *monjita*.

Vizcacheras. — Las cuevas de la vizcacha — cuadrúpedo muy dañino, algo semejante al conejo — que cava sus madrigueras en galerías subterráneas rodeando las entradas con ramas, huesos y cuanto objeto pueden arrastrar, — para que no les pisoteen la cueva los animales, según dicen los paisanos. Las vizcacheras son la guarida de los zorros, de las iguanas y gatos cimarrones; se distinguen desde lejos en el campo por la tierra talada que las rodea y los montones de ramas, bosta seca, las grandes ortigas y las matas de una planta que da una calabaza muy amarga llamada porongo, — del quíchua *purúnku*.

« Parece una vizcachera », — se dice familiarmente á los ranchos pobres llenos de trastos viejos é inservibles.

« Solo se oían los aullidos
De un gato que se salvó;
El pobre se guareció
Cerca, en una *vizcachera*,
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo. »

(J. Hernández, *Martín Fierro*.)

Volear. — Se dice de los animales, especialmente de los potros ó redomones cuando se están domando y tienen la maña de tirarse de pronto hacia atrás. También se les llama *caidores*. Figuradamente *volear* significa volver, dar vuelta con resolución: así « volear el anca » es el acto de darse vuelta para hacer frente á cualquier peligro, tirarse del caballo para pelear, etc. « Los potros *caidores* dan también mucho trabajo. Ese defecto proviene de una gran sensibilidad para la cincha. »

(C. Lemeé, *El domador*)

Yaguané. — Se llama así al animal vacuno ó yeguarizo que tiene el cuerpo cruzado por largas tiras ó fajas blancas y el resto del cuerpo negro ó colorado.

Yuyos. — Del quíchua *yuyu;* yerba. La yerba dañina que no come el ganado é invade las tierras labradas perjudicando los sembrados.

« Puede sin cuidao vivir
Que primero han de decir,
Que la vizcacha es caballo
Y que es sauce la bisnaga,
Y que los montes son *yuyos*,
Que asegurar que son suyos
Los tristes versos que yo haga. »

(E. del Campo, *Aniceto el Gallo*.)

Zorrino. — *Mephitis patagonicus.* Especie de zorro pequeño, de color negro con dos fajas blancas al costado, que despide cuando le atacan un orín pestífero. En las célebres « Instrucciones para los mayordomos y capataces de las estancias », escritas de puño y letra por don Juan Manuel de Rozas, allá por los años de 1819, se registra esta curiosa y verídica nota sobre la manera de matar los bichos dañinos en el campo. « El modo de matar los *zorrinos* es con las bolas, ganándoles viento arriba: así no pueden mirar ni las bolas. Después de muertos se les pincha la barriga para que acaben de salir los orines y así con esta operación no hieden los cueros.

(J. M. de Rozas, *Inst. para los mayordomos, etc.*)

INDICE